



DONDE EL VIENTO DA LA VUELTA

JORDI SIERRA I FABRA

edebé

3^o EDICIÓN

periscopio

DONDE EL VIENTO DA LA VUELTA

JORDI SIERRA I FABRA

DONDE EL VIENTO DA LA VUELTA



© Jordi Sierra i Fabra, 2001

© Ed. Cast.: edebé, 2005
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com
www.tienda.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebé.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de las cubiertas: César Farrés
Ilustraciones: Neus Selga
Fotografía de cubierta: INDEX Stock Imagery

Conversión digital: CodeMantra

ISBN: 978-84-683-1956-8
Depósito Legal: B-20217-2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A ellos.
A los que tuvieron que luchar.
A los que aún luchan.
A los que tendrán que hacerlo.
A los que han sobrevivido.
A los que han muerto.
Ya los que yacen en fosas comunes
sin nombre, olvidados.*

Índice

Prólogo

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo cinco

Capítulo once

Capítulo diecisiete

Capítulo veintiuno

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veintisiete

Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y dos

Epílogo

Puntos suspensivos para después de una novela

Colección Periscopio

Prólogo

Cuando llegó al lugar de los hechos, la matanza ya había sido perpetrada. Visto y no visto. Los testigos, llorosos y muy nerviosos, dijeron que el coche apareció por la esquina, despacio, y que los niños jugaban en el soportal, inocentes. Niños desconocidos, por supuesto. Niños de la calle. Iban y venían, sucios, como sombras huidizas, oliendo pegamento, cometiendo pequeños hurtos aquí y allá, pero no en el barrio. Había un código. De noche desaparecían. Se decía que vivían bajo el suelo. Muy bajo el suelo.

El coche se había detenido en silencio. Luego, de él habían bajado los sicarios. Cinco. Muchos para tan sólo nueve niños. Demasiados para tan poca carne de cañón. Dos, los que los habían rematado, llevaban pistolas. Los otros tres, los que habían disparado a quemarropa, a menos de dos metros de los pequeños, ametralladoras cortas.

Tanta potencia mortal, para tan poco objetivo.

Cuando llegó al lugar de los hechos, los nueve cuerpecitos yacían rotos, quebrados en posturas imposibles, sobre una laguna quieta de sangre roja que se secaba al sol de la mañana. Porque la matanza había sido perpetrada a pleno día. ¿Para qué esconderse?

Cuando llegó al lugar de los hechos, ya sabía con lo que se iba a encontrar, y aun así...

Los observó. Con lágrimas en los ojos. Y mientras, escuchó las voces airadas de las plañideras.

—¿Por qué?

—¿Hasta cuándo?

—¿No habían terminado nuestras guerras?

No, las guerras nunca terminaban.

Y más cuando la suya había durado tanto, tanto tiempo, y llevaban tan pocos meses de paz. De reconciliación nacional, como lo llamaban eufemísticamente.

El más pequeño de los niños tendría siete años. El mayor, doce. Dos eran niñas. Sus cuerpos ya se estaban formando. Las caras de todos ellos eran de sorpresa. La muerte no aparecía en sus sueños ni en su futuro, aunque vivieran junto a ella. Santa inocencia.

Quiso huir, escapar, pero el extraño lazo de la vida le ató a la muerte. No era más que un abogado, joven y aún inexperto. Pero tal vez llevase a los responsables de aquello ante la ley. Tenía que ver, saber, aprender y, sobre todo, recordar. Era su primera matanza. Tarde o temprano ese momento debía llegar, como había llegado a su fin la guerra encubierta del pasado. La guerra del poder contra los campesinos indígenas. Su pueblo.

Iba a levantar la cabeza para respirar un poco el aire más puro de las alturas, para ver el sol y el cielo y las casas que lo envolvían. Pero no llegó a hacerlo. Por el bolsillo trasero del pantalón de uno de los chicos asomaba aquella puerta a la esperanza truncada.

Un libro.

La mayoría de aquellos niños y niñas no sabía leer ni escribir. Tal vez aquél tampoco supiera

hacerlo y tan sólo llevase el libro por azar. Tal vez sí supiera, y entonces las balas se habían llevado también su ilusión. Se agachó para recogerlo. Tuvo que tirar de él. No estaba manchado de sangre, así que pudo leer su título.

Sonrió.

Una novela de amor.

Una simple, tonta y vulgar novela de amor.

Pero un libro, y un mundo, a fin de cuentas.

No tuvo que cerrar los ojos para recordar, ni sentir más dolor, ni volar demasiado hacia atrás, aunque se tratase de su infancia. No había día ni noche que no lo recordase. Todo. Le dijeron que eso era lo normal. Pero no sabía cuánto.

Ni por qué.

Allí no había ciudad, sino selva.

Y la misma muerte acechando a cada paso.

1

La ametralladora pesaba más que él.

Y a pesar de todo, se la habían dado.

Era su arma.

También era casi tan alta como él, aunque eso le importaba menos. Lo peor era sujetarla, dominarla con sus pequeñas manos, y tratar de moverse con agilidad a través de la selva tropical cargando con ella.

La selva, ahora silenciosa, como presagiando la inminencia de la muerte.

Se agazapó con el cuerpo pegado a tierra. Su uniforme verde estaba ya sucio. Su estupendo uniforme. Nunca había tenido nada parecido. Con él se sentía distinto. Diferente. Adiós a la desnudez, o a los pantalones cortos de niño. Adiós al pasado. Ahora tenía un uniforme y una ametralladora. Era alguien.

Tronchó una rama sin darse cuenta, y el ruido se expandió por encima del silencio como un cuervo dispuesto a caer sobre su presa.

Volvió la cabeza. El sargento Toribio lo estaba fulminando con una de sus miradas implacables. Eso, sin duda, le costaría algunos ejercicios de más, o una guardia extra, o cualquier castigo inimaginable. Si no le mataban, claro.

A él o a todos, por su estupidez.

Debía concentrarse.

Toribio le apuntó con un dedo. Luego le hizo dos señas. Una de calma. Otra de continuar avanzando por el flanco.

Obedeció las dos.

Se olvidó de su bonito uniforme verde, ahora ya sucio. Se olvidó de lo mucho que pesaba su ametralladora y de lo difícil que era moverse por la selva montañosa con ella. Se olvidó de que seguía siendo un niño para recordar que ahora era un guerrillero.

Y ellos, los soldados del Gobierno, el enemigo.

Cerca. Muy cerca.

Las voces sonaban próximas.

Voces despreocupadas, fuertes, algunas envueltas en risas. Voces seguras y confiadas.

Voces de quienes hablan y ríen teniendo el poder y la fuerza.

Y la certeza de que no hay peligro en las inmediaciones.

El sargento Toribio, que se había adelantado para inspeccionar el terreno y las posiciones, levantó la mano y les indicó que retrocedieran. Lo hicieron despacio, extremando las precauciones. El punto de encuentro fue una quebrada situada cien metros más atrás. Todo el grupo se apretó contra el rompiente a la espera del último rezagado. El sargento no había olvidado aquella rama tronchada.

—Nino, te voy a emplumar—le amenazó muy serio—. ¿En qué estabas pensando?

Bajó la cabeza y no respondió. Tuvo un atisbo de vergüenza. Neli estaba muy hermosa con el pañuelo verde recogiendo su inmensa mata de cabello negro como la noche. Zacarías y Guada trataron de animarle con sus ojos. Sebastiano fue el último en llegar.

El pelotón de los enanos.

—Tranquilo—le susurró Guada.

—Cuida de que no te maten a la primera y luego ya es fácil—le dijo Zacarías—. Fíjate en mí.

Zacarías sólo tenía dos años más que él, catorce, pero ya era un veterano. Llevaba cinco años en la guerrilla. Toda una vida.

Neli le mandó una dulce sonrisa de ánimo.

—Son seis, están desprevenidos, y tienen un *todoterreno*—comenzó a informarles el sargento Toribio—. Hay dos aquí, uno aquí y tres aquí—su mano, armada con una rama, dibujó de forma tosca las posiciones en la tierra—. Vosotros iréis por la derecha y vosotros por la izquierda. Nosotros lo haremos por el centro. Cuando dé la orden, disparad, pero apuntando bien. No hace falta que vaciéis los cargadores para tan sólo seis idiotas. Y no olvidéis lo más importante—miró a todos y se detuvo en él—. ¿Qué es, Nino?

—No colocarnos en la línea de fuego, uno a cada lado del objetivo, para que no nos alcancen nuestras propias balas.

—Exacto. Disparad en diagonal. ¿De acuerdo?

Asintieron con la cabeza.

—¡Adelante!—ordenó Toribio.

Volvieron a reptar para recuperar sus posiciones.

3

Su primera incursión real.

Su primera batalla.

Su primer bautismo de fuego.

Nino creía haber pasado ya, cuando era más niño, todos los miedos posibles, y descubrió que no era así, que siempre había un miedo más: nuevo, desconocido, diferente y siempre superior a los demás.

Ya no era tan sólo la muerte.

Era caer por nada, a las primeras de cambio, con sus nuevos compañeros cerca, con los ojos de Neli posándose después en su cuerpo frío.

No quería eso.

Así que apretó los dientes.

Y contuvo sus tremendas ganas de orinar.

Porque, por extraordinario que pareciera, se estaba haciendo pipí.

Le dolía tanto el estómago...

Siguió arrastrándose despacio, controlando cada hoja por encima de la cual pasaba, y cada rama situada a menos de un metro, como si pudiera quebrarse por sí sola. Siguió sujetando su ametralladora con las dos manos y reptando como le habían enseñado en su breve instrucción. Siguió atrapado en su concentración sabiendo que con cada centímetro que avanzaba se acercaba cada vez más a su destino.

Tal vez uno de aquellos hombres había matado a su madre.

O era el que había violado a su hermanita.

Tal vez.

—Que el odio no os ciegue—le había dicho Toribio—. Esos cabrones son el enemigo, nada más. Ellos matan indígenas y campesinos por orden de sus jefes. Ahora lleváis el uniforme de la guerrilla. Y sois tan soldados como ellos, o más, porque lucháis por la verdad y la libertad.

Verdad y libertad.

Cada segundo era una hora. Cada minuto, un día. El peso del arma, el pipí, el dolor de tripa, el miedo.

Las voces de los soldados, de nuevo cerca.

Se asomó por entre la frondosidad de un matorral y los vio.

Vio sus caras, tan guatemaltecas como la suya.

Ignorantes de que iban a morir, porque nadie sabe que va a morir a no ser que esté enfermo.

No quería hacerlo. Se había jurado no pensar en su padre, su madre, sus tres hermanas, la abuela... Pero, ¿cómo evitarlo? Le empezaron a doler los ojos.

Y no podía llorar. No ahora.

Nino apretó las mandíbulas.

Cada segundo, una hora. Cada minuto, un día. ¿Por qué el sargento Toribio no daba la maldita orden de atacar? Ya, ¡ya!

—¡Fuego!

El primer disparo fue seco. Luego, la tormenta se encadenó a sí misma con los eslabones de los impactos. La lluvia de balas se proyectó desde la espesura hacia abajo, salpicando los cuerpos desguarnecidos de los seis hombres. Una imprevista viruela moteó su carne zarandeando sus figuras ya escasamente humanas. Las balas perdidas golpearon el *todoterreno*, hicieron estallar los neumáticos, reventaron los cristales, rebotaron en los metales. Otras murieron en el suelo.

Uno de los seis soldados, a pesar de albergar ya la muerte en su seno, consiguió llegar hasta su arma, levantarla y disparar. La ráfaga atravesó la selva y fulminó dos docenas de hojas y tallos. Todo, un segundo antes de que la mitad derecha de su rostro se evaporara, desapareciera, y en su lugar surgiera una mancha informe de color rojo.

El soldado aún tenía el dedo en el gatillo. Cayó hacia atrás sin dejar de apretarlo, por mera inercia. Sus últimas balas le dieron al cielo.

Tal vez a un dios que estaba de espaldas en ese momento.

Nino pensó que las balas que le habían arrancado media cara al soldado habían sido las suyas. Siguió disparando a ciegas, hipnotizado. Ni siquiera se dio cuenta de que había vaciado el cargador.

Su dedo también siguió engarfiado en el gatillo.

—¡Alto el fuego!

Era Toribio.

Un disparo final.

—¡Alto el fuego!

Nino trató de apartar el dedo del gatillo, pero no pudo. Ahora todo su ser se había vuelto de cartón piedra. Los temblores le sacudieron de arriba abajo y de abajo arriba. Hasta que logró cerrar los ojos.

La tormenta permanecía en sus oídos.

Y el color de la sangre en su negra oscuridad.

Logró respirar.

Entonces se dio cuenta de que se había orinado encima.

5

El soldado moribundo permanecía quieto, como una isla flotando en medio del océano acotado de su sangre. Sus ojos, empequeñecidos por la alborada de la muerte, los contemplaban desde el suelo, inertes y desprotegidos. Tal vez ya no sintiera nada. Tal vez el dolor fuese tanto que le hubiese inmunizado. Pero eso era imposible saberlo.

—Cabrón—dijo Toribio.

No lo dijo gritando, ni siquiera crispado o molesto. Fue tan sólo una expresión, tan lacónica como preñada de sensaciones.

Nino, Neli, Zacarías, Guada y Sebastiano también le miraban.

Para el primero, se trataba de la prueba final, la demostración de que *ellos* también eran humanos y destruibles.

Tantos años de miedo para descubrir que los soldados podían matarse.

Aunque fuesen personas de la misma tierra, y hablasen la misma lengua.

Uno de los hombres mayores le dio un puntapié en la cadera. Más bien fue al uniforme antes que al ser humano que lo llevaba. Ese puntapié iba dirigido al ejército gubernamental, a los represores, a los que orquestaban las matanzas indígenas. El sargento levantó una mano conminándolo a no repetir su gesto. Había mucho odio en los ojos del agresor.

El soldado no había emitido el menor quejido.

Entonces Toribio habló.

—Nino, remátale.

Le puso una pistola en la mano derecha.

Todos miraron al más pequeño del grupo.

Y él miró a su sargento.

Ahora sí, el soldado logró decir una palabra, una sola, repetida.

—No... No... ¡No...!

—¿Nino?

—¿Sí, sargento?

—Mató a tu padre y quemó viva a tu madre, ¿recuerdas?—apuntó al moribundo—. Y violó a tus hermanas y luego las rajó de arriba abajo. Tú lo viste, Nino.

Era el mismo uniforme, pero no el mismo hombre.

El mismo uniforme para todos los que masacraron a su pueblo, aunque aquel pobre diablo no estaba allí.



¿Importaba eso?

—¡Nino!

¿Era una prueba? El soldado se iba a morir de todas maneras. Si quería hacerle sufrir, ¿por qué no le dejaba desangrarse? ¿Por qué él? ¿Porque se había orinado encima y la mancha era evidente en su pantalón?

Guerrillero.

Era un guerrillero con su uniforme y su arma...

Su arma.

La levantó despacio.

Nadie hablaba. En aquel rincón perdido de la selva guatemalteca sólo estaban ellos. El mundo quedaba muy lejos de allí. Eran toda la ley que necesitaban.

El soldado estaba llorando.

6

No quiso mirarlo, pero tuvo que hacerlo.

Apoyó el cañón de la pistola en su cabeza.

—No... No... Por Dios...

El soldado también le miraba a él. A los ojos.

Nino recordó otras miradas.

Su hermana, agonizando en sus brazos, rota a su misma edad.

Había un sol en lo alto, una nube a su lado, un silencio perdido, una paz olvidada, una guerra en la tierra.

Nino apretó el gatillo.

Un estampido, el soldado cayendo hacia atrás, la sangre salpicándoles, un eco lejano, y de nuevo el mismo silencio reencontrado.

La nube comenzó a tapar el sol.

CAPÍTULO UNO

Simón Morgado vivía en lo más profundo del Bosque Umbrío, una tierra inexplorada y agreste, salvaje y exuberante, sin caminos, sin Norte ni Sur, sin Este ni Oeste, porque bajo su manto arbolado incluso era imposible ver el sol, la luna y las estrellas. Y Simón Morgado era feliz en ella, porque tenía cuanto precisaba y era libre.

Libre como el viento que jugaba con las hojas de los árboles y ululaba por entre las plantas igual que una música alegre.

Había en el Bosque Umbrío animales que amaban la paz, mamíferos y aves, reptiles e insectos. Y había ríos y cascadas, frutas que colgaban de las ramas de los árboles, y riberas que sí recibían el baño de un hermoso sol y una lánguida y siempre cambiante luna.

Simón Morgado vivía con su padre y su madre en una casa hecha de madera y amor. Nunca había visto a nadie más de la especie humana. Nunca había estado en un pueblo o ciudad. Godofredo Morgado, su padre, solía decirle que el mundo exterior estaba contaminado por el egoísmo, el odio, la intolerancia y el miedo. Amanda, su madre, a veces le hablaba de otras gentes, buenas y sencillas, y lo hacía con la melancolía en los ojos y la ternura en los labios. O tal vez fuese al revés.

—Los grandes señores se atacan unos a otros—le contaba su padre—, y arrastran en sus luchas estúpidas a campesinos y vasallos. Destruyen, arrasan, roban, saquean, queman y hacen mil tropelías más. Se hacen llamar a sí mismos duques, condes, barones y hasta reyes, pero no son más que pobres locos insensibles ante lo más hermoso de la condición humana: la vida.

Simón Morgado amaba tanto la vida, que acusó aún más lo inesperado de la muerte cuando ésta le golpeó con toda crudeza antes de cumplir los quince años.

Primero fue Amanda, su madre. Se apagó como una llama, de forma súbita y silenciosa, y les dejó su sonrisa eterna colgada de sus almas. Todavía no se había recuperado de esa infame pena, cuando enfermó Godofredo Morgado. Tal vez fue de tristeza.

Al sentir la llamada de la muerte, Godofredo sentó a su hijo a su lado y, mirándole con dulzura, le dijo:

—Hijo mío, ha llegado mi hora. Desde hoy, estarás solo, y sé que tarde o temprano querrás ver el mundo del que hemos vivido apartados todos estos años.

—Yo seguiré aquí, padre.

—No, Simón. Todos tenemos un destino, y el tuyo está lejos de aquí. Sólo intenta ser feliz, y no nos olvides.

—Nunca lo haré.

—Simón—en los ojos de Godofredo Morgado titiló una luz—, debo confiarte algo.

—¿Qué es, padre?

—Abre ese arcón.

Godofredo Morgado siempre había llevado aquella llave colgando de su cuello. Ahora se la

tendía a él. Simón la tomó y abrió el arcón. Su único contenido era un extraordinario y hermoso libro de cubiertas rojas. Casi ni se atrevió a tocarlo.

—Tu madre y yo huimos del mundo y nos refugiamos en este bosque a causa de este libro. Es mágico. Tiene poderes. Pero debe ser leído por almas puras. De lo contrario, sus letras caen, sus historias son negras, sus finales tristes y amargos. Debes velar por él, Simón. Es más que un libro, ¿entiendes? Es la felicidad contada. ¡Nunca debe caer en manos extrañas! Léelo cada día, y en él hallarás cuanto desees y tendrás cuanto necesites. Amor, paz, alegría, equilibrio, humanidad... Éste es nuestro legado, Simón. Pero es más de lo que cualquier ser humano podría desear, hijo mío...

Agotadas sus últimas fuerzas, Godofredo Morgado acarició la mejilla de su hijo y falleció.

Zacarías miró a través del agujero de su arma, cerrando el otro ojo. El cañón estaba desamartillado, así que el largo cilindro parecía una inofensiva cerbatana de metal negro. Cuando lo bajó para continuar limpiándolo, rompió el silencio existente entre él y Nino.

—Eh—le palmeó en la pierna—, se habría muerto igual. Se le iba la vida por los agujeros. Parecía un colador.

—Ya.

—El sargento lo hace con todos los nuevos, para probar su valor, para que aprendan a obedecer órdenes y, por supuesto, para curtirlos.

—¿Te lo hizo a ti?

—Naturalmente, ¿qué te crees, que eres especial?

—¿Cuándo fue?

—Pues cuando entré en la guerrilla, a los nueve años.

—¿A cuántos has matado desde entonces?

—No lo sé—Zacarías se encogió de hombros—. Supongo que a muchos. A veces disparas a ciegas, a veces lo haces apuntando. Pero he matado a dos oficiales.

—¿Sí?

—Mira—se sacó dos pedazos de guerrera de un bolsillo de su uniforme, como sendos trofeos de guerra, ambos con unos galones cosidos. Uno era de un sargento, el otro de un teniente—. Me gustaría completar la colección, ¿sabes?

—¿Nunca te han herido?

Esta vez Zacarías no dijo nada. Se subió la parte superior del uniforme y le mostró la huella espantosa, en la parte derecha de su abdomen, de una pesadilla mal curada y peor cosida.

—¿Te dolió?—preguntó Nino.

—Me iba a morir—dijo su compañero con orgullo—. Se me salían las tripas y todo eso. Por suerte alguien me recogió, me las metió dentro, y me llevaron al campamento. Dicen que tuve suerte. Si no llego a ser fuerte...

—¿Qué sentiste?

—Como si me abrasaran vivo.

—Me refiero al pensar que ibas a morir.

—Nada—se encogió de hombros por segunda vez—. Me había tocado a mí y nada más.

—Yo no quiero morir—dijo Nino—. Me asusta la muerte.

—Yo tampoco quiero morir, y me asusta también la muerte, pero si te dan..., te dan. No puedes hacer nada contra eso. Aunque yo no pienso en la muerte.

—Me gustaría ver tantas cosas—suspiró Nino.

Neli estaba a unos veinte pasos, tumbada boca arriba y con las manos detrás de la cabeza. Ya no llevaba el pañuelo verde y su inmensa mata de pelo se le desparramaba por la tierra. Zacarías apreció la dirección y aún más la intensidad de aquella mirada.

—No seas tarugo—le dijo.

—¿La han herido a ella alguna vez?

—No.

—¿Porque es chica?

—Porque es lista.

—Y muy guapa.

—Olvidala—fue tajante Zacarías—. Ya cumplió los dieciséis, y es de Toribio.

—Toribio es muy mayor...

—Nino—Zacarías le miraba fijamente, y muy serio—. Necesitas todo esto—se tocó la frente con un dedo—para seguir vivo. Olvidala, ¿de acuerdo, compañero?

Continuó mirándola, y su amigo chasqueó la lengua y se encogió de hombros por tercera vez. Luego se concentró por completo en la limpieza de su arma. Nino sintió una extraña desazón en su pecho.

Nadie era de nadie, y menos...

A veces odiaba más al sargento Toribio que al enemigo.

8

Los olores en la noche eran tan fuertes en intensidad como densos en sabor. Podían masticarse, comerse despacio, paladearse con el placer de su temporal paz. Bajo la oscuridad de la luna nueva, sus formas y sus rostros apenas si se intuían. Eran cuerpos con voz, el volumen de lo incierto. Las armas, cerca, ni siquiera brillaban, opacas. Dormían en el silencio.

Aunque ellas, siempre, estaban prestas al despertar.

—¿Y tú, por qué te alistaste?

—Te gusta preguntar, ¿eh, Nino?

—Es por curiosidad.

—¿Qué más da? Estamos todos aquí, ¿no?

—¿Pero por qué lo hiciste?

—Se aburría en casa—se echó a reír Zacarías—. Allí todo eran mujeres, ¿verdad, Guada?

—No fue por eso—respondió el aludido—. Me alisté porque quería ir en coche. Nunca había subido a un auto. Por eso lo hice.

—¿Hablas en serio?—dudó Nino.

—Pues claro que hablo en serio—se enfadó Guada.

—A mí me cogió Toribio—suspiró Sebastiano—. Vagaba solo por la montaña. No recordaba nada. Me dijo que me matarían si seguía solo, y me enseñó a combatir. Supongo que de no ser por él estaría muerto.

—¿Y ahora, recuerdas ya las cosas?—dijo Nino.

—No—reconoció Sebastiano—. Pero ahora tengo esto—tocó su fusil ametrallador—. Es cuanto necesito.

—¿Qué pasó contigo?—quiso saber Guada.

Nino esperaba la pregunta. Y tenía preparada la respuesta.

—Mataron a los míos—reveló—. Dos veces.

Habían llegado por la parte más oscura de la montaña, aquella que solían cubrir las nubes como si vivieran allí o la protegieran de algo. La selva se cerraba en torno a los caminos haciéndolos inexpugnables y, en tierra, el manto mohoso hacía que los pies se hundieran varios centímetros en cada paso. Ese mismo manto había ahogado su presencia, hasta hacerla inevitable.

Él se encontraba en el pozo, limpiándolo. Su padre le había dicho muchas veces que, si un día llegaban ellos, corriera. Y que lo hiciera sin mirar atrás, lo más rápido posible.

Fue imposible.

Escuchó los primeros disparos aterrado. Tembló con el desgarró de los primeros gritos. Y después se pegó al fondo del pozo, llorando y temblando, sin saber qué hacer.

—Padre, ¿acaso hay una guerra?

—El hombre siempre está en guerra, Nino. Contra sí mismo.

—¿Pero por qué el ejército? ¿No se supone que ellos deben protegernos a nosotros?

—Nosotros somos campesinos, hijo. E indígenas. Ellos no nos quieren.

—¿Por qué?

—Política.

—¿Qué es «política», padre?

—El arte de mentir con una sonrisa, y de matar con la ley de su parte, y de encubrirlo a los ojos de los demás.

—¿Por qué no nos vamos?

—¿Adónde? Ésta es nuestra tierra. Lo ha sido desde el comienzo de los tiempos. ¿Crees que sería mejor en otra parte?

—No hacemos daño a nadie.

No hacían daño a nadie.

A nadie.

Hasta el pozo llegó el olor a quemado y, casi al instante, nuevos gritos. Su madre. Y también Geraldina, Leo y Micaela.

Se asomó por entre las piedras y sus ojos se desorbitaron aún más. Su casa ardía por los cuatro costados y su madre, en una ventana, se quemaba con ella. Cada vez que intentaba salir, los culetazos de los soldados la obligaban a retroceder. Tampoco duró demasiado. Convertida en una tea, había acabado cayendo dentro de la casa mientras la bola cárdena estallaba a través de todos los huecos de la cabaña. Su padre ya estaba muerto, no demasiado lejos del pozo. Los soldados ahora se divertían con sus tres hermanas.

Las habían desnudado, arrancándoles la ropa.

Geraldina, la mayor, ni siquiera gritaba. Estaba en tierra, boca arriba, con los puños apretados y el rostro ausente de emociones. El primer violador acababa de consumir su acto y el segundo ya se bajaba los pantalones. Leo tenía la cabeza separada del cuerpo por un machetazo. Quizás había intentado defenderse con el suyo. Micaela sí gritaba, y se debatía entre las manos de los que buscaban su cuerpo.

—¡Muévete! ¡Muévete, puta! ¡Tú sabes que te gusta!

Nino se dejó caer hacia abajo.

Y temiendo que, a la postre, ellos se asomaran al pozo, se metió en el hueco lateral que lo apartaba de cualquier mirada.

Los gritos de Micaela habían durado poco. El olor a quemado, no.

Y ni siquiera con el silencio, horas después, se había atrevido a salir.

No lo hizo hasta el día siguiente.

Para entonces, los cincuenta y siete habitantes de su pueblo ya estaban siendo devorados por las alimañas, allá donde habían caído durante la matanza.

Había vagado por las montañas, solo, como un espíritu. Había visto amaneceres cargados de dolorosos recuerdos y anocheceres impresos en el miedo. Ellos, los soldados, tragados por la tierra. Él, un niño perdido, vomitado por ella hacia un más allá incierto. Habría muerto de no ser hijo de aquella misma tierra.

Porque aquel mundo era su casa.

De noche, les había hablado a las estrellas, pero sus preguntas no tuvieron respuesta. De día había bendecido el cálido sol que le mantenía vivas las heridas y le recordaba que si respiraba era por algo.

Una semana o más después, llegó al pueblo en el que vivía la prima de su madre.

Allí, por alguna extraña razón, los cadáveres habían sido enterrados.

El ejército había limpiado la zona.

Volvió a las montañas, y vivió, o sobrevivió, treinta amaneceres y treinta anocheceres en ella antes de atisbar otro rastro humano. Aquél sí era un pueblo desconocido, no mucho mayor que el suyo. Las noticias de las dos matanzas sembraron el pánico entre sus habitantes. Hubo reuniones, muchas palabras, pero nadie escapó, nadie hizo otra cosa que lo esperado: rezar y confiar.

Rezarle a un dios que debía de andar muy ocupado en alguna otra parte del mundo, y confiar en una suerte o providencia que les hiciese diferentes y merecedores de un don especial.

La familia Gursindo lo había adoptado.

La familia Gursindo tenía un hijo muerto, un hijo preso y un hijo retrasado mental, así que necesitaban dos manos jóvenes. Y él, un techo, cariño, comida y agua, aunque fuese a cambio de trabajar de sol a sol.

Nuevos padres, hermanos y hermanas. Alguien a quien intentar querer y por quien intentar ser querido.

Seis meses cicatrizando heridas tan abiertas que cada noche sangraban solas en su alma.

Seis meses de una falsa paz en la que llegó a creer.

Hasta que una noche, al bajar de la montaña, los encontró a ellos, los Gursindo, y a todos los demás, también muertos.

Por segunda vez se había quedado solo.

—Dios siempre tiene un propósito, hijo—solía decirle su madre.

—¿Y si no lo entendemos?

—Basta con que lo entienda él.

No creía que fuese justo.

Pero volvió a las montañas, hasta que hacía apenas dos semanas se había encontrado con los guerrilleros del comandante José.

—Sí, mataron a los míos. Dos veces—volvió a suspirar Nino.

CAPÍTULO DOS

Durante los días, las semanas, los meses siguientes, el libro fue el único acompañante de Simón, y también su mejor e inseparable amigo. Sorprendido, incapaz de pasar una hora lejos de su contenido, el muchacho se sumergía fervorosamente en aquellas páginas que nunca contaban la misma historia.

Y había miles de historias.

De amor con finales felices, de misterio con la verdad en la última página, de aventuras en países hechizantes, de hombres y mujeres valerosos en lucha con villanos perversos, de animales soberbios, de gestas extraordinarias. Historias llenas de magia.

Como mágico era, en verdad, el libro.

Cuando Simón estaba triste porque recordaba a sus padres, abría el libro y ante sus ojos aparecía una historia desbordante de alegría que cambiaba sus lágrimas de tristeza por otras de hilaridad. Cuando estaba inquieto, el libro le proporcionaba paz. Cuando quería evasión, el libro la daba el placer de lo desconocido. Cuando miraba el cielo y soñaba, el libro le hablaba de países maravillosos situados en lejanos lugares de Oriente. Cuanto necesitaba estaba allí, en aquellas páginas doradas de cubiertas rojas.

Y pensar que su padre le había dicho que un día se iría de allí.

Imposible. ¡Imposible!

¿Qué otra cosa podía ser mejor que aquello?

Un año.

Había cumplido los dieciséis.

A veces se preguntaba por qué su padre había escapado de donde fuera con el libro. A veces se preguntaba por qué no se lo había dado antes. A veces...

Dos años de soledad.

Fue entonces cuando sucedió.

Una mañana Simón salió de su casa para ir a cazar a la montaña y a pescar al río. Dejó el libro sobre la mesa, confiado y seguro. Pasó el día entero fuera y regresó al anochecer.

Fue entonces cuando descubrió que el libro... había desaparecido.

11

En el campamento todos dormían menos él.

Él y Neli.

Nino la vio levantarse de su manta, despacio, para no hacer ruido. Y la vio caminar de puntillas en dirección a la tienda del sargento Toribio. Luego la muchacha entró dentro y ya no volvió a salir.

Aquél era un nuevo dolor, desconocido.

No tenía nada que ver con el de su familia muerta, su soledad o su primer combate. Era un dolor lánguido, triste, tan amargo que, si le estrujaran, de él apenas si caerían dos gotas de negra frustración. Ni siquiera sabía cómo llamarlo, salvo por el hecho de que cada vez que veía a Neli, su corazón echaba a andar como cabra loca y sus sentimientos se disparaban lo mismo que una ametralladora en manos del diablo.

Sabía qué hacían un hombre y una mujer a solas y de noche, yaciendo en la misma cama o en el suelo. Su padre y su madre también lo hacían. Pero su padre y su madre se querían.

Y Neli no podía querer al sargento Toribio.

Eso era imposible.

Neli no sólo tenía un cabello precioso.

Sus ojos eran como dos almendras oscuras y vivas, dos almendras danzantes, pupilas prisioneras de los lagos de su entorno. Bailaban con cada mirada, se asomaban a la vida con cada movimiento y cada gesto. Equilibraban la magia singular de su rostro de niña hecha mujer a borbotones, rompiendo las invisibles murallas del aire que la envolvía. Sus labios eran un sesgo armónico, un corazón rosa enclavado en el exterior. Y los dientes, blancos y perfectos, un destello que amanecía con cada sonrisa en mitad de la suave oscuridad de su piel.

Neli no sólo tenía un cabello precioso y unos ojos enormes.

Su cuerpo era la suma de los dones de la naturaleza. Unas manos que ni la dureza de la vida en la montaña había podido agrietar; unos dedos, largos y fibrosos, tan suaves que su simple tacto ya era una caricia; unos pechos, pequeños y duros, que proyectaban el uniforme hacia la lejanía de su condición de mujer, como pantalla en la que tropezaban inevitablemente las miradas de los hombres; unas piernas largas y tan fuertes que incluso en lo peor de cada día lucían como palmeras abiertas a la luz.

Neli no sólo tenía un cabello precioso, y unos ojos enormes, y un cuerpo...

—¿Tenías novia en el pueblo?

—No—Nino bajó los ojos al suelo.

—¿Por qué?

—Porque no había nadie.

—¿Nadie de tu edad o nadie que te gustara?

—Nada, nadie.

Su edad. Ni siquiera se llevaban cuatro años.

—Pero tus padres te habrían buscado ya una candidata, ¿no?

—No.

Neli echó su cabello hacia atrás. No lo hizo por coquetería, sino para aliviar el calor. Lo cogió con ambas manos y se lo levantó para que el aire circulara por la parte superior de su espalda.

—A mí me miraba mucho Edelmiro, el hijo mayor de unos vecinos. Y eran los más ricos del pueblo. Tenían gallinas, dos cerdos, la única vaca.

—¿Y daba leche?

—Mucha—se pasó la punta de la lengua por los labios.

—¿Te gustaba Edelmiro?

—No.

—Bueno—dijo él.

—Puede que esté ya muerto, como todos—musitó ella.

—¿No lo sabes?

—No. Un día un grupo de paramilitares nos acusó de dar cobijo y alimento a los guerrilleros. Tuve miedo y me marché de allí para unirme a la guerrilla.

Los paramilitares. Peores aún que los soldados. Ellos estaban pagados por los terratenientes, los poderosos.

—¿Era verdad?



—No.

Neli volvió a dejar que su cabello se desparramara por su espalda.

Nino tragó saliva.

—Tienes un cabello precioso.

Casi ni supo cómo lo había dicho. Tenía el corazón en la garganta. Y frío en todo el cuerpo.

—Tú también tienes una buena mata de pelo negro—Neli le pasó la mano por la cabeza.

—Gracias.

Era la primera vez que lo tocaba.

Y nunca iba a olvidarlo.

Cuánto, cuánto, cuánto odiaba al sargento Toribio.

Volvían a la base. Subían montaña arriba, por encima de las nubes. Y no había descanso. Cada cual llevaba su arma, su equipo, sus pertrechos. El cielo parecía estar tan cerca que sólo con alzar una mano tal vez pudiera tocarse.

Pero no se tocaba.

El cielo estaba a un lado y ellos al otro.

El cielo era ilusión, y chocolate, y leche de cabra aguardando. La tierra era dureza, sudor y fuerza.

—¡Duro, Nino!

El sargento Toribio.

¿Era de roca?

—Sargento...

—¡Te estoy salvando la vida, chico! ¡Duro! ¡Sólo puedes detenerte para morir, y hasta que yo no te lo diga, tú no te mueres!, ¿entendido?

Entendido.

La ametralladora pesaba como si en su interior, en lugar de balas, hubiera rocas forradas de plomo. Y había llovido, así que el equipo estaba húmedo, empapado. Miró a Sebastiano, a Zacarías, a Guada. Todos se concentraban en lo suyo. ¿No querían un uniforme? Pues estaba tan sucio que ya no se reconocía en él más que la mugre. ¿No querían ir en auto? Pues allí lo único que servía eran las piernas. ¿No querían libertad, comida y tantas otras razones por las que unirse a la guerrilla? Pues allí las tenían todas. Desnudas, como el único sentimiento capaz de hacerles vencer a la adversidad: la furia.

Un pie. Otro. Un pie. Otro. Y la montaña que nunca terminaba. Y si se terminaba, otra surgía inmediatamente después, y aún más alta que la anterior.

¿Quién le había dicho que Guatemala era un país pequeño?

¿En qué loco mundo sin sentido había ido a nacer?

—¡Nino!

Demasiado tarde. La roca había fallado bajo su pie, y ya rodaba de lado por la pendiente, cerca del farallón. Se sujetó como pudo con la mano libre, ya que la otra se mantenía aferrada a la ametralladora. Toribio se lo había dicho: aquel que pierde, aunque sólo sea por un segundo, el contacto de su arma está muerto. La caída se detuvo, pero no la herida en su orgullo y en su rodilla.

Y la que más le dolía era la primera.

—¿Te has hecho daño?

Tenía que ser Neli, precisamente ella, la que estuviese de pronto a su lado.

—No, no...—contuvo su dolor y su frustración.

—Déjame ver.

Le tocó por segunda vez, y ahora no fue el cabello, sino la piel, la carne. Aquellos dedos tan largos, aquellas manos tan hermosas. Podían curarle como una santa si acariciaba la ranura por la que fluía la sangre. Comenzó a levantarse ayudado por su compañera.

—¡Maldita sea, Nino!

Escuchó la voz de Toribio en el mismo momento en que le ponía el pie en el hombro y lo derribaba de nuevo.

—¿Pero qué...?

—¡Levántate solo!—tronó la voz del sargento—. ¿Desde cuándo un soldado necesita una madre para ponerse en pie?

Estaba furioso, como pocas veces lo recordaba. Neli se apartó de ellos. Nino sintió una arcada.

Se levantó.

La arcada seguía allí, detenida justo en el límite. Casi tuvo que tragarse la papilla.

Pero no vomitó.

—¡Vamos, vamos!, ¿a qué estáis esperando?—los alentó su jefe.

Cada cual reemprendió el camino. Neli también.

Y Nino.

Toribio fue el último en ponerse en marcha.

El «zup-zup-zup» se escuchó imprevistamente, tanto que apenas si tuvieron tiempo de dar la alarma antes de que el aparato emergiera por detrás del risco montañoso.

—¡Helicóptero!

Se pegaron a tierra. Nadie echó a correr. Todos se quedaron quietos, camuflados entre los árboles y los matorrales, la tierra y las rocas. Un solo movimiento habría delatado su presencia. Las voces fueron como balas trazadas a ras de suelo.

—¿Cuántos son?

—¡Uno!

—¡Maldita sea! ¿De dónde ha salido?

—¡No puede estar buscándonos! ¡Es un aparato de reconocimiento!

—¿Nos ha visto?

No hubo respuesta para la última pregunta. Algunas cabezas, aun estando pegadas al suelo, se ladearon para mirar hacia arriba, a la búsqueda de la avispa de metal. No todos la vieron. Para unos, la sensación de angustia a la espera de los disparos mortales fue una tenaza. Para los otros, la posición del aparato fue el despertar.

—¿Disparamos?

—¡No!

—¡Podríamos darle, está ahí mismo!

—¡Quietos!

—¡Nos verá, sargento! ¡Está demasiado cerca! ¡Vuela casi rozando las copas de los árboles y aquí hay demasiadas rocas!

—¡Aguardad mis ór...!

El tableteo de la ametralladora cortó de raíz las palabras de Toribio. Medio centenar de diminutos volcanes puntuales estallaron en tierra, siguiendo el rastro de las balas a la búsqueda de sus cuerpos.

—¡Nos ha visto!

—¡Fuego!

—¡Todos, todos!

Se dieron la vuelta. Apenas tres o cuatro se pusieron en pie. El resto disparó con la espalda en el suelo. El estallido fue total. Y con las primeras balas volando hacia el cielo, el helicóptero viró de inmediato para escapar de allí.

—¡Daré nuestra posición!

—¡Dadle! ¡Dadle a ese cabrón o estamos jodidos!

—¡Fuego a discreción!

Ya no hubo prevención alguna. Los que estaban de pie echaron a correr, persiguiendo por la montaña la estela del helicóptero. Los que estaban tumbados y le tenían a tiro mantuvieron su lluvia de balas. Los que le vieron desaparecer se alzaron para buscar mejores posiciones.

Durante cinco segundos la escena se convirtió en cadencia.

Hasta que, de pronto, el helicóptero hizo un giro extraño.

—¡Le hemos dado!

Tal vez no al aparato, pero sí al piloto. No vieron ningún rastro de humo. Nada.

—¡Ya! ¡Ya!

—¡Seguid!

Ahora el helicóptero era un blanco fácil. Daba vueltas sobre sí mismo. Los disparos le alcanzaron desde abajo, y recorrieron su cuerpo que se había vuelto frágil.

Antes de caer.

«Zup-zup-zup.»

Su último estertor.

Se estrelló contra el risco, estalló convertido en una bola de fuego, diseminó sus aspas rotas y los restos de sus hierros, vivos apenas un instante antes, por los alrededores, y cayó, rompiéndose y estallando más y más a medida que se hundía sepultado en los abismos de la tierra.

Los guerrilleros levantaron sus armas.

Y sus gritos al cielo.

Todos menos Toribio.

—¡Vámonos! ¡Esto se llenará de soldados antes de lo que imaginamos!

El campamento del comandante José se encontraba en lo más intrincado de la cadena montañosa, al amparo de una selva que ni los rayos del sol conseguían atravesar. Nino sabía que en su país había treinta y tres grandes volcanes, treinta y tres figuras colosales que tenían la huella de su torturado pasado más remoto, de la misma forma que, en el presente, la huella de su tortura era la latente guerra civil y el intento de exterminio de las poblaciones indígenas, cuya cultura maya mantenía viva su llama de forma mucho más poderosa que en la mayoría de los pueblos circundantes. Allá arriba, sin embargo, los volcanes parecían lejanos, y la guerra, una ironía.

¿Por qué apenas diez millones de personas no podían vivir todas juntas y en paz?

Se dejaron caer, exhaustos, incapaces de dar un paso más. Hombres y mujeres salieron de sus refugios, sus cabañas, para llevarles una mano amiga, un poco de agua, una medicina, o una palabra de aliento. A ellos, a Zacarías, Guada, Sebastiano y Nino, los rodeó un grupo de combatientes jóvenes, como lo eran ellos. Un poco más allá, las chicas se agruparon entre sí; Neli se abrazó a una amiga. La explosión del helicóptero había sido vista el día anterior.

—¿No se cansa nunca?—gimió Nino viendo cómo el sargento Toribio continuaba caminando al encuentro del comandante José.

—No es humano—bromeó Zacarías.

—Está muerto y le han puesto una batería para confundirnos y hacernos creer que sigue vivo—sonrió Guada.

—El día que le vuelen los colgantes, me los llevaré como recuerdo—apostilló Sebastiano.

—Apuesto a que éstos sí los tiene indestructibles e incorruptos, como la reliquia del santo de mi pueblo—continuó Zacarías.

Se echaron a reír.

Al menos aún tenían fuerzas para eso.

Nino cerró los ojos.

Estaba en casa.

Otra casa, otros padres, otros hermanos, y ningún amor.

Sólo la vida que el buen Dios hubiera dispuesto para él mientras luchase.

CAPÍTULO CINCO

Un mes después de la desaparición del libro, cuando por fin cesaron las pesadillas y se cansó de preguntarse el por qué de tan insólito suceso, Simón Morgado abandonó la postración inicial y se enfrentó a los hechos.

Como ya quedaba demostrado, no habían podido ser los animales del bosque, ni el viento, ni un caminante o una persona perdida que hubiera dado con la casa de forma inesperada. Tales alternativas eran imposibles.

El libro había desaparecido por algo.

Y desde luego, alguien se lo había llevado.

Robado.

Alguien que conocía su existencia, y que, de alguna forma, tal vez sabía que Godofredo Morgado estaba muerto.

El guardián del libro.

Aquel día, superado su abatimiento, Simón salió de casa con una idea: inspeccionar los alrededores.

Se dio cuenta en ese mismo instante de un hecho extraordinario que se le había pasado por alto en los días previos: desde la desaparición del libro..., no había viento. No se movía ni una hoja. Era como si todo, la misma vida, estuviese en suspenso.

Lo comprendió en seguida.

El tallo quebrado a los pocos metros, por la parte de atrás. Las dos hojas caídas y aplastadas un poco más allá. La piedra vuelta del revés, mostrando la parte mohosa que tanto tiempo había estado abajo. El jirón de capa deshilachado en el zarzal.

Huellas.

Y sin duda, la principal, toda una sorpresa.

Una letra.

Una «S».

Pequeña, diminuta, aunque no tanto como para que los perspicaces ojos de Simón, habituados a leer el libro, no la vieran.

¿Qué significaba aquello?

Buscó en torno a la «S», pero ya no vio nada más. Era imposible que una letra se hubiera caído sola, y menos porque sí. Imposible en un libro mágico. Dio entonces vueltas en círculos en torno a la casa, y casi al anochecer halló una segunda letra. Una «O».

Por la mañana, nada más hacerse la claridad diurna, encontró la tercera, una «C».

Y comprendió el resto: las letras seguían un curso, en línea recta, en una dirección. Estaban colocadas de manera que sólo tenía que seguir ese rumbo.

De forma ya casi inmediata, separadas por distancias que oscilaban entre los veinte y los cincuenta metros, dio con las siguientes: «O», «R», «R» y «O».

«SOCORRO»

El libro le pedía ayuda.

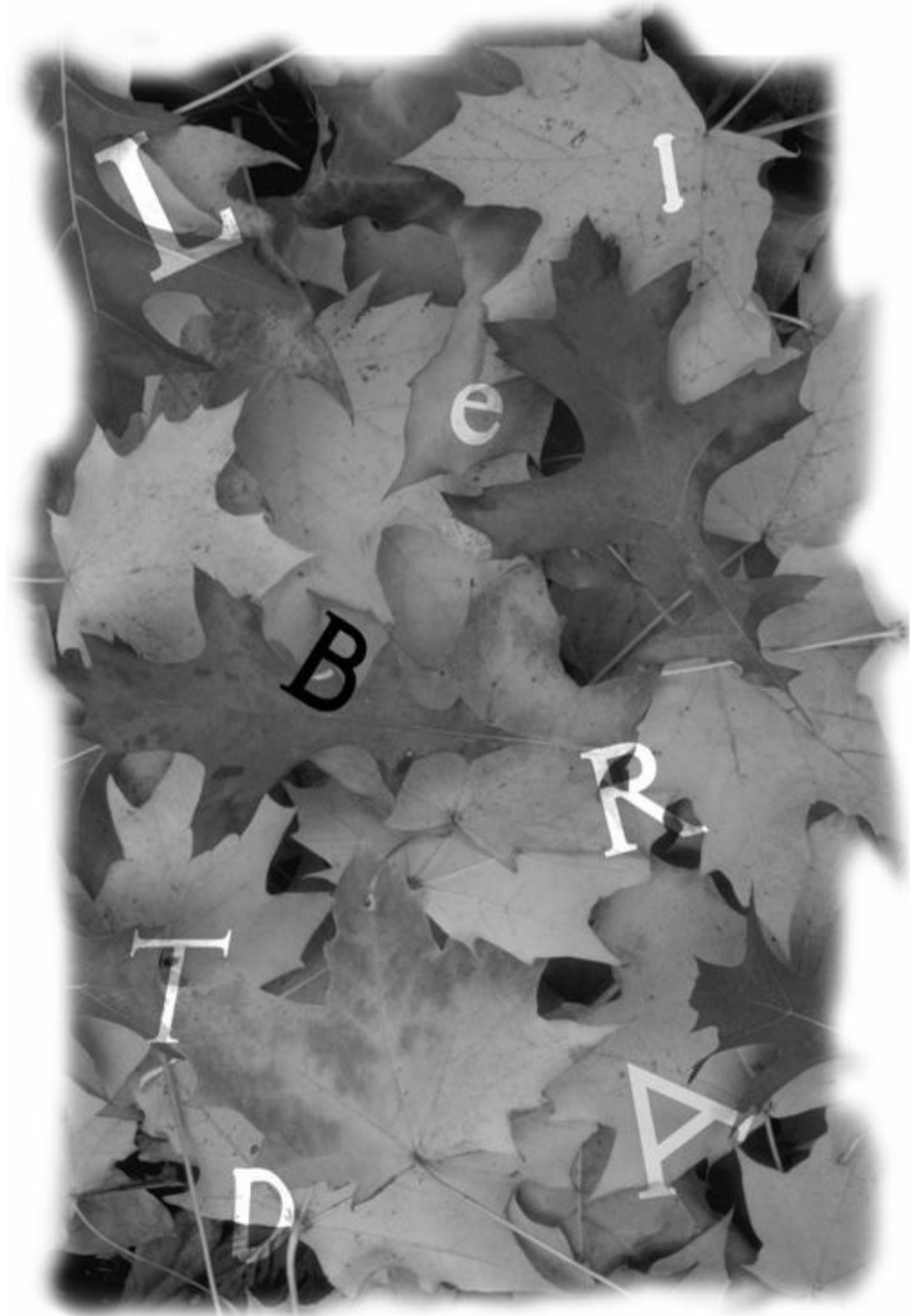
Y le guiaba.

Simón regresó a su casa, recogió un poco de ropa, que metió en un hatillo, y algo de comida, que dispuso en un zurrón. Luego reemprendió el camino. Las letras ya no dejaron de guiarle en ningún momento. Antes y después de salir del Bosque Umbrío, porque tras varios días de andadura, acabó dejándolo atrás. Cuanto conocía estaba allí. Por delante sólo tenía la incertidumbre.

Y en su cuerpo, el valor que precisaba.

Paso a paso, día a día, las letras que recogía del suelo seguían formando palabras, mensajes que le apremiaban aunque en ningún caso le hacían correr o precipitarse sin sentido. «VEN», «AYÚDAME», «SIGUE», «ADELANTE»...

Fuera del Bosque Umbrío y de su manto protector, Simón Morgado se enfrentó al mundo del que nada conocía.



L
L

I

e

B

R

T

A

D

Había visto desnudas a sus hermanas, pero no era lo mismo. Ni siquiera en el caso de Geraldina, ya mujer y desarrollada.

Neli era distinta.

Su cuerpo era distinto.

Se bañaba desnuda, junto a las otras, bajo la fuente y el pequeño lago que formaban el nacimiento del río que se abría paso desde allí hasta el distante llano. Sus gritos quedos jugaban con las gotas que lamían sus pieles lo mismo que sus manos, acariciándolas. Se salpicaban, se echaban agua unas a otras, se hundían, y nadaban, y volvían a hundirse y a nadar antes de salir y desperzarse como ninfas ávidas de vida.

Todas eran hermosas.

Pero sólo Neli era distinta.

Sólo existía ella.

Y Zacarías, recién aparecido a su lado, lo sabía.

—Te lo dije, olvídala.

—No la miraba sólo a ella—mintió.

—¿A quién quieres engañar?—su amigo le dio un codazo—. Es lo único que tienes en la cabeza desde hace días.

—No entiendo por qué...

—No tienes por qué entenderlo. Toribio es el que manda, y ella está tan sola como puedas estarlo tú. Y además, ya es una mujer. Tú eres un crío.

No pudo rebatirlo. Pero de nuevo sintió aquel daño abrasador en su alma.

—Toribio no tiene derecho—arguyó.

—Es un buen soldado, pero un mal bicho. Así que ten cuidado. Nosotros no somos nadie para decir quién tiene derecho o no.

—Creía que luchábamos para combatir la desigualdad, por algo más que por nuestra vida o nuestra supervivencia, por nuestro orgullo—manifestó con dolor.

—No seas zopenco, Nino—Zacarías le pasó una mano por encima de los hombros y miró hacia abajo, en dirección al grupo de guerrilleras que disfrutaba de aquellos raros momentos de libertad—. Lo que hacen los hombres y las mujeres cuando están a solas no tiene nada que ver con el orgullo, sino con el cuerpo. Nadie obliga a Neli.

—Toribio la obliga.

—Sabes que no.

—Seguro que está casado.

—¿Y qué? ¿A quién le importa eso? Mañana puede estar muerto.

Lo deseaba.

Nunca había sentido nada como lo que sentía por Neli.

Una pura obsesión.

—¿Has estado con alguna chica, Zacarías?—preguntó lleno de inocencia.

El campo no era campo, sino más bien un irregular retazo de tierra rectangular e inclinada, de forma que en lugar de jugar una parte en cada lado, se turnaban cada quince minutos para nivelar las fuerzas de los que habían atacado subiendo o los que lo habían hecho bajando. La pelota tampoco era pelota, aunque su forma sí era bastante redonda. De vez en cuando las patadas la deshacían y había que volver a armarla, con la vejiga hinchada a boca, las pieles envolviéndola y las cintas anudadas toscamente. Los jugadores no eran jugadores profesionales, aunque se empleaban a fondo, con la misma convicción que ponían en la batalla. El público sí era público, enfervorizado, tomando partido por uno o por otro. Los del torso desnudo eran de los pueblos llanos. Los de la camiseta, de los pueblos altos. Una manera como cualquier otra de formar dos equipos y crear una rivalidad.

Y ahora, todos acababan de descubrir a una nueva estrella.

Nino.

Regateaba, pasaba milimétricamente, centraba al hueco, tenía visión de juego, lanzaba en profundidad, chutaba con intención, y ya había metido dos goles pese a los irregulares botes del balón. Los mismos que el equipo oponente.

Ahora todos le buscaban a él.

—¡A Nino!

—¡Ya, entra!

—¡Chuta!

Dejó atrás a dos rivales, salvó la tarascada de un tercero, fintó a la derecha y entró por la izquierda. El portero ya estaba a su alcance, y las dos piedras de la portería a punto de gol. Se acercó un poco más para apurar la jugada.

Entonces le entró por sorpresa uno de los mayores, fornido y enorme. Le hubiera derribado con sólo soplarle, pero hizo algo más: trabarle con una aparatosa zancadilla por detrás. Nino voló por los aires y cayó al suelo un par de metros más allá.

—¡Penalti!—gritaron los partidarios de su equipo.

El sargento Toribio, el árbitro del encuentro, hizo un gesto negativo con ambas manos y se situó al borde de la imaginaria área. Hubo silbidos. Los compañeros de Nino le rodearon enfadados.

Nino miró a Neli.

Ahora era suya.

Le aplaudía, le vitoreaba, y silbaba a Toribio abucheándole.

—¡Fuera, fuera!

—¡Árbitro comprado!

—¡Fue dentro del área!

La falta se sacó sin incidencias. Atacó el equipo rival. Se deshizo la pelota. Hubo que volver a armarla. Se cambió de campo. Se apuraron los minutos finales del partido. Y entonces el balón volvió a caer a los pies de Nino en buenas condiciones, algo escorado a la izquierda pero en la vertical del marco contrario.

Sabía que Neli lo miraba.

Así que puso la directa.

Última oportunidad.

—¡Solo, Nino!—oyó gritar a Zacarías.

Dejó atrás al primer defensa, pasó por en medio de otros dos. Sabía que el energúmeno aparecería como antes, de forma inesperada, así que le buscó con el rabillo del ojo y le aguardó. Justo en el instante previo del impacto, golpeó la pelota, elevándola, y saltó hacia arriba. El defensor pasó ridículamente por debajo de él y fue a chocar con el portero, que salía a la desesperada por si acaso.

La portería quedó libre, expedita.

Nino entró paseando en ella, con la pelota en los pies.

Era el tres a dos decisivo.

Mientras era abrazado por Zacarías, Guada, Sebastiano y los demás, puño en alto y más fuerte de lo que jamás se había sentido, buscó a Toribio con la mirada.

CAPÍTULO ONCE

Después de las aventuras vividas con el ermitaño, el cazador, el pescador y el guardián de la frontera del Reino, Simón llegó al primer pueblo que sus ojos veían y sus pies pisaban, pero más aún, al que su condición humana se enfrentaba.

Vio muchas casas, muchos hombres, mujeres y niños en las calles, percibió muchos aromas que su olfato supo leer y escuchó muchas voces que su razón trató de separar.

Y al darse cuenta de que nadie le miraba, que no era más que un extraño que se ignora como se ignora una piedra, se sintió solo.

Aunque lo que más le preocupó fue no ver ninguna letra más en el suelo.

Vagó por calles, sin rumbo, incapaz de continuar en línea recta en pos de nuevas letras; escuchó risas y enfados, cantos y gritos; presencié escenas dispares, desde una madre amamantando a su hijo con amor, a otra golpeando al suyo con saña; vio arrugas milenarias en los rostros de ancianos de ojos tristes y la tersura en la piel de las muchachas que lucían su hermosura como un reto a la vida; fue testigo, no parte, de situaciones y momentos, hechos y pasajes cotidianos. Todo era fascinante, aunque no todo era agradable o digno. El mundo de los humanos era un armónico caos, una mezcla de sensaciones y emociones. Incluso habría disfrutado de él, en su perplejidad inocente, de no ser porque sus ojos no hacían más que mirar el suelo, buscando nuevas letras asomando por el polvo del camino.

De noche, agotado, se dejó caer al amparo de unas maderas. Ni entonces reparó alguien en él. No existía. En el bosque conocía cada rincón, cada árbol, cada animal. Allí no era nadie ni reconocía nada. Extraño. Todos pasaban indiferentes ante él.

Todos no. Uno le echó una moneda.

Se la quedó mirando en la palma de su mano. Sabía para qué servía. Pero no la necesitaba. Comía de los árboles y de la tierra, y bebía de los ríos. Aun así, se la guardó.

Al día siguiente despertó en el mismo lugar, pues se había quedado dormido sin darse cuenta. Las risas de unos niños fueron las que le hicieron abrir los ojos. Se pasó una mano por ellos, pero lo que le hizo despejar del todo fue una curiosa escena.

A unos metros de él, un niño sucio, divertido y feliz, jugaba con una letra «E».

La lanzaba al aire, la soplaba, la veía descender como una pluma, se la colocaba en la frente...

—¡Niño!—gritó Simón levantándose raudo.

—¿Qué quieres?—le miró con desconfianza.

—¿De dónde has sacado esa letra?

—¿Una letra?—frunció el ceño—. ¿Qué es una letra?

Simón señaló la «E».

—Naturalmente esto es una letra—dijo.

—¿Una letra?—repitió el pequeño—. No sabía que se llamara así. ¿Y qué?

Simón pasó por alto el comentario del niño. Pensó que no sabía leer. Lo único importante era que allí, frente a él, tenía por fin su siguiente pista.

—¿Dónde la has encontrado?

—Por ahí—cerró su mano con fuerza—. Y sea lo que sea es mía.

—Escucha—dijo cauto Simón—. Esa letra pertenece a un libro mágico, y es necesario...

—¿Qué es un libro?

Ahora sí, la pregunta le desconcertó por completo.

—¿No sabes qué es un libro?

—Nunca he oído esa palabra.

—Un libro es un conjunto de páginas llenas de letras como ésa que cuentan una historia.

—¡Anda ya! ¡Eso no existe! ¿Quién eres tú?

O era muy tonto e ignorante, o lo que decía era cierto, en cuyo caso...

Simón no pudo creerlo.

¡Un pueblo sin libros!

—Por favor, dime dónde has encontrado esa... letra.

—Eso es fácil—asintió el niño—. Sígueme.

No anduvieron demasiado. De hecho rodearon unas casas y llegaron a la salida del pueblo. A unos veinte metros, el chico se detuvo y señaló el suelo.

—Estaba aquí.

Simón suspiró. Dar con la siguiente sería de nuevo sencillo. Volvía a estar en el buen camino.

—La necesito—le dijo a su compañero—. ¿Me la das?

—¡No!

—Ni siquiera sabes lo que es.

—Bueno, es algo raro, y como nunca he tenido nada raro, me gusta. Sea lo que sea.

Simón sacó de su bolsillo la moneda.

—Te la cambio por esto—le propuso.

Los ojos del niño se dilataron al verla.

—Eso sí es un cambio justo—aceptó la transacción.

Le dio la moneda y recibió la letra «E». Tras ello, el niño, por si se arrepentía de tan generosa oferta, dio media vuelta y echó a correr perdiéndose en el pueblo. Simón se quedó solo.

Pero de nuevo en camino.

El premio para los vencedores había sido no tener que hacer guardias durante una semana. El castigo para los perdedores, soportarlas dobles. Durante más de una hora todos habían rodeado a Nino, como si se tratara de una figura. Ahora la efímera gloria acababa de quedar relegada a un segundo plano. La realidad volvía a ser la misma.

Pero él estaba con Neli. Y ése era su mejor regalo.

Atravesaban uno de esos raros silencios que nacen y mueren entre las personas. Un silencio dominado por sus respiraciones, cruzado por esporádicas miradas nunca coincidentes, marcado por pequeños giros y gestos, detalles y sensaciones. Los pensamientos bullían en un rumor de amapolas, pero más bien esperaban en el desierto de su paz a que uno u otro alcanzara a romper la leve pausa.

Fue Nino quien lo hizo.

—Me gustaría estar en Ciudad de Guatemala—suspiró.

—¿La capital? ¿Por qué?

—Para ver por televisión los partidos del campeonato mundial de fútbol.

—¿Lo dices en serio?—se echó a reír Neli.

—Se juega estos días, en España. ¿Te imaginas? El mayor espectáculo del mundo.

—Estás loco.

—Teníamos una pequeña radio a baterías...—comenzó a decir antes de acabar la frase envuelto en un suspiro.

Neli le cogió una mano.

—¿Piensas mucho en ellos?

—Sí.

—¿Los recuerdas?

—A veces no consigo ver la cara de mis hermanas en mi memoria..., pero sí, los recuerdo.

—Yo no—dijo la muchacha—. Los he borrado.

—Eso no puede ser.

—Yo lo he hecho—la mano perdió el contacto—. No quiero vivir con ese tormento.

—No sabes si están vivos o muertos.

—Escucha, Nino. Te dije que me marché del pueblo para unirme a la guerrilla, y es cierto. Pero no te dije que me cogieron y me tuvieron prácticamente secuestrada, obligándome a trabajar como criada en casa de un terrateniente. Fueron los peores meses de mi vida, hasta que un día, viajábamos en auto y nos atacaron. Era Toribio. Mató a aquellos cerdos y a mí me puso un arma en las manos para que hiciera lo mismo con mi amo.

—¿También a ti?

—¿Crees que eres único?

—¿Lo hiciste?

—Sí.

—¿Querías hacerlo?

—Eso no importa ya.

—Sí importa.

—¿Por qué?

—Porque si matamos sin más, somos como ellos. Neli lo observó unos segundos.

—Eres muy extraño—comentó.

—No veo por qué.

—Nos encargan las misiones más peligrosas porque dicen que los jóvenes no tenemos miedo. Piensan que estamos locos y que para nosotros la guerra es un juego. Tú en cambio... ¿No comprendes que ellos nos masacran día a día, y que no van a parar hasta exterminar a todos los indígenas de Guatemala? Ni siquiera podemos hacer otra cosa que defendernos. ¡La guerrilla es nuestra única esperanza!

—Yo veo más el rostro de aquel soldado al que disparé en la cabeza que a mis hermanas Leo o Micaela.

—Porque era la primera vez. Ahora ya eres un guerrillero de verdad.

—¿Estás segura?

Neli le miró con el ceño fruncido.

—Niño, ¿qué te pasa?—murmuró.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Me dirás la verdad?

Nino se removió inquieto sobre el pedazo de tierra en el que estaba sentado, igual que si un puñado de hormigas hubiera comenzado a transitar por su trasero.

—Pues claro—dijo inseguro.

—¿Por qué me espías cuando me baño?

Lo sabía. El tono de Neli era demasiado especial, y sus ojos brillaban con aquella rara intensidad. Sin embargo no parecía enfadada, sino más bien todo lo contrario. Como divertida.

—¿Yo?—quiso defenderse.

—Vamos, ¿crees que no lo sé?

—¿Y cómo...?

—Pues porque lo sé. No soy tonta. Llevo más tiempo que tú en la guerrilla, y en la selva. Yo la oigo respirar—abarcó el inmenso verdor que los envolvía—. Siento cómo se mueve, y veo sus ojos.

—Perdona—Nino bajó la mirada al suelo.

—Es normal—ella hizo un gesto indiferente—, pero en tu caso...

—¿Qué me pasa a mí?

—Pues que eres distinto a los demás. Tú sólo me miras. En fin—se encogió de hombros—, supongo que no eres más que un niño.

—No es verdad—se defendió mirándola a los ojos de nuevo—. Tú misma has dicho que ya soy un guerrillero.

—Entonces, ¿por qué te ocultas? Todos somos guerrilleros, en efecto. Y compañeros. Si quieres ver esto, míralo—Neli se abrió la guerrera y le mostró sus senos.

De cerca aún eran más hermosos. Parecían mirarle fijamente, oscuros y vivos.

Nino se quedó sin aliento.

Pero no supo qué decir.

Volvió a desviar sus ojos.

—Nino.

No respondió.

—Nino, no seas tonto—Neli le cogió la mano derecha y se la llevó a su pecho, la colocó allí y la apretó levemente contra sí—. ¿Ves? No son más que dos bolas de carne. No pasa nada. Es... ¡Nino!

El muchacho se había levantado y corría ya hacia el distante campamento.

El seco estruendo del disparo se escuchó al anochecer.

Solitario.

Extraño.

Retumbó en el campamento, esparció su eco por la montaña, voló por encima de sus cabezas y se apoderó de sus conciencias como un ave de mal augurio.

Muchos ya intuían su razón cuando echaron a correr hacia el lugar.

Algunos cogieron sus armas pensando en un ataque.

Nino estaba cerca, así que fue de los primeros en llegar. Se detuvo a los pocos pasos al ver la cara estupefacta de Sebastiano, pero aún más al ver el cuerpo caído e inerte de Guada, mientras la sangre empezaba a fluir por el boquete abierto en su pecho. Iba sin camiseta, sin guerrera, así que su piel tostada desaparecía despacio a medida que la mancha roja se la cubría.

—¿Qué diablos...?

La voz de Toribio se rompió.

—Estaba limpiando su... arma...—trató de explicar lo inexplicable Sebastiano—, y de pronto...

Nino quiso llorar y ya no pudo.

Por Guada, muerto, y por tantas y tantas otras cosas.

Ni una lágrima. Sólo aquella bola densa y dura en la garganta.

Dos guerrilleras se arrodillaron junto al cuerpo del muerto. Una le cerró los ojos, que miraban al cielo con sorpresa, como si hubieran visto a Dios en el último instante. La otra apartó de su lado el arma con la que se había disparado accidentalmente. Sebastiano parecía el chico más solitario, asustado e indefenso del mundo.

Pero a él nadie le ayudó.

El sargento Toribio también se movió. Dio unos pasos, se colocó delante de todos y los miró con aspecto muy serio.

—Un descuido, un momento de ausencia de tensión, y adiós—les dijo con lacónica parquedad—. Tomen nota de esto.

Continuaron quietos, inmóviles, como nuevos árboles recién salidos de la tierra. Árboles sin ramas ni hojas, de raíces breves. Árboles sin pájaros en sus copas. Árboles con ojos brillantes y corazones impeli dos por una savia que provenía de la razón, no de la naturaleza.

Todos tenían frío.

La cruz de madera era muy tosca. Coronaba el pequeño montón de tierra removida como si fuera un extraño matorral seco. Las flores, apenas un puñado, estaban al pie de ella. Desde la ladera del risco, la vista resultaba impresionante.

Las nubes volaban bajas.

Iba a llover.

Nino, Zacarías y Sebastiano la contemplaban solitarios.

—Lo voy a echar de menos—dijo Sebastiano.

—Siempre se reía—asintió Zacarías.

Nino miraba la cruz, la inscripción escrita en ella: «Guadalupe Hermoso Quelín». Ni siquiera sabía que Guada se llamase así.

Ni siquiera sabía los apellidos de Zacarías y de Sebastiano. Ni ellos, los suyos.

—Murió libre—dijo Sebastiano.

—Pero murió—dijo Nino.

Sus dos compañeros le dirigieron dos aprensivas miradas.

—Lo mataron ellos, los soldados, igual que si le hubieran disparado con sus armas—apuntó Zacarías.

—Por eso estamos aquí—apretó las mandíbulas Sebastiano.

Aquí. Allá.

—En España los niños deben de ir a la escuela, y luego ven el campeonato mundial de fútbol.

A veces no le entendían. Ésta era una de esas veces. Intercambiaron una mirada entre sí.

—Tú fuiste a la escuela, ¿verdad, Nino?—preguntó Zacarías.

—Sí.

—¿Por eso sabes leer y escribir?

—Sí.

—¿Y qué?—dijo Sebastiano—. Eso no te ayuda a disparar mejor ni te hace inmune a las balas.

—Pero un día, cuando acabe esta guerra, alguien tendrá que contarle todo, y recordar.

—Nunca acabará—exhaló Zacarías—. Siempre quedará uno de nosotros, o de ellos. ¿No comenzó en los años cincuenta?

—Acabará—aseguró Nino.

—¿Y serás tú quien lo cuente?—pareció burlarse Sebastiano.

—Alguien. No sé. Tal vez yo, sí.

—Moriremos todos—dijo con firmeza Sebastiano.

—Claro—lo corroboró Zacarías.

—No—Nino movió la cabeza horizontalmente.

Dejaron de hablar. Cayó la primera gota de lluvia, y la segunda. Y luego, en intenso tropel, muchas más. Pero ellos no se movieron. Siguieron frente a la tumba de su compañero caído. El aguacero se hizo tormenta tropical bajo una repentina negrura.



—¿Así que ahí pone Guadalupe Hermoso Quelín?—dijo Zacarías señalando la cruz de madera que coronaba la tumba.

CAPÍTULO DIECISIETE

Después de las aventuras con el leñador, el comerciante, el hombre que le cruzó al otro lado del río y la hechicera que le dio la pócima para restablecerse de su resfriado, Simón llegó a la primera ciudad que sus ojos veían y sus pies pisaban, pero más aún, a la que su condición humana se enfrentaba.

La ciudad era como diez, un centenar o más de pueblos. Altos edificios de hasta tres plantas milagrosamente equilibradas, altas murallas defendiéndola, y tantos seres humanos que era imposible contarlos todos, y aún menos reconocerlos por más que anduviese un día tras otro. Los aromas todavía resultaban más densos y las voces más confusas. Por ello, en la ciudad, se sintió aún más solo que en los pueblos.

La última letra, al pie de la muralla de entrada, completaba otra frase más: «YA ESTÁS CERCA».

Pero de nuevo, al entrar en la ciudad, el rastro de las letras se perdía, y con ello la posibilidad de seguir el camino.

De noche, cansado de dar vueltas sin rumbo, con los ojos más doloridos que los pies de tanto buscar letras caídas del libro, se derrumbó al pie de un establo y sintió cómo su corazón, después de tantos días de caminata, desfallecía incapaz de resistir. La ciudad era demasiado grande. Por la mañana rodearía las murallas, pero ahora necesitaba descansar.

Y descansó, agotado.

Hasta que, al amanecer, le despertó el roce de una mano contra su cuerpo.

Se asustó mucho al ver a un mendigo urgando en sus bolsillos y en su zurrón. Pegó un respingo tan fuerte que, al mismo tiempo, hizo que el mendigo, atemorizado, cayera sobre sus posaderas. Los dos se quedaron mirando sin saber si levantarse y echar a correr o quedarse al comprobar que el otro no parecía ser peligroso. Tras la calma, fue el pordiosero el que primero formuló una palabra.

—No temas. Tengo hambre—le dijo.

Cruel mundo aquél, pensó Simón, pues permitía que sus habitantes pasaran hambre y penurias.

—No tengo nada que darte—fue sincero.

El mendigo, enteco, viejo, sin dientes en su boca, le insistió.

—Aquello que a ti menos te sirva, de buen seguro que para mí será un tesoro. Mira en tus bolsillos, caminante.

Simón lo hizo, pero de uno de ellos lo único que extrajo fue un puñado de letras, las que había estado recogiendo desde el inicio de su camino. Las frases ya habían sido leídas, así que las letras estaban amontonadas unas con otras. Los ojos del mendigo se dilataron al verlas.

—Hermosos objetos—manifestó—. ¿Puedes darme algunos, puesto que tú tienes tantos?

—Son letras—reveló Simón—. ¿Nunca has visto una letra?

—No sé lo que es una letra—se encogió de hombros—, pero eso no significa que no me gusten

esas cosas tan curiosas.

Para Simón, las letras ya no representaban nada. Primero había pensado reintegrarlas al libro, pero ahora comprendía que eso era innecesario. Así que se las ofreció todas, de forma generosa.

—¡Gracias!—dijo el pordiosero emocionado.

Las recogió con las dos manos y se levantó. Simón se lo quedó mirando lleno de curiosidad. ¿Tampoco en la ciudad sabían qué era una letra..., o un libro?

Entonces sucedió algo aún más insólito. A los pocos pasos el mendigo se tropezó con un rico personaje, pues vestía ropas de gran relevancia, doradas y con brocados. Iba el mendigo tan absorto con su tesoro que no vio al hombre hasta que chocó con él. Primero se encogió de miedo, temeroso de un castigo o represalia, después se tranquilizó. El aparecido miraba las letras con los ojos muy abiertos.

—¿Qué es tan singular prodigio de belleza?—exclamó turbado por la visión del puñado de letras—. ¿Y cómo es que tú tienes tanta hermosura siendo pobre, buen hombre, mientras yo, que soy rico, carezco de algo tan bello?

El mendigo vio la bolsa que colgaba del cinto del gentilhombre.

—Puesto que deseáis lo que yo poseo, sería justo un intercambio equivalente, mi señor—le propuso presto.

El rico personaje no se lo pensó un instante. Sacó su bolsa llena de monedas de oro del cinto y se la entregó al mendigo. Éste, con los ojos muy abiertos, dio el puñado de letras. Luego, uno y otro se alejaron en sentido opuesto, el mendigo con su inesperada fortuna, y el gentilhombre con su nuevo tesoro.

Simón Morgado se levantó.

Era cierto. Nadie conocía la existencia de las letras, y siendo así... ¡Aún menos la de los libros!

¿Qué clase de mundo era aquél?

Caminó de nuevo por la ciudad y lo comprobó. En ningún lugar había nada escrito, se utilizaban sólo los signos y los símbolos como identificación. Así, en una panadería vio un letrero con un pan para que el público supiese lo que allí se vendía, y en una pescadería vio un pescado, lo mismo que en una carnicería vio una vaca cuarteada. Ninguna letra.

Un mundo de ignorantes.

Un mundo de soledades, pues sin libros, ¿qué emociones anidaban en el corazón y las mentes de aquellas personas?

Simón hizo lo que le decía su instinto tras ese extraordinario descubrimiento y, al otro lado de la ciudad, al pie de la muralla, encontró por fin una nueva letra que le reorientaba en su camino.

Bueno, más que una letra, era un signo de admiración: «¡».

Su búsqueda volvió a iniciarse.

—Nino.

—¿Qué?

—¿Puedo sentarme a tu lado?

—Claro, Neli.

La muchacha lo hizo. Se sentó con las rodillas levantadas y se las sujetó con ambos brazos. Apoyó la barbilla en ellas.

—Pareces rehuirme—dijo.

—No es cierto.

—Sí lo es, y no lo entiendo.

—Yo no te rehúyo—insistió él.

—¿Es por lo del otro día?

—No.

—Creí que te gustaría, y que serviría para que te dieras cuenta de que somos compañeros, e iguales.

—Somos compañeros, pero no iguales—manifestó Nino.

—¿Por qué lo dices?

—Cosas mías.

—Es por él, ¿verdad?—Neli señaló a lo lejos.

Toribio estaba conversando con otros tres oficiales.

Nino calculó su respuesta. Casi se sorprendió a sí mismo al oírse decir:

—Lo odio.

—No es malo.

—Está hecho de piedras.

—Pero no es malo. Trata de que sigamos vivos.

—Te tiene a ti.

La respuesta de Neli se demoró dos segundos.

—A mí no me tiene nadie—dijo en un tono muy seco.

—¿Entonces por qué vas a su tienda por las noches?—Nino mantuvo su valor.

—Porque soy una mujer.

—¿Y eso qué quiere decir?

Neli no respondió de forma directa. Abandonó su postura inicial y quedó sentada de lado, apoyada con una mano en el suelo. La otra cubrió la breve distancia que la separaba del brazo de su amigo.

Le hizo una leve presión.

—Nunca has estado con una chica, ¿verdad?

—No—reconoció él.

Neli se le acercó. La mano atrajo el brazo hacia sí. Muy despacio, unió sus labios a los de Nino. Eran muy suaves, y dulces. Todo su aroma femenino lo envolvió arrebatándole la noción del

tiempo y la razón.

Cuando ella se separó, la miró boquiabierto.

—Esto es un beso—dijo Neli—. Y el comienzo de todo.

—Es hermoso—susurró Nino.

—¿Volvemos a ser amigos?

—Siempre hemos sido amigos.

—Entonces, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¿Qué clase de pregunta?

—Es sobre ese libro que lees a cada momento.

—Ah.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—¿De qué trata?

—De un muchacho al que le roban un libro, y va tras él, porque en ese libro está todo. Y como es un libro mágico, va dejando caer letras para que él pueda seguirle la pista. Vive innumerables aventuras en su camino.

—¿Lo entiendes todo?

—Leo muy despacio, pero lo entiendo, sí. Y si es necesario, leo dos o tres veces un párrafo hasta comprenderlo, aunque hay muchas palabras de las que ignoro el significado.

—¿Cómo se titula?

—No lo sé. Lo encontré tal y como lo tengo, sin cubiertas, sólo la parte de dentro, así que ni tan sólo sé cómo se llama o quién lo escribió. Pero quien lo haya leído o fuera su dueño...—sonrió con ternura—debió de gustarle mucho, porque tiene frases subrayadas en rojo, y desde luego son las mejores, las más bonitas. Nunca había leído un libro como ése. Bueno..., en realidad nunca había leído un libro entero. Después de ver los mundiales de fútbol, creo que lo que más me gustaría es tener muchos libros, y leer más rápido.

—¡Estás loco!—se burló Neli con una de sus características sonrisas vestidas de ternura.

—¿Por lo de los mundiales o por lo de querer leer libros?

—Por todo.

—Tú sí estas loca, pero supongo que eso es lo que más me gusta de ti—le confesó.

Casi estaba por pedirle otro beso.

—Mi abuela decía que los libros no cuentan más que mentiras e historias imposibles acerca de hombres y mujeres que no existieron, y si existieron, en los libros se inventa o se cambia lo que fueron y lo que hicieron, a gusto del que los escribe.

—Tu abuela era una ignorante, como la mayoría de nosotros—dijo Nino—. Y así nos va.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Míranos—señaló el campamento con un dedo—. Nos matan y nos exterminan porque no somos nada y, encima, no tenemos cultura.

—¡Nuestra cultura es más antigua que...!

—Sí, fuimos un gran pueblo. Pero no hemos evolucionado. Seguimos ahí. La mayoría no ha ido a la escuela.

—¡Mira cómo te dejó a ti la escuela! ¡No pareces un chico de doce años!

—Neli, ¿no te das cuenta de que nadie sabrá nunca lo que está pasando aquí, las matanzas de campesinos e indígenas, porque nadie sabrá escribirlo? ¿No entiendes que la historia la hacen los que sí saben hacerlo, y así pasan a sus hijos, y a sus nietos?

—¿Quién te dijo eso?

—Mi maestro.

—Tú sí eres como un maestro.

—Me habría gustado serlo—admitió—. Sólo los maestros tienen libros. Si no me hubiera encontrado éste...

—¿Sabes cómo termina?

—No.

—¿Y si te matan antes de que lo hayas terminado, de qué te habrá servido leerlo y perder tanto tiempo con él?

Fue Zacarías, que por algo estaba siempre enredando en torno a los oficiales, el que trajo la noticia, a la carrera, congestionado y excitado.

—¡Dicen que vamos a atacar San Blas!

—¿San Blas?

—¡Sí, sí, San Blas!

—Pero..., si es un pueblo muy grande, casi una ciudad.

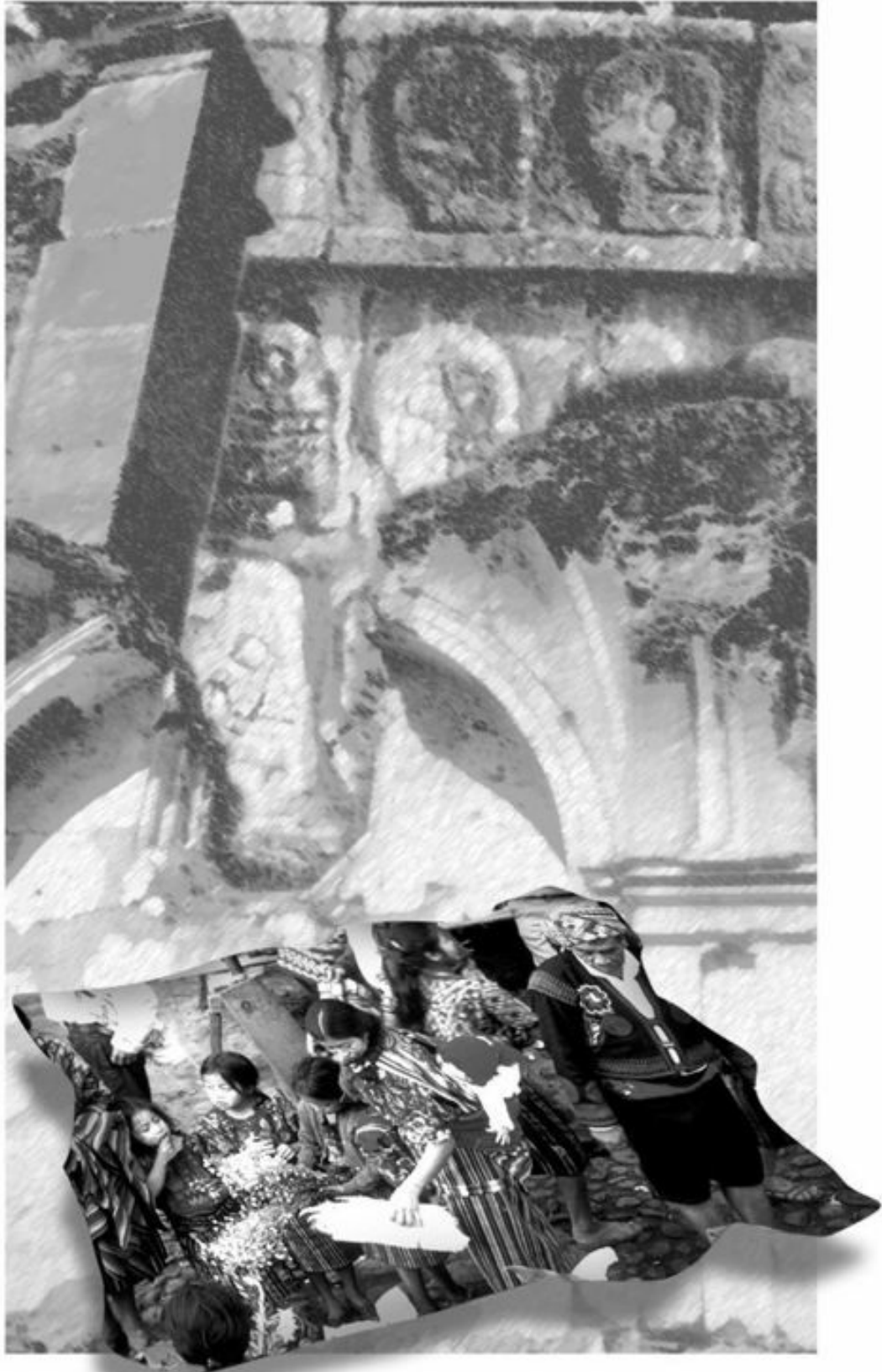
—¡Ésa es la cosa!

Sebastiano y Nino se miraron entre sí. Luego volvieron a centrar su atención en el mensajero.

—¡Se acabó la inactividad!—lo celebró él.

—Espera, espera—calculó Nino—. Atacar San Blas no es fácil, va a requerirse un gran operativo.

—Es que no lo haremos solos. Los grupos del comandante García y del subcomandante Casto se unirán a nosotros. ¡Será una gran batalla!



—Y morirá mucha gente.

—Prefiero morir luchando que como le pasó a Guada—aseguró Sebastiano.

—Si tomamos San Blas, seguro que salimos en los noticiarios de todo el mundo—apretó un puño Zacarías—. ¿Te imaginas, Nino? En los descansos de los partidos de tu mundial, apareceremos nosotros en San Blas. ¡Eso sí va a ser grande! ¡El mundial de España se quedará pequeñito!

España.

Nino levantó la cabeza al cielo. Tal vez el mismo cielo. Desde luego eran el mismo sol y la misma luna. Una vez, en una revista, había visto fotos de España. Fotos hermosas. Gente feliz. Y la misma lengua.

Así que mientras el mundo entero cantaba goles, ellos iban a cantar guerra.

Extraño mundo.

El sargento Toribio pasó la última revisión de su tropa.

Movía los pies despacio, paso a paso, observando de arriba abajo a cada uno de sus hombres. Unas veces tenía que levantar la cabeza, pues el guerrillero le sobrepasaba en altura, y otras tenía que bajarla, pues ante sí no tenía más que a un niño de diez u once años que apenas si le llegaba a la altura del pecho. Pero miraba igual a uno que a otro, al hombre recio que al adolescente o al niño, e igual al varón que a la hembra. Pasó por delante de Neli sin prestarle mayor atención que a Nino o Zacarías o Sebastiano. Todos formados, alineados, en posición de descanso, con la vista al frente, contenían la respiración mientras el sol, por detrás de su superior, entraba en el ocaso.

El último ocaso en la montaña.

Toribio completó la inspección. Parecía orgulloso. Su rostro se revestía de la gravedad del momento y la seriedad de su cargo. Se apartó de la tropa un par de metros, se dio la vuelta y les lanzó encima el flagelo de su voz firme.

—¡Compañeros!—tronó—. ¡Ha llegado el momento! ¿Creíais que esto era un campamento de descanso?

Hubo algunas sonrisas.

—Mañana, al amanecer, saldremos de aquí para unirnos a las tropas que operan al Oeste y al Este, y juntos emprenderemos una de las acciones más importantes y notorias de los últimos meses y años. Una acción que demostrará al ejército que estamos vivos, que somos fuertes, que tenemos alta la moral, y que vamos a ganar.

Ganar. Morir para ganar. Nino recordó la última y larga conversación con Neli. Le había llamado «pacifista».

Neli ni siquiera sabía quién era Gandhi.

—¡La razón está de nuestro lado!—gritó Toribio—. ¡Venceremos!

La tropa, hombres, mujeres y niños, campesinos y desertores, indígenas e hijos del odio, le vitoreó.

Tal vez sí. Tal vez tomando San Blas, matando a las tropas que pudieran defenderla, ocupando algo más que un villorrio, el mundo miraría a Guatemala, y por encima de los goles del mundial, recordaría su lucha.

Tal vez.

Nino levantó su puño izquierdo hacia lo alto.

—¡Venceremos!—gritaba Toribio.

—Venceremos—dijo Nino.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Después de cruzar el lago, rodear el volcán apagado que se activaba cada vez que se acercaba alguien, y detenerse en las ruinas de piedra de un viejo templo, encontró el signo de admiración que cerraba aquella palabra tan extraña y corta: «¡ROL!».

—¿Rol? ¿Qué puede significar «Rol»?

Tal vez se hubiera perdido alguna letra. Pero que la palabra se abriera y cerrara con un signo de admiración era mucho más preocupante. Aquello le daba un énfasis especial a la expresión. Cualquiera lo sabía.

Tan absorto estaba en sus pensamientos, que la voz le hizo dar un salto hacia atrás y caer sobre sus partes más nobles.

—¡Quieto, malandrín! ¡Te cogí!

No tenía ni idea de quién pudiera ser el aparecido, pero al menos sí comprendió cuál era su función social, pues llevaba un uniforme y la espada con la que le apuntaba no dejaba lugar a dudas acerca de su condición de soldado.

—Vamos, levántate—le ordenó—. ¿Qué clase de extraña criatura eres que llevas esos signos maléficos contigo?

—¿Signos maléficos?

—Llevo días observando ese objeto que has recogido del suelo. Primero no sabía si ensartarlo con mi espada o si tomarlo con mis manos. Decidí esperar, espiarlo, ver si hacía algo por sí solo o si conjuraba maléficas fuerzas del averno. Estaba ya cansado de ello hasta que has aparecido tú, me he escondido y, en efecto, lo has tomado del suelo para unirlo a esos otros que has sacado de tu bolsillo. Así pues, está claro que eres un mensajero, un enviado, un ser de ultratumba. Nadie posee signos tan extraños si no es un brujo o un diablo camuflado.

—Esos signos son letras, y las letras forman parte de los libros—dijo Simón.

—¿Letras? ¿Libros?—la espada se acercó más a su gáznate—. ¡Ah, sabía que aquí se encerraba un misterio terrible! ¡Y tú eres la prueba! Tendré que matarte.

—Espera, espera—retrocedió Simón ante el empuje del soldado—. ¿Por qué ibas a querer matarme?

—Porque no sé quién eres.

—¿Matas todo aquello que no comprendes en lugar de tratar de entenderlo?

—Sí.

—¿No te das cuenta de que eso es tan sólo incultura?

—¡Ésta es toda la cultura que necesito, malandrín!—tensó la espada frente a su garganta.

—Pero si no soy más que un caminante.

—¡Un caminante que posee signos diabólicos!

—Te repito que son letras, y sirven para formar palabras, y éstas, a su vez, sirven para formar historias. Lo que ignoras o desconoces no tiene por qué ser malo ni has de temerlo.

—¡Tonterías! ¡Cesa en tu parloteo, pues no va a servirte de nada!

—¿Por qué eres soldado?

—¿Que por qué soy soldado?—la pregunta le produjo asombro—. Pues lo soy porque soy valiente, audaz, no le temo a la muerte, aunque sí a lo desconocido, y además soy muy bueno con la espada.

—Y haces la guerra.

—¡Claro que hago la guerra! ¿Para qué si no está un soldado?

—¿Contra quién luchas ahora?

—Ahora mismo no hay ninguna guerra, pero pronto la habrá. Siempre hay guerras. ¡Y estaré preparado, a fe mía!

—¿Lucharás sin preocuparte si tu bando lleva o no lleva razón?

—Soy un soldado—insistió una vez más—. Yo recibo órdenes. ¡He de obedecer!

—¿Y si las órdenes son injustas? ¿Y si te mandan matar a inocentes? Eso es precisamente lo que las palabras y los libros te enseñan: a decidir por ti mismo. A tener conciencia.

—Yo nunca he visto un libro, así que no sé de qué me hablas, suponiendo que existan. Y esas cosas—se ñaló las letras que tenía Simón en la mano—, siguen pareciéndome diabólicas.

—¿Sabes qué es lo contrario de la guerra?

—Por supuesto, la paz—dijo el soldado.

Simón se puso en pie, prescindiendo de la espada del soldado. Con una ramita seca trazó en el polvo del camino tres letras, una «P», una «A» y una «Z».

—¿Ves?—le dijo—. Aquí pone «PAZ». Estos signos son la expresión escrita de lo que tú acabas de decir con una palabra. Para eso sirven las letras, para dar forma visual a los sentimientos, las emociones, las sensaciones.

La espada vaciló por primera vez. Su punta fue cayendo hacia abajo a medida que su portador contemplaba aquellos trazos.

—¿Y has hecho eso con una simple rama?—frunció el ceño.

—Averigua lo que significa, y conocerás lo más hermoso de la vida—se despidió Simón.

—¡Eh, espera!—le gritó el soldado—. ¡Iba a matarte!

Simón continuó andando.

Y el soldado no le persiguió. Su espada acabó cayendo al suelo mientras él se inclinaba hacia las letras primero, y se sentaba frente a ellas después.

—Paz—le oyó decir Simón.

No tenía sueño. No podía dormir. Y ya no había luz para leer.

Necesitaba descansar.

La guerra, tras una larga marcha, no admitía agotamientos.

El cielo era limpio, estrellado. Miles, millones de estrellas. Nuevos mundos que, un día, una generación venidera podría visitar. Para entonces nadie recordaría aquella noche, ni la batalla de San Blas, ni nada de nada. La historia y el tiempo se los habrían comido.

Cerró los ojos.

Pero en su mente y en su desazón la ausencia de sueño eran totales.

Tensión.

Entonces escuchó el roce.

Abrió los ojos y giró la cabeza justo en el instante en que Neli aparecía por encima de él. Su rostro, en la penumbra, brilló como una estrella más. Una constelación.

—¿Qué haces aquí?—se extrañó.

—Quiero estar contigo—cuchicheó ella.

—¿Conmigo?—se extrañó aún más.

—¿Puedo?

—Claro que... ¿Y Toribio?

—No es una buena noche.

Neli se metió bajo la manta y pegó su cuerpo al de Nino. Sus rostros respiraban ahora el mismo aire, y estaban tan juntos como dos hojas prisioneras del mismo tallo.

—Vamos, cógeme—le pidió—. Hace frío.

La obedeció. Ella también le pasó la mano libre alrededor del cuerpo. Apenas si la mantuvo ahí un par de segundos. La subió hasta alcanzar su mejilla. Nino estaba muy quieto.

—¿Quieres que te dé un beso?—le preguntó ella.

Asintió con la cabeza.

Neli le besó. Fue un contacto más largo que el primero, y más húmedo. La punta de su lengua recorrió los labios del muchacho despacio.

Y él se sintió muy raro.

Su cuerpo, como otras veces, experimentó el cambio del amor.

Tuvo que moverse.

Neli sonrió.

—Tranquilo—le dijo en un susurro—. Es natural.

—Ya, pero...

—Sssh...

Otro beso.

—Neli...

—¿Quieres aprender?

—Sí.

—Entonces, relájate. Estás conmigo. Relájate y déjame a mí, ¿de acuerdo?

No quería cerrar los ojos. Quería mirarla, recordar siempre aquel instante. En unos días tal vez estuviese muerto. En San Blas. Pero los ojos se le cerraron dulcemente con el siguiente beso y con la caricia de Neli, por debajo de su ropa, directamente sobre su piel.

Lo que sentía era lo más hermoso que jamás hubiese experimentado.

Bajaron de la montaña al romper el alba. Eran más de doscientos. Todos estaban allí. Llevaban sus armas, sus municiones, sus equipos. Cuanto tenían. Bajaron con paso vivo, en silencio, desplegados por grupos en previsión de una posible sorpresa, con sus mandos al frente. Bajaron buscando la gloria y la libertad, prisioneros de su pobre cárcel humana pero seguros de su razón.

Bajaron, muchos para no volver a subir nunca más.

Nino iba entre Zacarías y Sebastiano. Por dos veces volvió la cabeza para mirar a Neli. Desistió de hacerlo una tercera vez, cuando tropezó y trastabilló varios pasos aunque sin llegar a caer.

—Concéntrate y mira por dónde pisas, pasmado—Le recriminó Zacarías.

Se concentró.

No hablaban de Guada, pero era como si su espíritu estuviese allí, con ellos. Parecía como si caminase a su lado. Los cuatro juntos. Más vivo que nunca.

Guada muerto. Neli viva.

Los recuerdos eran dulces. Las caricias, los besos, el descubrimiento, la suavidad de aquella piel, la sorpresa maravillosa, la luz interior, la explosión...

El paraíso en la tierra.

Odió la guerra más que nunca.

Zacarías y Sebastiano iban contentos, felices. Él no. Ahora no. Jamás lo estuvo antes, y menos ahora. La paz era hermosa. En la paz había felicidad, y Nelis, y tal vez Ninos dispuestos a trabajar por...

—No he estado nunca en San Blas—la voz de Zacarías le arrebató de sus ensoñaciones.

—Yo no he estado nunca en ninguna parte—dijo Sebastiano.

—Hay casas de piedra, de hasta dos plantas—comentó Nino—, y un cine.

—¡Silencio!—tronó en un rugido el sargento Toribio.

Siguieron caminando con la boca cerrada.

Al pie de la montaña, en las riberas de los llanos serpenteados por los ríos que bajaban de las cumbres, la marcha se hizo más lenta, más cauta. Dejaron de caminar de día para hacerlo de noche. Dejaron de respirar sin antes haber comprobado que nadie pudiera escuchar aquel susurro. Al quinto día, se encontraron con las tropas del comandante García, más numerosas que las de ellos, y al séptimo, con las del subcomandante Casto, apenas cincuenta guerrilleros. Descansaron para planificar la operación.

Neli seguía apartada, con sus compañeras.

Sólo de vez en cuando una mirada.

Reiniciaron la marcha final tras ese descanso. Atacarían San Blas dos días después. Las informaciones hablaban de apenas un pequeño destacamento del ejército. Pero ellos tenían mejores armas y pertrechos, vehículos blindados, más equipos y más sofisticados. Corrió el rumor de que incluso había un tanque.

Toribio no dijo nada al respecto.

No podían caminar por los senderos abiertos, ni mucho menos por las carreteritas, aunque fuesen de tierra. Debían hacerlo siempre por los márgenes, cuidando dónde pisaban.

De día, el calor era insoportable.

—¿Cómo es un cine?

—Como una televisión grande.

—Una vez vi una televisión—Sebastiano sonrió al recordarlo—. Había muchachas muy lindas en ella.

—Pondremos en marcha el cine, ya verás—le dijo Nino—. Será estupendo.

Caminaban uno al lado del otro. Zacarías había sido requerido para transportar una de las piezas pesadas que formaban parte de los tres obuses de que disponían. Nino volvió la cabeza. Neli le seguía a menos de veinte pasos. Sola.

—Ahora te pillo—indicó a Sebastiano.

El muchacho le guiñó un ojo.

—Toribio te va a matar—avisó.

Nino perdió el compás de los pasos de su compañero. Fingió atarse la bota. Cuando Neli estaba a punto de atraparle se levantó. Los separaban apenas tres metros.

Pero no pudo decirle nada.

La explosión al frente, justo en el lugar dónde habría estado en el caso de haber seguido con Sebastiano, le sorprendió a él tanto como a Neli o a los demás.

La mayoría echó cuerpo a tierra.

Nino no.

Vio la nube de polvo, y vio el cuerpo roto de Sebastiano cayendo desde las alturas, como una lluvia anómala e imprevista.

Alguien gritó:

—¡Minas!

Nino no pudo pensar. Sólo actuar. Echó a correr hacia adelante, arrojó su ametralladora a un lado, sus ojos eran incapaces de apartarse del cuerpo inerte de Sebastiano, su mente estaba hueca.

—¡Nino!

No escuchó la voz. Pudo haber sido de Neli. Pudo haber sido de Toribio. Pudo haber sido de cualquiera. Su ánimo volaba al encuentro de su amigo.

—¡Sebastiano!



Cubrió los escasos metros en un tiempo que se le antojó eterno. Ni siquiera era consciente de que pudiera pisar otra mina. Cada paso le acercaba al caído, que empezaba a moverse una vez recuperado del *shock*. Los dos, herido y compañero, se dieron cuenta al mismo tiempo de que el pie derecho del primero había desaparecido. Del muñón, un poco más abajo de la rodilla, manaba un torrente de sangre.

—¡Nino!

—¡Sebastiano!

Llegó hasta él. Se le echó prácticamente encima y le abrazó. El muchacho se debatía bajo el peso de un dolor insoportable, aunque más debía de serlo la realidad de aquella ausencia que había constatado al mirar sus piernas.

—¡Nino!... ¡Nino!... ¡No quiero morirme, Nino!...

—¡No vas a morir! ¡Quieto! ¡Quieto!

—¡Aaaaah...!

Creía que el exceso de dolor actuaba de forma piadosa, arrancando la consciencia de las personas. No era así. Ni siquiera podía sujetarlo. Miró hacia atrás y vio a los guerrilleros, y a Neli, a Zacarías y a Toribio. Estaban quietos, a unos veinte metros. No lo entendió.

—¡Aquí, vamos, ayudadme!

Zacarías hizo un gesto. Toribio lo impidió.

El silencio fue asombrosamente frío.

Hasta la comprensión final.

—Tendrás que traerlo tú, Nino—habló el sargento—. Estáis en un campo de minas.

En ocasiones, una gran distancia podía ser algo muy corto. En ocasiones, una corta distancia podía ser algo muy largo.

El tiempo se había detenido.

—Sebastiano... Sebastiano, ¿me oyes?

El muchacho trató de visualizarle por entre sus lágrimas y el abrasador dolor que llegando de su herida le quemaba el cerebro. Sus dedos estaban engarfiados en torno a los brazos de su amigo.

—Nino...

—Estás herido, pero estoy contigo.

—Dios... Nino... ¡Dios!

—Dios no va a bajar de las alturas para echarnos una mano, pero a lo mejor mira para acá y nos ayuda a volver con los demás.

—Mi pierna...

—Sebastiano—le obligó a mirarle, fijamente. Esperó hasta que su amigo fue consciente de ello, después continuó.

—Sebastiano, a ti te queda otra pierna, y a mí las dos. Sólo son unos metros. Si llegamos hasta el grupo, viviremos. Si no, no. Así que te necesito. Tú decides.

—¿Qué...?

—Ayúdame.

—¿Yo?

—Las lágrimas formaban surcos en el polvo de sus mejillas. Agrietaban la piel como cuchillas húmedas. Caían a ambos lados desapareciendo en la tierra.

—Voy a arrastrarte, ¿de acuerdo? Pero no te muevas. Aunque te duela mucho, no te muevas. Grita lo que quieras, maldice, pero no te muevas.

—Estás loco—gimió Sebastiano.

—Ya lo sé. No paráis de decírmelo. Pero soy todo lo que tienes. Estoy aquí, contigo, y no me iré solo.

—¿Voy a morir como Guada?

Meditó la respuesta. Había cosas peores que la muerte.

Pero no era el momento de decírselo.

—No, no vas a morirte, tonto. ¿Vamos?

Sebastiano asintió con la cabeza. Dejó de sujetarle con las dos manos. Nino se puso en pie. Por el muñón, en cuyo extremo ya no había nada, la sangre manaba en menor cantidad. Porciones de carne deshilachada colgaban del trozo de pierna amputada. No había rastro del otro extremo.

El pie de Sebastiano se había volatilizado.

—Tranquilo, chico—le dijo el sargento Toribio.

Nino miró a Neli. No iba a morir. No, estando ella delante.

Eso le dio ánimo.

Después cogió a Sebastiano por las axilas y tiró de él, no sin antes mirar con atención dónde

ponía cada pie. Al empezar a desplazarlo, el herido volvió a gritar de dolor. Y de pánico al comprobar la nueva realidad de su cuerpo.

Los guerrilleros empezaron a animarlo.

—¡Así, sigue!

—¡Cuidado!

—¡Vamos, Nino!

—¡Bien, Nino!

—¡Vais a conseguirlo, muchachos!

Neli no hablaba. Zacarías tampoco. Un paso, y otro, y otro más. Un metro, y otro, y otro más. No sentía el peso de Sebastiano, sólo aquel miedo que masticaba despacio y tragaba con cada gesto. Ni siquiera se atrevía a escupir la papilla densa y amarga que le invadía la boca.

Vio la siguiente mina.

Y justo al lado, rozándola, la huella de su pie impresa en el polvo tras su loca carrera en pos de Sebastiano.

Sebastiano ya no podría jugar nunca más al fútbol.

Qué tontería.

Nino recordó al Saltamontes. Era un tullido de su pueblo. Le llamaban así porque con su única pierna se movía a saltos. También él había pisado una mina siendo niño.

—Despacio.

—Tranquilo, Nino.

—Ya casi estás.

Un paso, y otro, y otro más. Un metro, y otro, y otro más. Ya podía verle las pupilas a Neli. Eso significaba que sí, que estaba cerca. Sebastiano había dejado de gritar. Se dio cuenta de que, por fin, la inconsciencia acababa de apiadarse de su dolor. Ninguna mina más.

Las manos se extendían hacia él.

Toribio fue el primero en acercarse y echarle la última.

Después se llevaron a Sebastiano, y le palmearon la espalda, y dijeron muchas cosas.

Mientras, Nino lloraba solo, a pesar de hacerlo en brazos de Neli y sentir todo su calor.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

No había más letras. Era evidente.

Las últimas palabras habían sido «¡ROL!», «¡PELIGRO!» y «¡CUIDADO!». Tras ellas..., nada.

¿Qué podía ser «Rol»?

Y allí no había nadie a quien preguntar.

Ninguna ciudad, ningún pueblo, ningún hombre o mujer.

—¡Eh!—gritaba de tanto en tanto.

Nada.

Caminó un día, dos, tres más, siempre siguiendo la línea recta marcada por las últimas apariciones de las letras, que se correspondía ahora con determinada posición del sol durante el día y de la luna y las estrellas durante la noche. Pensó que el libro había sido descubierto por el ladrón, y encerrado en alguna bolsa, para impedir que siguiera dejando caer letras, o que simplemente ya no tenía más letras que dejar caer, aunque eso parecía imposible. Fuere como fuere, se sintió solo, perdido, agotado.

Aquella noche llegó a las estribaciones de una tierra yerma, seca, agrietada, sin árboles, gris. Y al día siguiente, tras descansar, sintió en su corazón un singular frío y notó que con cada paso que daba el cielo comenzaba a nublarse más y más, hasta quedar completamente encapotado y negro. No cayó de las alturas ni una gota de lluvia, pero el aspecto era amenazador, aterrador en conjunción con el panorama que veían sus ojos y la tierra que pisaban sus pies. El frío ya le había helado el corazón. Ahora congelaba lentamente sus pies, ascendía por sus piernas, invadía todo su ser.

Aquella noche no quiso dormir, continuó caminando. Temía quedarse helado.

Y al amanecer, por fin empezaron a suceder cosas.

Vio un conejo con una cabeza en cada extremo.

Cada cabeza tiraba hacia un lado, y de esta forma, el conejo no se movía. Simón lo cogió en brazos y lo alimentó. Le enseñó a moverse primero hacia un lado y luego hacia otro.

Después encontró un cier vo con cabeza de águila, que huyó espantado al verle.

Más tarde, una culebra con cuerpo de ciempiés.

Tan absorto estaba buscando extraños prodigios que no se dio cuenta de que iba a pisar algo anómalo hasta que escuchó aquella voz:

—¡Eh, cuidado! ¡Mira por dónde pisas!

Dirigió la vista al suelo y se encontró con un hombre tan y tan pequeño que apenas medía cinco centímetros de altura.

Cerró el libro al verla aparecer a su lado, tan silenciosa como casi siempre. Serían sus ojos, pero a menudo creía verla flotar. Y la había echado de menos las últimas horas.

—Hola.

—Hola.

Neli se sentó.

—¿Estás bien?

—No—reconoció él—. ¿Pero quién lo está?

—Ayer fuiste muy valiente.

—Fui un loco. Vi a Sebastiano allí, caído... Yo estaba con él. Me rezagué para hablar contigo. Pude haber sido yo.

—No fuiste tú.

—¿Y quién decide eso? ¿Él?—señaló al cielo.

—¿Crees en Dios, Nino?

—No lo sé.

—Yo sí creo—dijo ella.

—Tienes suerte.

—Hay una razón para todo.

—¿Lo dices en serio?—la miró incrédulo—. ¿Qué razón puede haber en esto? ¿Por qué Sebastiano ha perdido una pierna? ¿Por qué Guada tuvo que pegarse un tiro sin quererlo? ¿Por qué yo me paré y después no salté por los aires corriendo como un loco por ese campo de minas?

—Hay una razón para todo—insistió Neli—. Algún día lo verás.

—Me gustaría creerte, Neli.

Iba a decirle que incluso ella, a pesar de todo, seguía yendo a la tienda de Toribio.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Saturnino.

—El mío es Nesilda.

—Neli está bien.

—Y Nino.

Ella cogió el libro que él aún sostenía en su mano. Lo sopesó, lo miró, lo abrió. Aquel conjunto de signos no significaban nada a sus ojos. Pasó las páginas. No había ilustraciones. Sólo aquellas letras menudas, pegadas unas a otras. El misterio de la literatura. Apenas dos docenas de trazos extraños que, encadenados, proporcionaban placer, y algo más. Nino decía que aquello era «diversión», y «cultura», y... «libertad».

Una extraña forma de ver, entender y conocer la libertad.

Ella siempre había creído que la libertad era no tener cadenas.

—Nino, me gustaría saber leer—musitó en voz baja, como si le diera vergüenza proclamarlo.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero cuando veo tu cara leyendo esto... No la tenías más hermosa aquella noche. Su corazón latía con fuerza.

—Puedo enseñarte—dijo.

—¿Lo harías?

—Claro. No es difícil.

—Muéstrame algo.

Nino cogió una piedra puntiaguda. La hundió en la tierra y llevó a cabo unos trazos.

—Esto es una «N»—explicó—. Y esto, una «E». Las dos juntas dicen «NE».

—Ne—repitió la muchacha.

—Ahora, esto es una «L»—la completó y a continuación colocó una simple línea vertical a su derecha—. Y esto, una «I». Y juntas dicen «LI».

—Li—volvió a repetir la muchacha.

—Y si juntamos estas dos y estas dos, tenemos...

—Ne... Li...—sus ojos se dilataron con entusiasmo—. ¡Neli!

—Exacto.

—¡Es... mi nombre!

—Tu nombre—sonrió él por primera vez desde la tragedia de Sebastiano.

—¡Pon Nino! ¡Vamos, pon Nino!—su amiga palmoteó como una niña pequeña, arrastrada por una emoción alucinante.

Y Nino escribió su nombre, despacio, trazo a trazo, sobre la tierra de su país.

Las casas de San Blas se recortaban al pie de la montaña formando un moteado de color en mitad del eterno verdor que las circundaba. En el núcleo central, el campanario colonial de su iglesia venía a ser una suerte de dedo apuntando a las alturas a la espera de la bendición eterna. Había tanto silencio que el pueblo semejaba estar abandonado. Había tanta paz que la sensación de belén se acentuaba con aquella calma extrema. Había tanta luz que los ojos se herían de ella.

—El puesto de la comandancia está junto a la iglesia, recordadlo—les repitió por enésima vez su cabeza de pelotón.

Iglesia y poder, en teoría extremos de una larga cuerda, a veces demasiado unidos.

—¿Dónde estará el tanque?—susurró Zacarías.

Nino nunca había visto un tanque.

—Preparaos—anunció el sargento Toribio.

Era el único que llevaba reloj. El resto jamás había tenido uno. Para eso estaban el sol y la luna y todas las demás cosas que se movían a lo largo del día. El reloj del sargento era muy bonito, y muy bueno. Decía que se lo había quitado nada más y nada menos que a un coronel del ejército guatemalteco. Tenía que ser un buen reloj.

Nino apretó su ametralladora.

La tensión de la espera final.

A ellos les tocaba cubrir el flanco derecho, entrar en el pueblo por el Este y desplegarse para detener la posible retirada de las tropas gubernamentales por ese lado, ya que el ataque se produciría por el Norte. La idea era empujarlos al Sur, donde esperaría el grueso de la guerrilla. Los estrategas lo habían estudiado minuciosamente.

—¿Y si matamos a alguien del pueblo por equivocación?

—En las guerras siempre mueren inocentes.

—Ya, pero si pasa...

—Si tardas en disparar puede que el muerto seas tú. No puedes ir preguntando a los enemigos si lo son.

—No quiero matar a un inocente.

—¿Por qué eres tan tocachuevos, Nino?

Eso había sido la noche anterior. Toribio incluso se había reído.

Nino no.

—Adelante—ordenó el sargento.

Su posición era buena. Tenía una enorme roca como parapeto. No se veía a nadie. Las primeras casas quedaban a unos treinta metros y había un pequeño claro entre ellos y ellas. Llevaban ya unos minutos esperando.

La tensa espera final.

Hasta que sonaron los primeros disparos al otro lado. Tan lejos, tan cerca.

Nino acarició el gatillo de su arma y esperó. Los demás hicieron lo mismo. Por el rabillo del ojo, vio a su lado cómo Zacarías se mordía el labio inferior y sonreía. Neli, una vez más, estaba lejos.

Tal vez fuese mejor así. Si vivía pendiente de ella moriría.

Más disparos, dos explosiones de granadas, una gran explosión de mortero seguida de varias ráfagas de ametralladoras. Y a continuación el infierno. El infierno en la tierra. En la confusión bélica siguiente se elevaron por encima de las techumbres las primeras columnas de humo negro y espeso.

Pausa.

Y vuelta a empezar.

Por aquel lado, los habitantes de San Blas salieron de sus casas y volvieron a entrar en ellas para cerrar puertas y ventanas. A través de las calles, los que provenían del centro y del Norte, donde se producía el ataque, corrían también en busca de refugio. La radio del sargento, no lejos de Nino, escupió un torrente de palabras de las cuales Nino sólo entendió algunas frases entrecortadas.

—... Parecen... menos de los que creíamos... escasa resistencia... no hay blindados...

En cualquier momento aparecería el primer soldado intentando escapar. Si realmente eran menos, ésa era su única probabilidad. Ellos los matarían uno a uno, cazándolos como conejos. Apuntar y disparar.

En cualquier momento.

Y sin embargo, nada. La batalla seguía estallando al otro lado y en el centro del pueblo.

De nuevo la radio.

—... Sur... ¡Huyen hacia el Sur!... ¡Adelante!... ¡Atrápenlos!

Toribio se puso en pie.

—Vamos dentro, y con los ojos muy abiertos.

Salieron de sus posiciones y avanzaron hacia San Blas.

Los ojos eran blancos detrás de las puertas de colores vivos. Los miedos eran negros detrás de los muros encalados. Los cuerpos temblaban detrás de la fragilidad de los cristales.

Estaban allí, los percibían, pero no los veían.

Sólo recibían su angustia.

Toribio le hizo una seña a Benito, uno que era tan grande que a veces se preguntaban cómo no le habían dado todavía. El guerrillero asintió y entró en una casa de tres plantas, la más alta de por allí. El resto siguió avanzando, desplegados por las callejuelas extremas de San Blas. En una esquina, Nino se detuvo y asomó unos ojos curiosos y con una pátina de temor. La batalla seguía cercana, pero por allí la ausencia de tropas era un hecho. Aunque también podría tratarse de una trampa en la que estaban cayendo sin darse cuenta.

Miró hacia las ventanas de arriba de las casas que los envolvían.

Otros ojos, los de una mujer asustada, escaparon por detrás de una sencilla cortinita hecha de retales de colores vivos.

Toribio ordenó seguir.

Y siguieron.

Paso a paso, metro a metro. Puertas cerradas. Al otro lado de otra ventana, Nino vio un televisor encendido. Estaban retransmitiendo un partido del campeonato mundial de fútbol. No reconoció a los equipos, pero se encandiló por un instante viéndolos. Fútbol. Las cámaras enfocaron un sector del público, y tuvo envidia de sus caras felices, de sus cantos y alegrías. Ganaran o perdieran sus equipos, ellos estaban allí, felices y en paz. En España.

—¡Nino!

—Sí..., sargento.

Dejó el televisor atrás. Se olvidó de la jugada, de la carrera del extremo izquierda, de la expectación.

Sintió tanta amargura que tuvo ganas de llorar.

Pero un guerrillero no lloraba jamás en mitad de una batalla.

Si no le mataba una bala enemiga, lo haría el mismo Toribio.

La siguiente esquina estaba truncada. Formaba un extraño ángulo sin apenas visión, y se abría casi sobre una placita en cuyo centro una fuente ya no daba agua. Al otro lado dos guerrilleros ocuparon también su correspondiente esquina, pero no se detuvieron en ella. Salieron a la luz para avanzar hasta la fuente y ampararse bajo ella.

No pudieron alcanzarla.

Los dos disparos fueron secos, casi consecutivos, hechos por armas distintas, no por un solo tirador experto. Los dos soldados cayeron fulminados, uno de espaldas, otro de lado.

—¡Cabrones!—gritó Toribio—. ¡Están ahí arriba!

Ahora estaban detenidos, cubiertos por disparos cruzados que provenían tanto de las ventanas superiores de las casas de la placita como de algún lugar que Nino no podía ver desde su posición.

—¡En la cantina!—tronó la voz del sargento—. Ahí hay varios.

Nino metió la ametralladora por delante, sin asomarse. La hizo girar y disparó a ciegas, arriba y abajo y de lado a lado. Su cobertura sirvió para que otros dos guerrilleros ocupasen las posiciones de los dos caídos, inmóviles en mitad de la placita. Toribio estudiaba el mapa de San Blas dibujado sobre un papel arrugado.

—Hay que rodear la cantina—dijo; levantó la cabeza y ordenó—: Rufo, Nino, Zacarías, por detrás.

Los tres se apartaron de la pared y retrocedieron. Toribio les indicaba con las manos el camino que tenían que seguir. Debían desandar lo andado, y al final de la calle torcer a la derecha. Otras dos calles, siempre doblando a la derecha, y saldrían a la parte posterior de la cantina, en la que se parapetaban los soldados del ejército guatemalteco. Echaron a correr con el cuerpo doblado hacia adelante. Al pasar por la ventana tras la cual el televisor emitía para nadie, vio la celebración de un gol.

No, el mundo hablaría de aquel gol en los noticiarios de la noche y del día siguiente, no de la toma de San Blas por los guerrilleros insurrectos de la lejana y pequeña Guatemala.

¿A quién le importaban ellos?

Apretó los dientes.

—Vamos a por esos cabrones—se oyó decir a sí mismo.

Doblaron la primera esquina, corrieron por la calle y doblaron la segunda, corrieron por la nueva calle y doblaron la tercera. La parte posterior de las casas de la placita quedaba al frente, en línea recta. Si Toribio atacaba por delante, los soldados huirían por detrás. Si los soldados se hacían fuertes allá dentro, amparados por los francotiradores de las ventanas superiores, tendrían que hacer algo ellos. Tal vez atacar.

—Espacio.

Rufo iba por la acera de la derecha; Zacarías y él, por la de la izquierda. Bueno, en realidad no había acera, sólo las paredes de las edificaciones formando un escaloncito que tal vez sirviera para sentarse en las tardes de calor. La parte trasera de la cantina estaba formada por una puerta doble. A ambos lados se amontonaban algunas cajas de refrescos, unas vacías, otras llenas. Nino tenía la garganta seca.

Cuando todo acabase se tomaría un refresco.



La estúpida chispa de la vida.

Ya no se oían disparos en la placita. Sí en el centro del pueblo y en el Norte.

—Aquí no hay nadie—cuchicheó Rufo.

—Lo lógico es que se muevan constantemente para que no les demos—dijo Zacarías.

—¿Qué hacemos?

Miraron a Rufo, que por algo era el mayor; debía de tener unos veinticuatro o veinticinco años.

Entonces sonó el disparo.

La cara de Rufo se transmutó. De hecho siguió serio, concentrado, pero el botón rojo que apareció en su pecho hizo que un rictus súbito le atravesase su rostro. Bajó la cabeza y se miró la mancha. Luego los miró a ellos.

Y sus ojos se cerraron muy lentamente.

Mientras caía.

Ya estaba muerto antes de llegar al suelo.

—¡Cúbreme!

Nino no esperaba la reacción de Zacarías, y mucho menos su estallido de rabia. Pero no pudo impedir que su amigo hiciera lo que hizo. Levantó la ametralladora y comenzó a diseminar balas en dirección a la puerta y las ventanas de la casa. Los cristales saltaron por los aires, el resto de los impactos picoteó la pared blanca que rápidamente comenzó a motearse de puntos oscuros.

Zacarías corría en línea recta.

Él también disparaba, sin cesar. Nino tuvo que levantar su arma para no darle por la espalda.

—¡Estás loco!—le gritó de forma inútil.

Zacarías llegó hasta la puerta trasera de la cantina. Nino pensó que se parapetaría a un lado, para recuperar el resuello, y dispararía a ciegas hacia el interior. Pero se equivocó. Su amigo no se ocultó, muy al contrario.

Alcanzó la puerta, le dio una patada y abanicó las sombras con sus continuas ráfagas de fuego.

Eso fue un segundo antes de que saliese despedido hacia atrás, golpeado de lleno en el pecho por algo parecido a un mazazo.

Fue como si el aire de ese mazazo también alcanzara a Nino.

—¡Zacarías!

No supo por qué lo hizo. Ya no fue consciente de nada de lo que sucedió a continuación. Sólo vio el cuerpo muerto de su amigo, su único amigo, tendido a las puertas de la parte posterior de la cantina, y eso le privó de toda razón.

También él echó a correr hacia el lugar, disparando enloquecido.

Una larga distancia. Unos cortos segundos. Un sueño.

Una pesadilla.

Llegó a la puerta, se precipitó dentro, escuchó el silbido de las balas. Una le pasó rozando el oído izquierdo. Escuchó su viento huracanado. Otra le atravesó el extremo del pantalón, aunque eso no lo vería hasta más tarde. Una tercera le arrancó los cabellos más rebeldes de su negra mata de pelo.

Ninguna le dio.

Ellos eran tres.

Mató al primero nada más entrar en el lugar. Al segundo cuando trató de apuntarle a bocajarro. El tercero arrojó su arma al suelo y levantó las manos. Por entre la humedad de sus ojos, Nino fue

incapaz de comprender. Y si comprendió, no quiso entender.

Disparó.

Era el último de los defensores, no había nadie más, así que vació en él su ira, su rabia, su odio, y el cargador de su ametralladora. Y siguió apretando el gatillo cuando por el cañón de su arma ya no salieron más balas. Siguió iracundo, rabioso, dominado por el odio.

Por encima del súbito silencio, su tormenta interior tenía la fuerza de una docena de bombas atómicas.

Al entrar en la estancia, el sargento Toribio se levantó.

Nunca había hecho nada parecido ante él.

Claro que era la primera vez que estaban en un lugar como aquél, con unas sillas, una mesa.

El oficial hizo algo más: le tendió la mano.

Nino se la quedó mirando un momento. Luego extendió la suya, al encuentro de la del hombre. Fue como si desapareciera devorada por la enormidad de la otra, grande y ruda.

—Enhorabuena, Nino.

Miró la cara de Toribio.

Pero no dijo nada.

—¿Estás bien?

—Sí—logró decir.

—Demostraste un valor...

—No recuerdo nada, sargento—proclamó con absoluta sinceridad.

Lo había encontrado en el suelo, sentado, con los cadáveres de los tres soldados a su alrededor, sin fuerzas siquiera para ir junto a Zacarías.

No quería ver el cadáver de Zacarías, con el pecho destrozado.

—Tranquilo, Nino.

Estaba tranquilo.

Muy tranquilo.

—Escucha, hijo—la palabra «hijo» lo atravesó—. Por locura o por consciencia, hiciste lo que debías más allá de lo que se te exigía. Salvaste las vidas de otros compañeros que estaban siendo barridos en la plaza por esa gente.

Guatemaltecos, como ellos.

—Zacarías también lo hizo.

—Actuó a la ligera, tuvo menos suerte. Eso ya es inútil. Él ha muerto y tú has sido uno de los héroes de la toma de San Blas. Mi deber es felicitarte, y el tuyo, sentirte orgulloso.

—¿Puedo ver a Zacarías, señor?

—¿Quieres?

—Sí.

—De acuerdo. Están en el cine.

Todo parecía una burla. Toribio le daba la mano con la que acariciaba a Neli. Zacarías estaba en el cine en el que debían ver una película tras la batalla. Y él era un héroe.

Pensó si, en algún lugar del mundo, alguien se sentiría más solo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Simón Morgado se agachó ante aquel insólito personaje.

—¿Quién eres?—quiso saber.

—¿Quién soy? ¿Quién soy?—refunfuñó el diminuto ser—. ¿Y tú, eh? ¿Quién eres tú, vamos a ver?

—Mi nombre es Simón—le reveló.

—Pues el mío es Magnus.

No parecía un nombre muy acorde con la prestancia del personaje, pero se abstuvo de hacer comentarios. Daba la impresión de estar muy enfadado, no sabía si por haber estado a punto de pisarle o si era por haberle interrumpido en algo. Aunque viendo su cara, más bien semejaba que estuviese enfadado siempre. Vestía una túnica verde, tenía una enorme barba blanca—enorme para sí mismo, evidentemente—, y lucía un ridículo gorro también de color verde.

—¿Por qué eres tan pequeño?—se atrevió a preguntar Simón.

—¿Te he preguntado acaso yo a ti por qué eres tan enorme?

—Yo soy normal.

—¿Tú qué sabrás lo que es la normalidad!—se enfadó Magnus cruzándose de brazos.

—De acuerdo, disculpa. Ya sigo mi camino.

—No, espera—le detuvo.

—Bien.

—Hace tanto que no hablo con nadie...

—¿Qué clase de lugar es éste?

—Ésta es la tierra de Rol.

«¡Rol! ¡Por fin!»

Trató de no traicionarse, por si acaso.

—¿Rol?—exclamó de forma ambigua.

—Sí, Rol. El Gran Mago. ¿No has oído hablar de él?

—No.

—¿De dónde sales tú?

—De muy lejos. De un lugar perdido en el corazón del Bosque Umbrío.

—Sí, debe ser muy lejos porque nunca he oído hablar de él.

—Esto es terrible, está nublado, la tierra es yerma, y siento como si mi corazón y mi mente se helaran.

—¿Qué esperabas?—Magnus hizo un gesto de abatimiento, ya no parecía enfadado—. Yo antes era como tú, un ser humano normal y corriente, pero el Gran Mago me convirtió en lo que soy, un gnomo ridículo. Y tú acabarás igual si no te andas con cuidado. ¿Qué se te ha perdido por aquí?

No le habló de las letras ni del libro. ¿Para qué?

—Busco a Rol—le reveló.

—Estás loco.

—¿Loco? He atravesado pueblos y ciudades llenas de gente que no saben leer ni escribir porque desconocen qué es eso. ¿Y me llamas loco a mí? ¿Qué clase de absurdo mundo es éste?

—Es el Reino sin Pasado. Un país sin nada por detrás y, si me apuras, sin nada por delante. Rol lo borró todo. Hubo una gran tormenta y con ella lavó las mentes de sus habitantes. Yo ya era pequeño, así que me oculté. Aún tengo memoria, y recuerdo la historia, cuando podíamos leer y sabíamos escribir. Pero los demás...

—¿Sabes leer y escribir?

—Pues claro—se ofendió Magnus—. Pero, ¿de qué sirve eso, si no hay nada que leer y nadie sabe escribir?

—¿Dónde está Rol ahora?

—En la Gran Torre. Tiene un plan para apoderarse de todo el mundo, más allá del Reino sin Pasado. Ha conseguido algo que hará realidad sus planes, aunque no sé qué puede ser. Lleva días, semanas, sin salir de su guarida.

¡El libro! ¡Ahí estaba todo, así que...!

—¿Cómo puedo llegar a la Gran Torre?—exclamó Simón.

—Mejor decir cómo puedes alejarte de ella a toda velocidad, ¿no?

—Sólo si consigo rescatar lo que Rol me quitó, evitaré sus planes, y tal vez, todo vuelva a la normalidad. ¡Debo ir allí!

—Eres un inconsciente, pero hay algo en ti...

—Ayúdame, Magnus.

—Está lejos.

—No importa, tampoco me importan los peligros que me acechen. ¡Dímelo!

El gnomo le miró fijamente. Simón estaba arrodillado, y él, encima de una roca. A pesar de ello, la diferencia de estatura aún era considerable. En los ojos del pequeño ser brilló una luz, mitad firme, mitad temerosa, mitad angustiada, mitad resignada.

—Te lo diré—dijo al fin.

Y Simón Morgado supo que, de una vez por todas, estaba a punto de llegar a su destino.

Llevaba un día, dos, rehuéndola. Pero era un poco difícil no verse y no encontrarse, o no dar con uno si se insistía, teniendo en cuenta que estaban en el mismo pelotón y eran tan pocos.

Neli apareció ante él, surgiendo de las sombras.

Apretó las mandíbulas y la miró a los ojos.

—Nino...

Siguió quieto, con las facciones endurecidas por una máscara desconocida para ella, la mirada de granito, el sesgo de los labios cincelado en la furia. El odio de su alma se extendía ante él como un manto invisible, y a su alrededor había frío.

La muchacha se estremeció.

—¿Qué te pasa?—le preguntó ella.

—Nada.

—¿Nada?

—¡Nada!

El grito la sobresaltó, la hizo parpadear y casi dar un paso hacia atrás.

Se recuperó, apretó los puños y también alzó la voz para decir:

—¡Nino, Zacarías murió, lo sé, lo sabemos todos! ¡Pudiste haber sido tú, o yo! ¡No fue culpa de nadie!

—No fue culpa de nadie—asintió irónico.

—¿Entonces?

—Guada, Sebastiano, Zacarías... ¿Quién tiene la culpa de las guerras?

—¡Los que las provocan!

—Ellos son los malos y nosotros somos los buenos.

—¡Sí!

—Guada y Zacarías descansarán en paz sabiéndolo. Sebastiano estará mucho más tranquilo el resto de su vida con sus muletas. Es un consuelo saber que tú eres el bueno.

—Me estás asustando—Neli contuvo las lágrimas que asomaban por sus ojos.

Y esta vez, a Nino no le importó verla llorar.

—¿Por qué yo estoy vivo y ellos no?

—¡No puedes cargar con todo!—exclamó Neli—. ¡Mañana podemos morir también nosotros!

—Iremos al cielo, no te preocupes.

—Nino...

Dio un paso, para abrazarlo, y él retrocedió la misma distancia, alejándose de su contacto.

—Por favor...—le suplicó la muchacha.

—Déjame, Neli.

—Vamos, ven.

Ahora la apartó con brusquedad.

—¿Para qué?—gritó—. ¿Un beso? ¿Vas a tocarme para hacer que tenga eso?

—¿No te gusta?

—¡Vete con Toribio!

—Nino, no me hables así.

Las lágrimas caían por las mejillas de Neli. No hizo nada para contenerlas ni para detenerlas. Aún tenía las manos extendidas hacia él.

—Somos amigos.

—No, no lo somos.

—¿Por qué?

—Porque eso no es amistad.

—Creía que te ayudaba, y que te gustaba.

Nino llenó sus pulmones de aire. Su pecho subió y bajó atemperando la furia de sus sentimientos.

—¿Te has enamorado alguna vez, Neli?—quiso saber.

—¿De qué sirve enamorarse en una guerra?

Fue la última mirada.

Luego dio media vuelta y se alejó de su compañera.

La había visto algunas veces, al pasear o caminar solo, puesto que desde la muerte de Zacarías no quería volver a tener ningún amigo al que llorar. La había visto sentada a la puerta de su casa, en una vieja mecedora, o caminar despacio, arrastrando los pies, dando vueltas en torno a su casita y con su bastón siempre por delante, pues la anciana era ciega.

Sus ojos eran blancos.

Como si miraran hacia adentro en lugar de hacia afuera.

Ahora le tocaba reparar la puerta de su casa, con los goznes rotos a causa de una patada durante la toma del pueblo. Todos ayudaban a reconstruir los daños causados, y a cicatrizar las posibles heridas. Cada cual colaboraba allá donde podía. Y no es que él tuviese muchas nociones de carpintería.

La puerta estaba ya casi arreglada.

—¿Tienes sed?—le preguntó la anciana.

—Sí—reconoció él.

—En el patio hay un jarroncito. Sírvete.

La obedeció. La señora Amalia vivía con una hija viuda que trabajaba en los campos de sol a sol. Su única hija viva. Se contaban de ella historias enigmáticas y trágicas. Para Nino era una mujer solemne, empequeñecida por la edad, pero ennoblecida por la dignidad. Sentada en su mecedora, con el bastón siempre entre las manos, sus arrugas formaban un entrelazado de caminos infinitos en los que perderse. Desprendía ternura, pero también un halo de misterio.

Parecía saber siempre lo que sucedía a su alrededor.

—¿Has calmado tu fuego?—inquirió cuando Nino volvió para rematar su trabajo.

—¿Mi fuego?

—Puedo sentirlo. Vivo y abrasador.

—¿Es usted...?

—¿Bruja?—le mostró una sonrisa sin apenas dientes—. Oh, no, no, hijo mío. Sólo tengo años.

—Entonces no sé...

—Hablas poco, pero tu voz es un pozo sin fin que estás llenando con amarguras. Llevas dentro todos tus demonios, Saturnino.

—Usted no sabe.

—Sí sé.

—¿Qué sabe?

—Que has visto la muerte, que te ha golpeado, que eres muy joven, que andas despertando a la vida, tal vez enamorado, y que te haces muchas preguntas.

Nino no dijo nada. Claveteó la última punta. Sus dos últimos martillazos fueron más fuertes que los demás. Los revistió de aquella furia que seguía llegando de alguna parte, le zarandeaba y luego menguaba sólo para volver a reunir fuerzas y atacarle de nuevo cuando menos lo esperaba.

La anciana tenía el rostro vuelto al sol del atardecer.

Aún era más hermosa con él arrancando esquivas de luz en el pergamino de sus facciones.

—Ven—le pidió.

Nino fue.

La señora Amalia le cogió las manos. Le hizo sentarse a su lado, en el banco contiguo a la puerta de la casa. Sin soltárselas, le pasó los dos dedos pulgares por el dorso. Pero no fue una caricia. Fue un reconocimiento.

—¿Duele, verdad?

—Sí—respondió él.

—Yo vi morir a siete de mis ocho hijos e hijas, y a mis veintinueve nietos y nietas. Por eso me quedé ciega. No quise ver más. Pero Dios me dio una gracia: mi hija Carmelita. Quise morir, pero me quedaba una hija. Por duro que sea, siempre tenemos una misión, siempre nos queda alguien, o algo.

—Yo no tengo nada, señora.

—¿Qué edad tienes?

—Cumpló trece en unos días.

—Oh, trece años—alzó la cabeza un poco—. Sí, los recuerdo.

Parecía una broma, pero una vez más no lo era.

—Mi familia, mis amigos...

—Tienes una oportunidad.

—No, no la tengo. Aquí no. Moriremos todos.

—Alguien sobrevivirá. Tú.

—Lo dice por decir.

—Lo digo porque lo siento, porque lo veo aquí dentro—se tocó el pecho con una mano antes de retomar la de Nino—. Lo digo porque es verdad. Tú tienes algo que no tienen los demás.

—¿Qué es?

—No lo sé. No soy tan lista.

—Sí que lo sabe.

—No, no lo sé. Pero siento tus manos, tu voz, y puedo percibir la intensidad de tu mirada. Este país va a necesitar a muchos como tú cuando acabe esta larga, larguísima guerra civil que todos dicen que no lo es.

—Este país se desangra, señora.

—Cuando empezó todo, en 1954, tal vez. Incluso ahora. Pero ningún país muere del todo. Y menos mientras haya personas en él.

—¿Y si quedan sólo ellos?

—Un solo ser humano es un país. Un puñado, su fuerza. Muchos, su orgullo. Hace cientos de años, cuando esto no se llamaba Guatemala, ya existíamos. No importa el nombre que tenga una tierra, importa la tierra—le pasó una mano por la mejilla y se la acarició—. Importas tú.

—¿Usted cree todavía en algo?

—Sí.

—¿Tan mayor?

—Aún más.

—¿Por qué?

—Porque si no, no estaría todavía aquí.

—Me cuesta entenderla.

La señora Amalia volvió a mostrar sus desnudas encías.

—Tú también sigues aquí por algo.

—¿Qué es?

—Estás enamorado.

Se alegró de que ella fuese ciega sólo para que no le viera ponerse tan colorado.

—No.

—Creo que sí. ¿Cómo se llama?

Miró a derecha e izquierda. Estaban solos. Y era una mujer discreta. Incluso se alegraba de decirlo en voz alta por primera vez.

—Neli.

—Háblame de Neli, Saturnino.

—Es muy guapa, la estoy enseñando a leer y escribir..., o al menos la enseñaba antes, y cuando me toca...

—Te quiere.

—No.

—Sí. Puede que aún no lo sepa, pero cuando una mujer toca a un hombre, es porque de alguna forma ya le pertenece, y él a ella.

—Es muy mayor. Tiene dieciséis años.

—La edad no cuenta. Cuenta el corazón.

—Y ha tocado a otro antes que a mí, y él es aún más mayor, y más importante, y...

—Saturnino, la guerra hace extrañas parejas. Pero el amor es otra cosa.

—Odio a ese hombre—reconoció bajando la cabeza.

La anciana subió la mano que mantenía en su mejilla y se la pasó por el pelo. Nino agradeció de pronto ese contacto, más que nada en el mundo. Tenía evocaciones casi olvidadas. Casi. Su madre, su abuela... Pero no lloró. Se había quedado sin lágrimas.

—No odies, hijo—musitó en voz muy baja la señora Amalia—. El odio no es más que impotencia, inseguridad, miedo, fragilidad... ¡Tantas y tantas cosas que no valen la pena! El amor es lo único que nos hace fuertes, y libres. Sobre todo libres.

La final del campeonato mundial de fútbol.

No cabía nadie en la cantina. Y los que no estaban en ella, se repartían entre las escasas casas que disponían de un aparato televisor. Los gritos eran constantes. Aquellos que debían estar fuera, de guardia, o cumpliendo otros cometidos, lamentaban su mala suerte. Les importaba muy poco quién ganara, Italia o Alemania, pero hubieran querido ver aquella sensación, irreplicable en cuatro años.



A veces la imagen se desvanecía.

—¡Eh, eh!

—¡Maldita sea!

—¡Dadle un golpe a ese cacharro!

Era un blanco y negro con más grises y nieve que detalle. Había que entrecerrar los ojos para apreciar el contorno y la silueta de los jugadores. Iba y venía, oscilaba. De pronto todo era nitidez. De pronto manchas que se movían en el rectángulo luminoso ubicado en las alturas.

Nino ni se atrevía a parpadear.

Por aquella ventanita se asomaba al otro mundo.

Magia.

—¡Ya!

—¡Chuta!

—¡Dale!

Aquellas imágenes de España. Su maestro le hablaba de España. Él tenía familia allí, unos primos o algo parecido, en un lugar llamado Barcelona.

No todo era pasión y olvido. Los dos hombres sentados detrás de él a veces hablaban.

—¿Cuándo crees que atacarán?

—Pronto.

—¿Piensas que San Blas vale el esfuerzo?

—Es cuestión de estrategia, seguro.

—¿Por qué no nos vamos? Si llegan con helicópteros y tropas aerotransportadas nos barrerán.

—Puede que nos hagan quedar.

—No tiene sentido. Ésta es una posición absurda.

—¿Y si necesitamos ruido, y héroes?

—O muertos.

—Eso también cuenta en el mundo. Los muertos hacen que los países se sientan obligados, y que tomen conciencia. A veces hay que sacrificar...

No pudo seguir oyéndoles. En parte porque ellos mismos dejaron de hablar ante la jugada, en parte porque todos los ocupantes de la cantina se pusieron en pie.

La pelota acabó de cruzar la línea de meta.

—¡Gol!—vocearon al unísono—. ¡Gooool!

Y rieron, y cantaron, y lo celebraron, como si hubiese marcado su equipo, como si aquello les importase, o fuese el fin de la guerra, o cualquier cosa imaginable.

Una cucharada de felicidad en mitad del gran constipado.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Ignoraba qué o cómo pudiera ser Rol, pero su mundo, su universo, aquella Tierra de Rol, era el peor de los lugares imaginables, una dantesca superficie de vacíos sin fin, donde la negrura y el frío presidían todo lo demás, dominando las emociones, aplastándolas hasta convertirlas en una nada absoluta. De no haber sido porque sabía que estaba cada vez más cerca, y que el libro le necesitaba a él tanto como él al libro, tal vez Simón hubiese acabado abandonando. Cuando se sentía desfallecer pensaba en su madre, Amanda, tan fuerte y tan firme siempre. Cuando creía que iba a caer exhausto, pensaba en su padre, Godofredo, tan sereno y equilibrado siempre. Una y otro le insuflaron valor cuando fue necesario. Y él logró no sólo mantenerse en pie, sino lo más importante: no rendirse.

Seguir creyendo.

Con una fe irreductible.

Vivió tormentas de polvo increíbles que le dejaron ciego. Soportó vientos huracanados que le impidieron desplazarse con normalidad. Sufrió avatares sin nombre que sólo habían podido ser extraídos del libro de las pesadillas. Y a cada paso, con cada día, la Gran Torre parecía más invisible, más perdida o lejana.

Ninguna letra para guiarle.

Ningún sol, ni luna, ni estrellas para marcarle el rumbo.

Tardó en comprender que no la veía porque tal vez fuese demasiado evidente.

Entonces dio media vuelta, caminó cien pasos en sentido contrario, y se encontró frente a ella.

Había estado dando vueltas en círculos a su alrededor.

La Gran Torre era siniestra, pero más por su entorno que por sí misma. Se hallaba en mitad de una planicie neblinosa de la cual tan sólo sobresalía su parte más alta. Era redonda, de piedras negras, y tenía un techo puntiagudo y circular. Se puso en guardia, esperando peligros sin fin, pero acabó atravesando aquella planicie sin que nada malo le hubiese sucedido o ser alguno le hubiese atacado. Cuando atravesó una gran puerta de hierro coronada por un cuervo cincelado en bronce, creyó que ya estaba a las puertas del encuentro final. Casi echó a correr.

Siguió andando.

Andando.

Todo un día.

La Gran Torre continuaba a la misma distancia.

Aquella noche comprendió que se había metido en un laberinto del que no sabía cómo salir.

La señora Amalia era más vieja, más sabía, más de todo que él.

Pensaba en ella al ver a Neli.

Así que el efecto fue cauterizador.

Neli trazaba signos en la tierra. Y Nino supo que estaba escribiendo sus primeras palabras. «P» y «A», «Pa». «M» y «U», «Mu». «D» y «O», «Do». Antes de su enfado, ya era capaz de leer casi una línea entera de su libro. Aprendía rápido. Todo es fácil cuando se desea.

Se sorprendió a sí mismo por este pensamiento.

—Neli.

La muchacha se dio la vuelta, asustada. Iba a pasar un pie por el polvo del suelo para tapar sus letras antes de darse cuenta de quién era el intruso. Nino tuvo deseos de abrazarla, sentirla, pedirle un beso.

En su mente la abrazó, la sintió, le dio un beso.

Pero él se quedó muy quieto.

—¿Qué quieres?

—Pedirte perdón.

Ella suspiró. Sus palabras la penetraron despacio, envolviéndola. Se sintió aliviada y lo demostró con una sonrisa agotada.

—Está bien, Nino.

—Lo siento.

—Ya lo sé. Yo también lo siento.

—No, tú no. Estaba equivocado.

—Los dos lo estábamos. He sido una estúpida.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Puede que quisiera ver la parte romántica a todo esto. La prisa de la guerra, la urgencia por hacer cosas, crecer. El miedo a morir al día siguiente. Nadie me ha obligado a visitar a Toribio, aunque al comienzo pensara que era así. Y en cuanto a ti...

—¿Qué?

—Quería darte algo.

—Me lo has dado.

—No tanto como tú a mí—señaló los toscos trazos dibujados en el suelo.

—Vamos a seguir, ¿de acuerdo?—Nino buscó una rama.

—Ya no, Nino.

Se detuvo, más por el tono de infinita tristeza que por la negativa.

—¿Por qué? ¿No tienes tiempo ahora?

—Me voy.

Dos palabras. Una flecha. Un silencio.

—¿Adónde?

—Me envían al Norte.

—No es posible.

—Me temo que sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Órdenes. Dicen que necesitan...

—¿Te vas con él?—la interrumpió.

—¿Con Toribio? ¡No! Me voy sola.

Era un respiro, pero no la calma. De pronto también la perdía a ella. Su último eslabón con la vida. Si antes ya no era justo, ahora creyó que el mundo entero estaba en su contra.

Sin darse cuenta, desesperado, se oyó decir a sí mismo:

—Te quiero, Neli.

—Ya lo sé.

—Te quiero mucho.

Neli esbozó una tímida sonrisa.

—Ya sé que soy muy chico para ti...

—Te esperaré—manifestó remarcando cada letra para que él lo entendiera.

—¿De verdad?

—Quiero que me enseñes a leer y a escribir.

—¿Pero cuándo volveremos a...?

Era una pregunta sin respuesta, más allá de sí mismos, así que ni él terminó la frase ni ella dijo nada. Se le acercó para abrazarle.

Cuando sus cuerpos estuvieron unidos, Neli le dijo apenas audiblemente al oído:

—No volveré a estar con nadie más. Te lo prometo.

Nino la abrazó con más fuerza.

—Cuídate, mi guerrillero. Cuídate mucho.

Una razón para vivir.

La más poderosa.

Neli se separó un poco de él, lo justo para quedar cara a cara y besarle.

Un largo beso sin tiempo ni edad.

Hombre y mujer en la quimera de los sueños.

Luego fue como si se desvaneciera en el aire.

La recta final del libro.

Buscaba sumergirse en él, ahogarse en sus páginas, inundarse de su fascinación, tanto para no pensar en Neli y en su ausencia como para acercarse de una vez al final y conocer su desenlace.

Aunque luego se lo volvería a leer. De cabo a rabo.

No tenía ningún otro, y le gustaba mucho, más de lo que pudiera expresar con palabras.

Ahora que no la tenía, echaba tanto de menos a Neli. Tanto...

Pasó una página, concluyó el capítulo, el veintiocho. El siguiente era el veintinueve. No supo si empezarlo o repetir el anterior, para estar seguro de que lo entendía.

—¿Qué estás leyendo?

Levantó la cabeza sorprendido y vio a su lado a la señora Amalia con su bastón. No la había oído llegar. Una ciega que se movía como el silencio a través de todos ellos. Su rostro empequeñecido por la edad miraba al frente sin ver nada. El blanco de sus ojos semejaba estar encalado.

Sombra de luz.

—Un libro.

—¿De qué habla ese libro?

—Creo que de la libertad.

—¿Sólo lo crees?

—Aún no he llegado al final.

—Cuéntame la historia.

Lo hizo, desde el comienzo, de la mejor forma que pudo y supo, hasta llegar al punto que acababa de leer. La anciana le escuchó con paciente deleite, sin hablar. Cuando él terminó, emitió un suspiro y exclamó:

—Es una bella historia.

—Acabará bien, seguro.

—¿Y por qué crees que habla de la libertad?

—El libro de Simón Morgado es la llave. Vive en un país sin libros, sin nada. Un país que no siente porque no conoce ni siquiera su propia historia. Su libro las tiene todas. Lo necesita para devolverlo a su gente.

—Entonces Simón Morgado eres tú.

—¿Por qué?

—¿Acaso no buscas tú también la libertad en un país que trata de recuperar su legado, su propia historia? ¿Y acaso no tienes también tú un libro?

Reflexionó sobre lo que acababa de decirle la señora Amalia.

—Mi maestro me dijo una vez que la libertad está donde el viento da la vuelta.

—Enigmáticas palabras—consideró la anciana.

—Yo creo que quiso decir que hay que seguir siempre, que el viento nunca se acaba, ni da la vuelta, pero que nosotros hemos de llegar más allá.

—Una bella forma de decir que la vida es hermosa, y que nuestro deber es seguirla hasta el final.

—Sí.

—Tu maestro debió ser una gran persona.

—Lo era.

Lo era.

Los rodeó un silencio de tarde seca, de nube quieta, y tiempo sin tiempo. Ella parecía, como otras veces, una estatua inmóvil, con aquella mirada en busca de su infinito interior. Nino no quebró esa serenidad. Era igual que un trance.

Le gustaba aquella mujer.

Beber de sus palabras pausadas.

La señora Amalia levantó un poco más la cabeza, como si olfateara el aire.

—Deberías irte, Nino.

—De acuerdo. Perdona.

—No, de aquí no. Del pueblo.

—¿Por qué?

—Ellos van a volver pronto.

—¿Ellos?

—Mañana. Pasado tal vez.

—¿El ejército?—abrió unos ojos como platos.

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé—dijo con natural simpleza—. La luna no engaña.

Nino miró al cielo. Mientras el sol declinaba, la luna llena ya había aparecido en el firmamento.

Apenas si pudo guardarse el libro antes de levantarse y echar a correr hacia el puesto de mando.

Se encontraban ya en la montaña cuando la artillería del ejército empezó a descargar su lluvia de fuego sobre San Blas.

Nino volvió la cabeza. Vio la primera nube de humo y polvo.

Después, el cielo y el aire se llenaron de explosiones.

—¿Por qué lo bombardean?—expresó desconcertado.

—Deben de creer que aún estamos allí—le respondió alguien.

—¡Saben que nos hemos ido! ¡Lo saben!—gritó él.

Más y más estallidos.

Casas destrozadas. Muertos inocentes. Otra masacre cruel.

—¡Hijos de puta!

—¡Nino!—aulló aún más el sargento Toribio.

Calló, pero siguió mirando hacia abajo.

Pensó en la casita de la señora Amalia, en la cantina donde había muerto Zacarías y luego habían visto la final del campeonato mundial, en los rostros anónimos de los hombres, mujeres y niños con los que habían compartido aquellos días.

No era justo.

¿Dónde daría el viento la vuelta?

—Vamos, Nino, ¡vivo, chico!

Continuó subiendo, como todos, equipado y pesado, controlando al mismo tiempo su seguridad y la de las armas, a veces más valiosas que ellos mismos. Sólo unos pocos miraban atrás. Carpacio, que se había echado una novia. Bruno, que se había encontrado a un primo perdido. Regina, que había sabido que estaba embarazada.

El rosario de explosiones se hizo cadena.

—Van a arrasarlo todo—rezongó apretando los puños.

¿Por qué no bajaban a presentar batalla? ¿Por qué había muerto Zacarías tomando San Blas si ahora se iban? ¿Por qué no entendía nada, y aún menos que nada, las razones de uno y otros?

De repente se hizo el silencio.

El ejército inició la reconquista de San Blas.

El avance era ahora muy lento, meticuloso. Lo hacían desplegados, abarcando la mayor cantidad de terreno. Los motivos eran dobles. Por un lado, caminar casi a cielo abierto, en descubierta, podía ser peligroso si un helicóptero los avistaba. Por el otro, la inseguridad del propio terreno, la incertidumbre de no saber qué podían encontrar, ni cómo ni dónde. Habían tenido que eludir la vía de escape natural, sabiendo que el ejército los buscaría por ella. Estaban dando un gran rodeo para volver a la seguridad de su zona de operaciones.

Nadie hablaba.

En realidad, Nino no había hablado desde el día anterior, desde la salida de San Blas.

Y ahora, por más que se concentrase, porque le iba la vida en ello, no lograba apartar de su mente aquel pequeño tropel de pensamientos. Saetas aceradas en la calma del atardecer.

En otro momento, muy lejano casi en la memoria, habrían caminado juntos, o separados por breves distancias.

Zacarías, Guada, Sebastiano.

Incluso Neli.

Bueno, ella estaba a salvo. Era un consuelo. Y le había dicho que le esperaría.

Eso era como quererle, ¿no?

No podía creerlo.

Levantó los ojos del suelo. La luna, que flotaba en el tornasol azulado de la antesala del crepúsculo, ya no estaba llena del todo. El tiempo le había pegado un bocado, comiéndole una mejilla de su redondez. Era la mejor hora del día. Menguaba el calor, un poco la humedad. Llovería en un par de horas, cuando las nubes de poniente se ensancharan. Entonces descansarían y podría leer un poco, antes de que la oscuridad fuese completa.

¿Cuántos pasos acababa de dar mirando el cielo?

Bajó de nuevo la vista.

Y supo que había pisado algo cuando escuchó el sordo «clic» bajo la planta de su pie, ahora inmóvil como la muerte que asomaba por debajo.

La luna.

Unos pasos.

Un simple momento.

Esperó la explosión que no llegó. Vio pasar delante de sus ojos la brevedad de su corta vida a cámara rápida. Los rostros se sucedieron a modo de película desaforada.

Y miró a su alrededor, la tierra que sería su mortaja, sintiendo el frío gélido del fin subiéndole por las piernas.

Uno, dos, tres segundos.

La eternidad.

No hubo explosión. Miró hacia abajo. La mina asomaba por la parte derecha de su pie izquierdo. Había muchos tipos de minas, muchísimos. Unas explotaban por simple contacto. Otras por presión. Otras tras esa presión.

Al levantar el pie.

O sea que estaba muerto igual, pero antes sufriría el peor de los tormentos.

—No...—gimió.

Recordó su primera batalla, cuando se orinó. Esta vez ni lo hizo, por si la menor gota caída sobre el disco de metal lo accionaba.

—¡Nino, muévete!

Toribio venía por detrás.

Algunos compañeros ya se habían dado cuenta de la realidad.

—¿Nino?

Mal menor: inválido, como Sebastiano. Mal mayor: destrozado de cintura para abajo. Mal terminal: muerto. Tal vez pudiera elegir.

—Tranquilo, chico.

Toribio ya estaba junto a él. Hacía señas al resto para que supieran que por allí había minas. Por lo menos una.

—Sargento..., lo siento...

—¿Te he dado permiso para morir?

—No, señor.

—Pues cállate.

Su superior se había arrodillado. Se sintió extraño teniéndole allí, a sus pies. Comenzó a quitar el polvo muy despacio, soplando, acariciando la mina con la tosquedad de sus manos ásperas y fuertes, como mazas convertidas en plumas. La mina fue apareciendo más y más ante sus ojos, rojiza, como si estuviese oxidada. Debía de llevar allí mucho tiempo.

Decían que una mina valía apenas unos pocos dolares, tres la más barata. Decían que desarmarla costaba varios miles. Decían.

A un soldado inválido había que alimentarlo, no servía para nada, y constituía un recuerdo vivo de la derrota. A un soldado muerto se le enterraba y se le llamaba héroe. Lo malo era que

novecientas noventa y nueve de cada mil minas estallaban a los pies de niños o campesinos que sólo querían sobrevivir con el fruto de sus tierras.

—Sargento, si salto rápido a un lado...

—No digas tonterías, chico.

—Si es que usted nos dijo...

—¿Quieres callarte, pedazo de idiota? Si te parece me doy media vuelta y sigo andando.

Iba a morir solo de todas formas.

—No—se estremeció.

Toribio continuó limpiando la mina, ahora por los lados, excavando con los dedos la tierra de su contorno.

Debía de hacer mucho calor, porque sudaba.

Sus compañeros le observaban desde la distancia. Todos habían mirado bien el suelo antes de recular y quedar fuera del alcance de la onda expansiva, que de todas formas siempre era más vertical que horizontal. Una mina, una persona. Tampoco daba para mucho. Bastaba con eso, con arrancar un pie, una pierna, las dos.

Volvió a mirar hacia abajo. Toribio ya tenía limpia la zona en torno al círculo metálico hundido en el suelo. Lo había limpiado con meticulosidad y ahora aún lo estudiaba con más meticulosidad.

—Jodida cosa—le oyó decir.

—Váyase, sargento.

—¿Qué, ahora me das órdenes tú a mí?

—Es que...

Toribio se puso en pie. Primero le miró con aquellos ojos de piedra. Por detrás de su contorno duro, Nino advirtió un destello extraño, tal vez de piedad, tal vez de respeto. Era el mismo niño que se había orinado en su primera acción, que había matado a un ser humano a sangre fría recibiendo la orden de hacerlo, o que había actuado como un héroe en San Blas. O ya no.

El mismo sí, niño...

—Te diré lo que vamos a hacer—el sargento colocó una mano en su hombro.

Se lo presionó.

—¿Sí?

—Voy a agacharme de nuevo, sacaré mi cuchillo, ¿ves?—lo sacó de la parte de atrás de su equipo de combate—. Entonces lo colocaré despacio, muy despacio—recalcó estas palabras—, entre tu pie y el de la mina. ¿Entiendes? Tú no puedes levantar el pie, ni apretar tanto como para impedir que la hoja de mi cuchillo pase y mantenga la presión. Ésa es la maldita cosa: que hemos de hacerlo juntos, tranquilos, sin prisas, para que tú puedas levantar el pie y la presión acabe pasando a mi cuchillo.

—¿Y entonces?

—Tú te vas y yo me quedo.

—No entiendo.

—Buscas una piedra grande, regresas, la ponemos encima y yo saco el cuchillo.

Un cambio de peso. Nada más. Era algo difícil pero no imposible. Los ojos de Toribio seguían siendo firmes.

—Está bien.

—Sácate el equipo.

Le obedeció. Dejó caer la ametralladora, después el cinto, la mochila que llevaba a la espalda, la guerrera con los cargadores de repuesto. Quedó libre para moverse rápido, aunque estaba agarrotado, anquilosado. Toribio empuñó su cuchillo y le miró cara a cara por última vez. Volvió a descender.

Se tumbó en el suelo, boca abajo.

—¿Preparado?

—Sí.

Había un lúgubre silencio.

El anochecer era tan hermoso.

El sargento comenzó a interponer el cuchillo de combate de ancha hoja, casi un pequeño machete, entre su pie y la mina. Primero fue fácil. Al llegar al centro, al percutor, ya no. Empezó a avanzar milímetro a milímetro. Nino podía sentirlo bajo la gruesa suela de su bota.

Tenía tantas ganas de echar a correr.

—Voy bien—le informó Toribio—. No puedo ver apenas pero lo siento. Está ahí el cabrón. Y lo tengo.

La explosión podía llegar de un momento a otro. Era una sensación demencial. El cuchillo tenía que hacer la misma presión que su pie, y no podía levantarlo porque sólo bastaba eso para que la mina detonase, sin vuelta atrás. El «clic» la había armado. Había que cambiar engañando a la mina. Cuchillo y fuerza de la mano que lo sujetaba, empujando hacia abajo, por pie y peso del candidato a tullido.

—Nino.

—¿Sí?

—Ya está.

¿Estaba?

—Levanta el pie despacio y lárgate.

No pudo.

—Nino, ya.

Lo intentó. Le costó una enormidad. Le pesaba el cuerpo igual que una montaña y con la mente en blanco, sus acciones apenas si tenían coordinación. Más que levantar el pie lo que tuvo fue un espasmo.

Después lo hizo.

—Así, bien—oyó suspirar a Toribio.

No había explosión. Tenía el pie fuera del contacto de la mina. Era libre. Tuvo que convencerse de ello.

Miró a Toribio.

El sargento seguía boca abajo, haciendo presión con ambas manos en el cuchillo y éste en la mina. Una presión al menos equivalente al peso de Nino.

—Vete. Trae esa maldita piedra.

Era libre. Se movió. Echó a correr.

Sobre sus dos piernas.

Se encontraban en un llano, no había piedras grandes. Comenzó a correr desesperado antes de darse cuenta de que lo hacía solo.

—¡Ayudadme, maldita sea!—les gritó a los demás—. ¡Una roca!

Nadie se movió. Todos miraban a Toribio.

Los veteranos, los hombres y mujeres, los que llevaban tiempo en la guerrilla. Y tan quietos como ellos, atrapados por su inmovilidad, los más jóvenes, que aún no entendían.

—¡Vamos!—insistió Nino.

La realidad se abrió paso en su mente.

Era un milagro que estuviese vivo, que acabasen de engañar a la mina. Pero aún tenía que ser más milagro que lo hicieran por segunda vez, que una piedra...

Volvió la cabeza para mirar a Toribio, solitario, ahora muy pequeño frente a la muerte.

—¡Sargento!

Toribio lo miró. Nino creyó ver un atisbo de sonrisa en su rostro feroz. Tal vez fuese un reflejo del sol poniéndose. Fue una mirada que apenas duró un segundo, pero que representó otra eternidad. La mirada que no se olvida.

Como no olvidaba los gritos de su madre abrasándose, ni los de sus hermanas siendo violadas y asesinadas.

El resto de la escena les dejó sin aliento.

Toribio lo hizo. Tomó impulso y rodó sobre sí mismo, de lado, protegiéndose de inmediato la cabeza con las dos manos. Por desgracia, la mina, que en otro caso habría estallado hacia arriba, ahora ya no tenía nada a su alrededor, así que la detonación fue también horizontal.

Y le alcanzó de lleno.

La cabeza y el tronco del hombre estallaron igual que el artefacto.

Un seco impacto. Una nube de polvo. Una lluvia de sangre.

Después volvió el silencio.

CAPÍTULO TREINTA

De no haber sido por las letras finales, aquellas que había conservado en el bolsillo...

De no habersele ocurrido que lanzándolas al aire ellas tal vez le marcaran la salida del laberinto y de los pozos oscuros en los que había caído...

De no haber sido por creer una vez más en el libro...

Casi le parecía imposible.

Estaba fuera.

Y a las puertas de la Gran Torre.

Las traspasó.

El interior nada tenía que ver con el exterior. Había luz, tapices, muebles muy viejos, espadas y escudos colgando de las paredes. Las antorchas señalizaban el camino que debía seguir. Primero una enorme sala de recepciones, después unas escalinatas ascendiendo hacia las alturas, luego unos pasadizos cargados de vetusta nobleza, por último otra gran sala, en este caso la zona más noble del torreón, presidida por una chimenea en la que crepitaban unos troncos con aspecto de no consumirse jamás.

Y en un atril, en medio de aquella estancia singular, un cuervo.

Igual que el de la entrada, esculpido en bronce, pero en este caso de verdad.

Simón se detuvo.

En guardia.

Pero la voz del cuervo era apacible.

—Te saludo, viajero.

—Y yo a ti—respondió Simón sin asustarse de encontrar un cuervo que hablase.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Simón Morgado, y he hecho un largo viaje hasta aquí.

—¿Acaso eres el último celador del libro?

—Así es.

—Entonces adelante. Mi amo te está esperando.

Dio unos pasos, receloso, sin ver a nadie, temiendo una trampa, hasta que de lo más oscuro de la sala emergió la figura imponente y sobrecogedora del Gran Mago.

Rol.

Finalmente, cara a cara.

Le costaba más leer.

Su cabeza iba y venía, se perdían sus pensamientos en los vericuetos insondables de aquellos recovecos por los que pasaban sin cesar las voces y las caras, las imágenes y las sensaciones. Le fallaba la concentración. Cada letra, cada palabra, cada línea, era un desfallecimiento, a pesar de que el libro tocaba a su fin.

Quizá no quisiera terminarlo.

Porque una vez terminado, el placer terminaría con él.

Levantó la vista. En el campamento reinaba una alegre paz. Los nuevos eran instruidos. Carne de cañón con sonrisas de triunfo a cuestas. Los había jóvenes. Los había adolescentes. Los había niños.

Todos con sus historias.

Podía oírlos.

—Vine porque tenía hambre. Me dijeron que aquí daban comida por pelear.

—Vine porque estaba solo.

—Vine a combatir. Ya no quería jugar a la guerra, sino hacerla.

—Yo por vengarme.

—Yo por mi primo.

—Ser soldado es lo mejor que hay.

—Yo seré un héroe.

—¿Conocéis a algún héroe?

Señalaban hacia él, tumbado al pie del árbol y leyendo, o fingiendo hacerlo mientras los oía.

—Ése es Nino, el héroe de San Blas. Entró solo en una cantina llena de soldados y los mató a todos. Eran seis o siete.

—No, más, casi diez.

Y seguían hablando, sin saber nada, sin entender apenas nada porque aún eran muy chicos.

—¿Has matado ya a alguien?

—Aún no, pero lo haré pronto.

—Yo también.

—Yo mataré a mi primer enemigo cara a cara, y mientras se muere, le diré cómo me llamo. Eso haré. Le diré: «Vete al infierno, y nunca olvides que te mató Eufemiano Fuentes Martínez».

Jóvenes cachorros.

Aún jugaban a la guerra, pero con armas de verdad.

Y tenían su edad, o menos incluso.

Nino intentó seguir leyendo, pero tropezó de nuevo con aquella sensación de desamparo. Veía a Guada y a Zacarías, veía a Sebastiano y a Neli y a Toribio. No sabía nada de ella, ni cómo estaría su tullido amigo. Y sentía la mirada de su sargento antes de morir.

Aquel «hasta luego» de sus ojos.

Le había odiado tanto...

Y a fin de cuentas, vivía por él.

¿Tenía eso algún sentido?

—¿Vamos a hablarle?—dijo uno de los nuevos.

—No quiere hablar con nadie. Es raro. No quiere amigos.

—Claro, los héroes son raros.

—Pues a mí me parece tan normal como cualquiera de nosotros.

—¿Qué hace?

—Lee un libro.

—Entonces sí es raro. ¿Para qué querrá hacer eso?

Nadie contestó a la última pregunta.

Nino intentó concentrarse de nuevo. «Capítulo...». Pero no pudo hacerlo. Le pesaban los ojos, el alma, el libro. Simón Morgado debería esperar un poco, sólo un poco.

Aquella era una historia imaginaria, a diferencia de la suya.

Aunque hablasen de lo mismo.

El nuevo sargento de su pelotón se llamaba Sánchez. Sargento Norberto Sánchez Estepa. Decían que antes había sido maestro, de matemáticas. También decían que era un idealista, un intelectual, un hombre de palabras.

Quería preguntárselo, pero tampoco quiso ser amigo o enemigo de ningún otro sargento.

En cualquier caso, gritaba mucho menos que Toribio.

—¡Nino!

Se puso en pie al oír su nombre. Sánchez le buscaba por la ribera del riachuelo. Levantó una mano pero al mismo tiempo echó a correr hacia él.

—¡Sí, señor!

Descendió de la loma arbolada con el paso vivo, hasta detenerse frente al hombre. No hubo saludos marciales, porque los evitaban. Sólo la pregunta de cortesía.

—¿Sargento?

—Hay una periodista española haciendo un reportaje de nosotros para la televisión de España. Quiere entrevistar a varios guerrilleros, y el comandante ha dado tu nombre. Has de ir al puesto de mando—señaló la parte más frondosa del vallecito colgado entre las altas cumbres—. Aséate y ve cuanto antes.

Nino no se movió.

—¿Por qué yo?

La pregunta sorprendió a Sánchez.

—¿No te gusta salir por televisión?

—No es eso, señor, es que no sé qué puedo decirle a la señora esa.

—Nino, sabes leer y escribir, eres de los pocos con esa cualidad, y eres un veterano—obvió la palabra *héroe* y el muchacho se lo agradeció—. Por un lado, lo ordena el comandante. Pero por el otro, yo lo entiendo. No queremos dar la imagen de muertos de hambre, insurrectos locos, comunistas obsesionados o revolucionarios que luchan contra el poder sólo por no aceptarlo.

«Imagen.» Nunca había pensado en «su imagen».

A fin de cuentas, «muertos de hambre» sí eran.

—¿Y qué le digo?—insistió Nino.

—Lo que quieras. No tenemos nada que ocultar. Tú responde a sus preguntas y ya está. Lo que va a hacer esa mujer es muy importante, ¿sabes? Después de la matanza en la embajada española hace dos años, parece que las simpatías de su país están con nosotros. Hemos de aprovecharlo. Tú lo harás bien. Eres juicioso, y sabes hablar.

—Gracias, señor.

Iba a dar media vuelta para ir a lavarse por lo menos las manos y la cara. Peinarse ya era otra cosa, porque le era imposible dominar su oscura y revuelta mata de pelo. Tampoco tenía ningún peine.

—Nino, prepárate—le advirtió Sánchez—. Es muy guapa.

Desde luego, pensó él, Sánchez no conocía a Neli.

Sí, era muy guapa, realmente guapa. Pero no como Neli. Ni siquiera el equipo de montaña y camuflaje le sentaba tan bien como a su amiga guerrillera. Tenía un cutis suave, unos labios hermosos y bien dibujados, unos ojos grandes y de mirada limpia, unas manos cuidadas, un cabello castaño cortado en forma de casquete. Y era alta, muy delgada. Se la veía femenina, pero también avezada, endurecida, acostumbrada a trabajos fuera de lo común, como aquél, en un lugar perdido de la selva de un pequeño país de Centroamérica.

Debía de ser hermoso viajar con una cámara haciendo reportajes por el mundo. Conocer personas, aunque fuese en una guerra.

Era mayor. Como de treinta y pico o más.

La primera persona extranjera que conocía.

Bueno, ella y su cámara, porque también estaba él, muy distinto, igualmente alto y delgado, fuerte, cabello largo, sucio. Cargaba con un equipo de ensueño, o al menos así se lo pareció a Nino. Una cámara de verdad. Posiblemente como las de cine. Todas tenían que ser iguales, ¿no? Se apuntaba por aquella cosa redonda, el objetivo, y las imágenes quedaban impresas en una película que luego podía verse muchas, muchísimas veces.

—¿Nunca habías visto una de éstas?—le preguntó ella.

—No.

—Pablo, ven—le pidió al hombre.

El cámara se acercó. Ella le tomó la cámara y se la tendió a Nino. Era negra, tenía un montón de dispositivos, resortes y botoncitos. Su tacto era agradable, cálido. Por allí se captaba la vida, se recogían los sueños y las ilusiones. Y luego se eternizaban. Las personas filmadas nunca envejecían. Bueno, ellas sí, pero sus imágenes no.

—Mira por aquí—la reportera le puso el instrumento a la altura de los ojos.

Miró.

El mundo visto a través de aquello era otro mundo. Tenía otra dimensión. Fotografías en movimiento.

Se emocionó.

—¿Cómo te llamas?

—Nino.

—Yo soy Alicia Coderch—le tendió su mano.

—¿Co...?

—Coderch. Soy de Barcelona.

—Ah, Barcelona.

—Y él es Pablo. El mejor cámara que hay.

—Hola, Nino—el hombre también le estrechó la mano con calor.

—¿Estás preparado?—quiso saber ella.

—Supongo que sí, aunque no sé...

—Tranquilo. No son más que unas preguntas.

—Ya, pero eso...

—Si quieres hablamos antes un poco, nos relajamos, nos conocemos, y así después será más fácil.

—Si usted quiere.

—Es lo que quieras tú, Nino. Tú eres la estrella, ¿sabes? Te necesito relajado, como si estuvieras hablando con un amigo. ¿Cuántos años tienes?

—Acabo de cumplir trece.

—¿Cuándo fue?

—No sé, hace uno o dos días. Nací cuando la luna estaba en cuarto creciente de este mes. Al menos eso me dijeron.

—Felicidades.

—Gracias.

—¿Tienes familia?

—Ya no.

—¿Qué les pasó?

—Murieron todos. Los mataron.

—¿Cómo fue?

Ni siquiera se dio cuenta de que Pablo, aunque aparentaba no hacer nada, ya estaba grabando.

Simón. Rol. El libro robado. Las letras caídas. El cuervo. El Reino sin Pasado. Le fascinaba la historia, pero aún más sus ocultos significados. Letras. Libros. Saber o no saber. Querer o no querer.

Ésa era la clave.

Y todos los sueños debían sustentarse en claves, y bases reales, y esperanzas, y...

Escuchó un roce a su lado, volvió la cabeza y vio a la reportera española, Alicia.

Recordó casi la misma escena, el libro, otro roce, Neli.

A veces las cosas se repetían, pero ya nunca eran iguales. Y el pasado dolía más y más, especialmente cuando se iba amontonando a espaldas de una vida que crecía día a día.

—Hola, Nino.

—Hola, señora.

—Por favor, llámame Alicia, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Te molesto?

—No, no, al contrario.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

—Sí.

Se puso algo rojo, por si se le había notado el entusiasmo. Ella era distinta. Le gustaba su voz.

Y sabía cosas, muchas cosas.

Venía de un mundo libre, sin guerras. Hablar con ella no era como hablar con los demás.

—¿Qué lees?

—Esto—le tendió la novela sin cubiertas, sin título ni autor, con las páginas subrayadas en rojo, arrugada y cada vez más vieja, como si al leerla absorbiese su energía.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—¿De dónde lo sacaste?

No se lo había dicho a la señora Amalia, ni a Neli. Pero se lo dijo a su nueva amiga.

—Era de un muerto.

—Ya.

—Lo encontré a un lado del camino. Tenía un balazo en el pecho. Aquí, cuando nos encontramos un muerto, lo registramos, por si lleva algo de valor, ¿sabe? A él ya lo habían registrado, porque no llevaba nada. Salvo este libro.

—Entonces se olvidaron lo más valioso.

—Sí—estuvo de acuerdo él.

—¿Has leído muchos libros, Nino?

—Sólo éste.

—Pero tú fuiste a la escuela.

—Y allí leí cuentos, cosas pequeñas y cortas. No una novela como ésta. Mi maestro también

me hacía leer el periódico cuando conseguía uno.

—Supongo que por eso eres tan adulto.

—¿De veras?

—Aquí sí—le puso el dedo índice de su mano derecha en la frente—, y te aseguro que es todo lo que cuenta. Bueno, y también esto—se lo puso en el pecho, sobre el corazón.

—¿Usted ha leído muchos libros?

—Muchísimos. Tengo una casa llena de ellos.

—Qué suerte.

—Algún día también la tendrás tú.

—¿Seguro?—Nino pasó una desesperanzada mirada por su alrededor.

—Cuando de niños deseamos algo con todas nuestras fuerzas, por regla general, de mayores lo conseguimos.

—Usted habla de niños normales en países normales. Yo puedo estar muerto mañana, como todos mis amigos o mi familia.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—No pienses en la muerte. Piensa en la vida. Antes, en la entrevista, con tu ametralladora, el uniforme...—Alicia se estremeció—, hablaste de una forma distinta a los demás.

—Pues no soy distinto.

—Sí lo eres, y lo sabes, y es bueno que sea así. Todos somos iguales, pero es la diferencia entre cada cual lo que nos hace mejores y únicos. Tú mereces muchas cosas, Nino, y las tendrás.

—¿Por qué está tan segura?—pensó en la señora Amalia.

—Ya te lo he dicho. Cabeza, corazón...—Alicia suspiró, atrapada por una inesperada espiral de sentimientos—. Dios, siempre digo que no he de involucrarme con el trabajo, con lo que hago, pero..., es difícil, cada vez más—lo miró con atención y agregó—: ¿Te gustaría ir a España?

—Sí.

—Quién sabe, quién sabe.

—¿Tiene hijos?

—¡No!—sonrió ella.

—¿Pablo es su marido?

—¡No!

—¿Cómo es su casa?

—Mi casa tiene vistas a un precioso mar llamado Mediterráneo, y es pequeña, soleada, tranquila, y tiene una terraza con flores que alguien cuida cuando yo estoy fuera... Y estoy tanto tiempo fuera que ya no sé si las flores son realmente mías—abrió y cerró las manos en un gesto de resignación—. Pero me gusta eso. Me gusta viajar, y hablar con las personas, hacer entrevistas, filmar lo que ocurre, y luego, llevarlo hasta mi país y que mi gente lo vea en la televisión, aunque lo hagan mientras comen, o mientras hablan de sus pequeñas cosas, o tumbados en un sofá con una cerveza en la mano, sin saber en ocasiones de qué les habla la televisión o dónde diablos está ese país donde acaban de enterarse de que hay una guerra. Ya ves—le miró con una sonrisa de ternura—. En realidad mi casa es el mundo, y mis flores, éstas—abarcó la selva a su alrededor.

—Y yo, su familia.

—Y tú, mi familia—volvió a sonreír, por tercera vez, y le pasó una mano por encima de los hombros mientras la convertían en una franca risa llena de calor.

—Vas a emocionar a mucha gente en España cuando te vean en mi reportaje, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Porque has sido sincero, directo, porque tu historia es, por desgracia, muy fuerte, y porque eres un niño y tu imagen uniformada sosteniendo esa espantosa ametralladora...

—Aquí combatimos todos.

—No sólo aquí. En todas las guerras de medio mundo sucede lo mismo. Siempre vosotros.

—Si hay que hacerlo...

—¿Por qué luchas tú, Nino?

—Bueno, ellos nos matan a nosotros. Mejor dicho, nos exterminan. Hemos de defendernos.

—¿Pero sabes por qué os matan?

—No les gustamos.

—¿Lo entiendes?

—No.

—Antes has hablado de cosas que deseabas, libros, una casa...

—No, lo que más deseo es volver a ver a Neli, después lo otro. Sí, tener muchos libros y una casa donde vivir y poder guardarlos, como usted.

—¿Quién es Neli?

Empleó aquella palabra por primera vez.

—Mi novia.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Es guerrillera?

—Sí.

Alicia asintió con la cabeza comprendiendo.

—Tienes hermosos sueños—suspiró.

—Lo triste es que deba lograrlos matando, aunque de todas formas...—plegó los labios con abrumadora indiferencia—. Yo creo que los sueños es lo que uno imagina de noche, esas cosas que nunca son de verdad. No tienen nada que ver con la realidad.

—Matar es espantoso, Nino, aunque te entiendo. En cuanto a los sueños... Yo creo que no, que todo lo que deseamos, por simple que parezca, es un sueño. Son los pequeños premios que nos pone la vida por delante y que nos da cuando nos esforzamos, a veces mucho, a veces poco. Pero lo que cuenta es ese esfuerzo. Y créeme, son la sal de esa vida.

—Habla como el personaje de mi libro, Simón.

—¿De veras?

—Es un chico joven que persigue algo con todo su empeño. Ha de rescatar un libro mágico de las garras de un mago llamado Rol. De ese libro depende no sólo el futuro de Simón, sino el de todo su pueblo. Bueno..., eso lo imagino. Pero seguro que es así.

—Yo más bien creo que sois Simón y tú los que perseguís lo mismo.

—Una mujer ciega que conocí hace poco también me dijo algo parecido. Me dijo que Simón y yo buscábamos la libertad, él en el Reino sin Pasado, y yo en un país que aún no tiene futuro, pero por el que luchamos para que lo tenga.

—Era una mujer inteligente.

—Algún día el viento dará la vuelta.

Creía que Alicia le preguntaría qué significaba eso, pero no lo hizo. Así que prefirió callar.

El libro estaba en el suelo, entre los dos.

—¿Te falta mucho para terminarlo?

—No, apenas dos capítulos.

—Entonces, te he interrumpido.

—No, por favor—la detuvo en su gesto de ir a levantarse—. Siempre puedo acabarlo mañana o al otro. Usted en cambio se irá pronto. Y no me importa esperar. Tengo tantas ganas de terminarlo como de prolongar lo que siento leyéndolo. No sé si me entiende.

—Claro que te entiendo. Eso es lo que sucede siempre que leemos un libro que nos apasiona.

—Alicia, hábleme de España—le pidió.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Yo le he contado lo mío, para el reportaje. Cuénteme cosas y ya está, ¿de acuerdo? Lo que quiera.

Así que se las contó.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Rol era un anciano de rostro endurecido por la falta de sentimientos más que por la edad. Sus ojos eran negros como el carbón, y se hundían en los cuévanos bajo unas pobladas cejas que le conferían un aire mefistofélico. Llevaba el cabello muy largo, cayéndole por encima de los hombros, y vestía una túnica negra. Sus manos eran muy huesudas, lo mismo que su rostro. Más que caminar, semejaba deslizarse por encima de las baldosas añejas del suelo de la Gran Torre. Se detuvo delante de Simón y le observó con curiosidad.

—Has llegado—le dijo.

Su voz era profunda.

—¿Lo dudabas acaso?—manifestó el muchacho.

—¿Tan importante es para ti el libro?

—Me lo legó mi padre. No sabía cuál era su poder hasta que he visto a las gentes del Reino sin Pasado, y ahora, además, debo arrebatártelo a ti para que no hagas un mal uso de él.

—Eres un ingenuo.

—Tal vez.

—Mira tu libro—señaló en dirección a una mesa—. Su poder es más fuerte de lo que imaginaba.

Simón se acercó a él. No podía reconocerlo. Ya no era la misma obra maravillosa que recordaba. Estaba negro, sus páginas arrugadas y sin letras, como si se estuviese autodestruyendo o se muriese. Quizá de tristeza.

—¿Qué le has hecho?—se asustó.

—Nada—dijo Rol—. Sus páginas no dicen nada, sus sentimientos se han perdido, sus historias se han evaporado, su sabiduría se ha desvanecido. Pero están ahí, lo sé. En alguna parte. No he logrado llegar hasta su secreto, y soy impaciente. Esperaba que tal vez tú...

—¿Qué quieres que haga yo? El libro es bondad, paz, armonía, belleza, legado, tradición. Es todo lo contrario a lo que tú representas. En tus manos no es nada. No soy yo, eres tú, y este lugar.

—Ayúdame, y compartirás el poder conmigo.

—No me interesa el poder, sólo el libro—Simón puso una mano encima del volumen y sintió cómo éste se estremecía imperceptiblemente.

Vivo.

—Entonces lo quemaré—amenazó Rol.

—No lo harás. ¿Acaso no eres el Gran Mago? Seguirás tratando de llegar hasta su esencia.

—Eres un mozalbeta insolente.

—¿Es que no lo entiendes, Rol?—dijo Simón—. Esto es el mayor tesoro del mundo. En las páginas de este libro se encierra lo mejor de la esencia del hombre, la armonía suprema, las mil y una historias que son capaces de fluir de ellas.

—No digas tonterías, ingenuo. Conocimiento es poder. Sólo hay que saber usarlo.

—¿Cómo supiste de su existencia?

—Mi cuervo. Al morir tu padre, el guardián del secreto, la música del libro se expandió más allá del Bosque Umbrío, imposible de ser contenida. Llevaba años y años esperando ese momento.

—¿Y quieres seguir siendo el dueño de un reino sin cultura, dominando a unas gentes que no saben escribir ni leer porque desconocen los libros? ¿Así de sencillo?

—Dale conocimientos a una sabandija y se creará un cocodrilo, o un rey.

Simón tomó el libro con las dos manos. El manuscrito volvió a temblar.

—Puede que éste sea el único libro del reino, pero pertenece al pueblo, y volverá a él.

—No puedes hacer nada contra mí, infeliz.

—Yo no, pero él sí—levantó el libro.

—Insolente estúpido—dijo Rol despacio, arrastrando las palabras—. Si desprecias el poder es que estás loco, y los locos no merecen vivir.

Levantó una mano.

Y entonces Simón se convirtió en una roca.

«Y entonces Simón se convirtió en una roca.» Llenó sus pulmones de aire. Había dejado de respirar en el último párrafo. Se dio cuenta de ello al notar que ni él se movía bajo la tenue luz que lo iluminaba. Le dolían los ojos por el esfuerzo.

El último capítulo.

Ya.

Era muy largo. Demasiado. Tardaría en leerlo, y tal vez, según las palabras o las ideas, tardaría aún más en comprenderlo. Si pudiera leer más rápido...

Aunque, ¿de qué le serviría? Ya no tenía más libros.

Seguro que Simón lo lograba. Seguro que derrotaba al Gran Mago. Seguro que el libro era la llave de muchas cosas. Seguro, seguro, seguro.

Cerró el libro y apoyó la cabeza en el árbol. La calma bajo las estrellas. El campamento se movía despacio, envuelto en el silencio. Algunos, los menos, dormían. Los más hablaban en voz baja, caminaban, esperaban. Las guerrilleras miraban a sus hombres. Los hombres contenían sus anhelos.

A lo lejos, en la ribera del riachuelo, vio a la periodista española. Paseaba sin rumbo. Su ropa clara destacaba como una mancha en la oscuridad. La vio sentarse en una roca y mirar el agua.

No supo qué hacer.

Ella se iría al día siguiente. Sería su última oportunidad. Le había contado tantas cosas de España, de su infancia, de su ciudad, de los libros que había leído. Tantas maravillas juntas.

Se levantó para ir junto a ella. Se guardó el libro en el bolsillo de la guerrera, como siempre. Caminó despacio, para dar a entender que su encuentro era casual. Incluso dio un rodeo para alcanzarla por delante y que la mujer lo viera llegar y se preparara.

El ruido del agua corriendo mansamente por el pequeño lecho era como el llanto alegre de la tierra.

Las lágrimas de Alicia constituían otro llanto, distinto, y su murmullo encerraba un dolor que lo atravesó por completo al darse cuenta de ello.

No supo qué hacer, si dar media vuelta y marcharse, dejándola sola, o continuar.

—Nino—lo llamó.

Se acercó. Alicia tenía una mano extendida hacia él. Se la tomó y ella le obligó a sentarse delante, en otra roca.

—¿Está bien?

—Sí.

—¿Entonces por qué llora?

—Cosas de mujeres, diría un machista.

—¿Alguien le ha hecho...?

—No, nadie, Nino. Es sólo...—volvió a cortar sus palabras al tener un acceso de incontrolados sentimientos.

—¿Qué?—pidió él.

—No es fácil, ¿sabes?

Nino no la entendió.

—Hacer entrevistas, intentar ser objetiva, buscar una neutralidad—desgranó Alicia—. No, no es fácil fingir que las cosas no te afectan. Soy una buena periodista, lo sé. Si no lo fuera no estaría aquí. Pero... Siempre acabas tomando partido.

—Usted está de nuestro lado.

—No siempre hay dos lados, cariño—susurró triste.

—No la entiendo. Están ellos y nosotros.

—Malos y buenos.

—Sí.

—Te olvidas del mundo—dijo la periodista—. Están los que saben y fingen no saber, los que no saben y tampoco les interesa saber, los que saben y actúan, los que aprovechan la situación en su propio beneficio, los que sacan partido, los que venden armas a los dos lados, los que deciden si es mejor dejar que la gente se mate o si es mejor impedirlo, los que tienen miedo de que gane un bando u otro porque en su país puede pasar lo mismo, los que hablan y hablan, los que escuchan y escuchan, y los mudos, y los sordos, y los ciegos—hundió en Nino unos ojos cargados de pasión—. No, Nino, no es tan sencillo. Salvo para ti, que le ves el rabo a la muerte cada día.



—¿Conocen en España lo que está pasando aquí?

—En España y el resto del mundo, naturalmente. Hace poco más de dos años, en enero de 1980, un grupo de campesinos guatemaltecos se encerró en la embajada que tenemos en vuestra capital con el simple propósito de concienciar a la opinión pública mundial de las barbaridades que se cometían contra ellos. El Gobierno no hizo caso de las peticiones de calma de nuestro embajador, Máximo Cajal. Al Gobierno no le convenía esperar y que el caso se difundiera. Así que envió tropas de asalto, a sangre y fuego. Arrasaron nuestra embajada y mataron a treinta y siete personas, guatemaltecas y españolas. Muchas murieron abrasadas, como tu madre. Fue escandaloso. El Palacio de Santa Cruz era como tierra española en Guatemala, pero eso lo ignoraron por completo. Ya ves. Las matanzas, el exterminio indígena maya, el genocidio, sigue igual. Y vosotros lleváis ya una generación perdida. Tantos años...

—Alguien me dijo que en Guatemala nos estábamos matando unos a otros desde 1954.

—Y es cierto.

—¿Qué ocurrió?

—¿No lo sabes?

—No, nadie me lo ha contado.

—¿Ni tu maestro, el que te enseñó a leer y a escribir?

—No tuvo tiempo.

Alicia buceó en el fondo de su memoria. Trató de buscar con las palabras adecuadas los recuerdos más directos.

—No es fácil resumir la historia—dijo—. En 1954 el presidente guatemalteco Jacobo Arbenz nacionalizó las propiedades de la United Fruit, la platanera más importante de Centroamérica. Esa empresa era propiedad de una multinacional de Estados Unidos. Todo parecía indicar que el país se escoraba hacia la izquierda, tal vez hacia el comunismo, en busca de una igualdad, una mejora del reparto de la riqueza, y también un intento de que nadie se llevara esas riquezas fuera del país. La United Fruit pagaba sueldos esclavos y se sentía más propietaria de Guatemala que los guatemaltecos. Así que al gobierno de los Estados Unidos no le gustó el giro de los acontecimientos. El entonces asesor del presidente Eisenhower, James Doolittle, recomendó detener el proceso que Arbenz había iniciado. Y la CIA, la Central de Inteligencia Americana, comenzó a actuar. Como tantas otras veces, antes y después, el país que se proclama a sí mismo bastión de la democracia y la libertad en el mundo, financió el derrocamiento de Jacobo Arbenz. Los nuevos gobiernos, títeres de Estados Unidos, continuaron siendo fieles aliados suyos, y para evitar que en el futuro se repitiera algo parecido, comenzó el exterminio indígena. De eso hace veintiocho años y, por ahora, no tiene visos de terminar. Guatemala ha tenido los gobiernos más retrógrados de América Latina. Y a vosotros se os está exterminando. Eso es lo que ha sucedido, lo que sucede, y lo que seguirá sucediendo. Por eso existe una guerrilla. Por eso luchas tú. Y por eso estoy yo aquí.

Volvió a llorar. Dos lágrimas recorrieron sus mejillas y saltaron al vacío al llegar al mentón.

—¿Por eso quemamos banderas americanas?—preguntó Nino con inocencia.

—Por eso, sí—ella no impidió una sonrisa espontánea.

El muchacho asintió con la cabeza. Trataba de devorar y asimilar todo lo que su nueva amiga le había contado. Alicia le atrapó la cabeza y le dio un beso en la frente. Luego hizo que dejara la piedra frontal a la suya, en la que estaba sentado, y lo colocó a su lado para mantener aquel contacto.

La noche era hermosa.

—Dios...—miró con ojos iluminados—. ¿Has visto esas estrellas, esa luna, este silencio bendito?

—Claro—asintió él.

—¿Te parezco una persona mayor, tonta y estúpida?

—No.

—Nino—ladeó la cabeza para mirarle—. Si pudieras, ¿te gustaría estudiar?

—Mucho, sí.

—Te daré mi dirección en España. Quiero que me escribas cuando puedas. Y que me digas dónde puedo hacerlo yo si algún día tienes una dirección.

—De acuerdo.

—¿Puedo preguntarte algo muy personal?

—Sí.

—¿Has matado a alguien?

—Sí.

—No me refiero a lo que sucedió en San Blas, en esa cantina, en mitad de una batalla. Me refiero a matar..., cara a cara, mirando a los ojos del otro.

—Sí.

—Dios...

Ahora fue Nino quien la abrazó a ella, como si buscara consolarla, aunque en realidad era al revés. Y los dos lo supieron al momento.

Era la despedida, pero ninguno de los dos daba el paso final. La noche ya no era más que silencio. Por la mañana sus destinos se separarían. El único nexo sería aquella dirección que él conservaba ahora en uno de sus bolsillos. Y la promesa de Alicia de que no le olvidaría.

—¿Qué es esto?—preguntó Nino.

—Mis apuntes de estos días, para completar el reportaje.

—¿Puedo leerlos?

—¿Quieres?

—Sí.

—De acuerdo, toma—se los tendió.

—Leo muy despacio...

—No importa. No tengo sueño. De cualquier manera, no podré dormir.

Nino alisó las cuartillas. La letra de Alicia era menuda pero legible, muy redonda y armónica. Comenzó a pasar la mirada por encima de aquellas anotaciones, algunas sin siquiera forma.

Cinco razones para alistarse en la guerrilla siendo un niño o adolescente: venganza, pobreza, necesidad de sentirse protegido y pertenecer a algo, desamparo y perspectiva de una vida mejor cuando se ha perdido todo y no se tiene nada. También es esencial la necesidad, no tener otro remedio, o detalles infantiles como vestir mejor, tener un uniforme, jugar a guerras de verdad, tener un arma, ir en moto o en coche.

Los menores que luchan en la guerrilla, en cualquier guerrilla de cualquier guerra de cualquier país, no son conscientes de sus actos. Sus superiores a veces los emplean para misiones arriesgadas porque para ellos el peligro es secundario. Siguen siendo niños a los que la muerte escapa de cualquier razonamiento. Se les encargan acciones suicidas, duras, desde rematar a un soldado hasta actuar en solitario aprovechando que ofrecen un blanco menor al enemigo. Y además, son reemplazables. Siempre hay nuevos niños dispuestos a luchar. Hasta la Segunda Guerra Mundial, el mayor porcentaje de víctimas en una contienda era el de los soldados que tomaban parte en ella. Ahora son mujeres y niños.

Al terminar la guerra y crecer es cuando esos niños que han tomado las armas se dan cuenta de lo que han hecho y lo que ha sido de sus existencias, y tienen entonces graves problemas psíquicos. Están marcados. Lo que han vivido (la muerte dramática de los suyos), tanto como lo que han hecho (matar, a veces a sangre fría), se les presenta como un continuo horror que les impide ser personas normales. Es muy difícil que se reintegren a la sociedad con esa normalidad que han perdido.

En Guatemala hay 10 millones de habitantes, 21 idiomas precolombinos, un legado histórico impresionante, desde la jungla y la biosfera maya del Petén, a los templos y observatorios astronómicos que nos dicen que sus habitantes alcanzaron un gran nivel matemático, arquitectónico e intelectual. Sobreviven los ritos sincretistas en un 70% de

una población cuyos antepasados adoraron al Sol y al Gran Dios Jaguar. Sólo en Tikal, la más importante ciudad maya de ese rico pasado, existen 3.000 edificaciones. No en vano Guatemala es Patrimonio de la Humanidad.

Sus gentes, no.

Le devolvió las cuartillas.

—Yo no sabía nada de eso—reconoció Nino.

—Vive—le dijo Alicia—. No mueras inútilmente y vive. Encuentra a Neli, lucha por la paz, aprende, lee, y tal vez el futuro sea un poco mejor.

Al abrir el libro sintió una emoción especial.

El último capítulo.

Tanto tiempo compartiendo aquellas páginas, aquellas palabras, aquellas letras, su historia y su esencia, que apenas si podía creerlo. El libro, su tacto, su contenido, era su amigo.

Sus ojos pasaron despacio por encima del enunciado.

Y después...

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Simón era una roca.

Pero en su interior seguía vivo.

Lo mismo que el libro, ennegrecido y en apariencia inútil, pero todavía latente su energía.

...

El primer estallido retumbó en la tierra y la agitó como si se tratara de un volcán en súbita erupción, o como si un terremoto empezara a desgajarla.

El segundo alcanzó de lleno en mitad de un grupo de guerrilleros.

Nino los vio saltar por los aires.

Luego, los primeros gritos, las primeras carreras, la confusión.

Se levantó. Tenía el libro en su mano derecha, así que agarró su ametralladora con la izquierda. Vaciló sin saber adónde ir. No tenía ni idea del lugar en que pudiera estar el enemigo. Tal vez en todas partes, rodeándolos. Los obuses caían ya desde el cielo, como una lluvia roja que les abriera las puertas de la muerte.

A lo lejos, vio a la periodista española y a su cámara, filmando.

—¡Alicia!

Caían más y más obuses. Tiendas, pertrechos, guerrilleros, armas. Parecía el fin del mundo.

Echó a correr.

El libro en la mano derecha. La ametralladora en la izquierda.

Gritó, se orientó, vaciló, buscó.

La muerte pasaba muy cerca. La próxima parada podía ser la suya.

Corrió de nuevo, en dirección a Alicia y Pablo. Quería protegerlos.

El libro en la mano derecha. La ametralladora en la izquierda.

La explosión que lo levantó del suelo y lo impulsó por el aire reventó la tierra muy cerca de él, desgajó un árbol, zahirió el aire igual que si se hallara en el ojo de un huracán.

Vólaba.

Pensó que quizás estuviese muerto, y que se iba al cielo.

Pero sintió dolor.

Así que supo que seguía vivo.

Miró sus manos, vacías.

Y cayó.

No fue una caída dura, más bien ni la sintió. Creyó haber volado muy alto, pero comprendió que a lo mejor ésa era otra ilusión, a causa de la sorpresa del ataque y el miedo voraz que le oprimía la razón. Lo primero que hizo en el suelo fue mirar sus manos, luego sus extremidades inferiores, y palpase el cuerpo. Ninguna herida. Las bombas no dejaban de caer pero él estaba bien.

Volvió a mirar su manos y recordó algo.

El libro y su arma habían desaparecido.

Levantó la cabeza. Estaba tendido en el suelo, boca abajo. Los guerrilleros más próximos estaban muertos. Otros aún corrían en dirección a lo más intrincado de la selva para intentar agruparse y presentar batalla. Por entre el humo y el polvo vio de nuevo a Alicia y Pablo. El cámara le estaba enfocando.

Creyó oírla gritar a ella, pero no estuvo seguro.

Entonces se incorporó.

El libro estaba abierto boca arriba, a tan sólo unos metros. Sus páginas iban y venían al compás de las ráfagas de aire agitadas por las continuas explosiones. A la izquierda vio su ametralladora. Su inseparable ametralladora.

Había disparos. Sintió cómo una bala se hundía en el suelo, no muy lejos de sus pies.

Echó a correr.

Hacia el libro.

—¡Nino!

Ahora sí la escuchó. Alicia.

El disparo le alcanzó en la pierna, a la altura del muslo. Fue como si de pronto por el agujero escapara toda su fuerza. Apoyó la pierna herida y le falló. Se vino al suelo de cara. Intentó ponerse en pie de nuevo y apareció el dolor. Le subió hasta el centro de la mente y volvió a bajarle hasta la pierna. Estaba a unos tres metros del libro.

La ametralladora seguía a su izquierda.

Pero él se olvidó de ella. Reptó hacia el libro.

Era una pequeña gran distancia, por la herida y porque seguían cayendo disparos desde alguna parte. Hundió los codos una y otra vez, y tragó la tierra cuando aplastó su rostro en ella. La ganó palmo a palmo, segundo a segundo. El libro parecía el ser más indefenso en aquel mundo estremecido.

Alargó la mano para cogerlo y entonces, el segundo disparo le dio en el costado.

Fue como si le mordiera un perro rabioso.

O le hundieran un hierro candente en el cuerpo.

Su mano se cerró sobre el libro, lo aprisionó con todas sus fuerzas. Lo atrajo hacia sí para cubrirlo y protegerlo.

Cuando lo tuvo bajo él, levantó un poco la cabeza porque dejó de escuchar explosiones. Se había hecho el silencio.

Y sin embargo las bombas seguían cayendo, las balas seguían buscando vidas, los hombres seguían gritando en el caos.

Pensó que iba a morir.

Tal vez pudiera acabar de leer el libro en el cielo, así que lo apretó aún más contra sí.

Fue la última noción que tuvo antes de perder el conocimiento.

Simón era una roca.

Nino era una roca.

Pero en su interior seguía vivo.

Nino sentía la misma vida en su inconsciencia.

Simón necesitaba el libro para volver a darle a los seres humanos una esperanza.

Nino lo necesitaba por algo más sencillo. Sólo quería terminarlo. Era un reto.

¿Dónde estaba?

Flotaba en alguna parte, sin forma ni dimensión. Llevaba el libro en la mano. Y el libro pesaba tanto como la ametralladora que no quiso atrapar. En realidad era el libro el que le mantenía quieto, el que le impedía volar más y más. Había dos luces a ambos lados. Por el hueco donde brillaba la primera vio a Guada y a Zacarías, y a sus padres, sus hermanas. Incluso a Toribio.

—Nino.

De aquel lugar venía una gran paz.

Por el hueco de la segunda percibió el dolor. La vida.

Y allí estaba Neli.

—Nino.

Miró a los muertos, pero sintió esa vida.

Aunque Neli no hubiese estado allí, la habría sentido igual.

Simón Morgado también le habló, desde el libro.

—Sé libre, Nino.

Hubo un viento, una presencia, dio vueltas a su alrededor, envolviéndole. Y lo vio llegar hasta la luz del dolor y de la vida, para dar la vuelta allí y regresar hasta él. Fue como si después se metiera en el libro.

El viento acababa de dar la vuelta.

Echó a andar.

—¡Nino!

Con cada paso oía mejor la voz de Neli.

—¡Nino!

Tardó una eternidad, pero ella le estaba esperando.

—¡Nino!

Estaba volviendo. Lo supo porque paso a paso el dolor reapareció en su cuerpo. La pierna, el costado...

Lo único que necesitaba era abrir los ojos.

Nino abrió los ojos.

Vio a Neli.

Pensó que le habían engañado, que a fin de cuentas estaba muerto. El lugar era muy blanco, como debía de ser el cielo. Había muerto por nada. Y sin embargo...

—Nino...

Neli lloraba, y sonreía a la vez. En el cielo no se lloraba. Eso sí lo sabía. Allí todos estaban contentos. Pensó que era una esperanza.

—Nino, gracias a Dios.

Sintió la mano de ella acariciándole la mejilla, y la humedad de una lágrima en su piel. Consiguió forzar una sonrisa, olvidarse del dolor y la masa esponjosa que le enturbiaba la razón. Musitó:

—¿Neli?

—Hola—le respondió la muchacha.

—¿Estoy vivo?

—Sí, estás vivo, aunque se te podía haber ocurrido una forma mejor de verme, tonto.

—¿Dónde estoy?

—En el Norte. A salvo.

—El ataque...

—No fraguó, por los pelos. Lograsteis resistir primero y escapar después. Llevas una semana inconsciente.

De pronto, levantó la cabeza para mirar su cuerpo. Le dio vueltas, le pesó una tonelada, se mareó, pero lo resistió. Entonces vio sus dos piernas, cada una en su sitio, aunque la izquierda vendada con aparatosidad. También vio su torso vendado y la huella sanguinolenta del costado izquierdo atravesándolo.

—Tranquilo—le dijo Neli—. Estás entero.

—¿Podré caminar?

—Tal vez cojees un poco, no lo saben. Pero estás bien, Nino. La herida del costado era más grave, aunque fue limpia.

—¿Pero quién...?

—Una mujer española, una periodista. Te sacó de allí y se fue con la guerrilla. Han estado filmando todo, tu operación, tu recuperación... Es una mujer estupenda, ¿sabes? Ella hizo que me llamaran, aunque sólo sabía mi nombre. Dijo que le hablaste de mí. ¿Quieres verla?

—¿Está aquí?

—Claro. Está haciendo un reportaje sobre ti, ya te lo he dicho.

Neli se apartó de su lado. Lo dejó un instante solo. Fue muy rápido. Reapareció con Alicia. Pablo no estaba. Sólo ellas dos.

—¡Nino!

Neli se quedó a los pies del camastro para dejarle sitio a la mujer. La vio besarle y

acariciarle. Estaba emocionada. Nino también.

—Gracias—susurró.

—Eres un loco—manifestó Alicia—. Cuando veas lo que hiciste...

—Usted sí que está loca, por quedarse allí y filmarlo.

—Tienes razón, ¿sabes?—convino la española.

Hubo un instante de silencio, un nexo de armonía entre los tres. De repente, la luz se abrió paso más y más por entre las brumas de la cabeza del herido. Recordó algo.

—¡El libro!—se agitó.

Alicia no perdió su sonrisa. Se llevó la mano a uno de los bolsillos posteriores de su equipo. El libro apareció en ella.

—Nadie podía arrancártelo de los dedos—le reveló—. Te cogimos del suelo, te llevamos a un lugar seguro, y tú, incluso inconsciente, seguías aferrado a él. Casi hubo que cortarte los dedos para quitártelo.

—Eres un loco—le dijo Neli—. Hay muchos libros.

—Éste es el mío—se excusó él.

—A mí me ha gustado mucho. Lo he leído—afirmó Alicia.

—¿Sabe el final?—preguntó emocionado Nino—. A mí me faltaba sólo el último capítulo. Quería saber cómo terminaba.

—¿Quieres que te lo lea?

Nino consideró la alternativa con emoción. Tal vez tardase un poco en poder leerlo por sí mismo. Y ahora sí tenía prisa. Por otra parte, la voz de Alicia seguía siendo muy dulce. Nadie mejor que ella para darle forma a Simón Morgado.

—Sí—suspiró.

Alicia miró a Neli. La muchacha se sentó a los pies de la cama. Puso una mano sobre la pierna de Nino y éste cerró los ojos. Luego la periodista buscó el último capítulo del libro y comenzó a leer al tiempo que Nino comenzaba a ver.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Simón era una roca.

Pero en su interior seguía vivo.

Lo mismo que el libro, ennegrecido y en apariencia inútil, pero todavía latente su energía.

El libro cayó encima de Simón, no al suelo. Fue como si, a pesar de todo, no quisieran separarse. Ese contacto les mantuvo conscientes a ambos.

Aunque Simón no pudiera ya hacer nada.

Él no.

El libro sí.

Rol ni siquiera pudo dar un paso para celebrar su aparente victoria.

El libro se estremeció, más y más, temblando igual que si fuese a romperse en mil pedazos. Pero en lugar de eso lo que sucedió fue que de sus páginas comenzaron a emerger letras, cientos, miles de letras. Las mismas letras que habían estado ocultas a los ojos del Gran Mago. Letras que empezaron a volar, a formar una densa y brillante nube, una luz que convirtió la oscuridad en día.

La nube ilustrada cubrió la roca.

Y Simón volvió a su realidad humana.

—¡No!—gritó Rol.

Alzó de nuevo su mano.

Pero esta vez, su poder no pudo atravesar aquella ingente maraña de letras.

—¡Oh, no...!—el rostro austero del Gran Mago se cubrió de cenizas—. ¡Él es ahora el guardián!

Las letras formaban cuentos, narraciones, historias, novelas, canciones. Las letras danzaban alegres y felices. Las letras vibraban de nuevo, vivas y libres.

Libres.

Seguían fluyendo del libro, a miles, a millones.

Además de cubrir a Simón, cubrieron a Rol.

—¡Quietas! ¡Apartaos de mí!

Agitó las manos, como un humano ante un enjambre de avispas, inútilmente.

Rol desapareció bajo ellas. Su voz todavía se oyó durante unos segundos. Se empequeñeció de la misma forma que su dueño. Cuando las letras volvieron a alzar el vuelo, no quedaba ni rastro del Gran Mago.

Con un graznido, el cuervo no esperó a que las letras llegaran hasta él. Salió volando por una de las ventanas del torreón.

Entonces las letras rodearon a Simón, como si esperasen algo.

El guardián.

Y Simón Morgado lo comprendió todo.

Desaparecido Rol, ya no había peligro. Ahora todos eran libres.

—¡Id!—les dijo a las letras—. ¡Volved adonde pertenecéis!

Cogió el libro con las dos manos y lo levantó por encima de su cabeza.

Las letras, a millones, continuaron surgiendo de él, volaron a través de los ventanales del torreón, se expandieron a los cuatro vientos. El aire se pobló de risas y cantos, de paz y armonía. Las historias, como flechas, llegaron al cielo, apartaron la niebla y las nubes negras, abrieron paso a la luz.

Después llovieron sobre la tierra y los seres humanos.

En las casas, en los pueblos, en las ciudades, la gente recuperó algo más que su memoria.

Extendían las manos, y cuando las letras repicaban en ellas como gotas de una lluvia vivificante, se convertían en libros, en todos los libros desaparecidos de su recuerdo. Los libros que les hacían diferentes, que les daban su dignidad humana, su carácter, su fuerza.

Su libertad.

Durante un día y una noche, Simón no se movió.

Continuó de pie, en el torreón, con el libro sujeto por sus dos manos y alzado por encima de su cabeza.

Hasta que la última letra surgió del libro.

Y se quedó vacío.

En blanco.

Con él bajo el brazo, Simón regresó entonces al Bosque Umbrío.

A su casa.

Feliz.

Y tan libre como lo eran ya todos los habitantes del Reino.

Epílogo

Entró en su casa sin hacer mucho ruido, porque ya era de noche, pero se encontró a Neli con la pequeña Alicia en brazos, esperándole, y a sus tres monstruos aún despiertos corriendo para echarse en sus brazos. El primero en llegar fue Zacarías, que casi lo derribó al suelo. El segundo, Sebastiano. El tercero, Guada. Apenas si pudo con ellos.

Después, Neli tomó su portafolios y juntos entraron dentro, hacia la pequeña salita abarrotada de libros, lo mismo que el pasillo y los altillos construidos en la vivienda, que ya se les estaba quedando pequeña. La ligera cojera de la pierna izquierda se hizo más evidente con el peso de los niños que aumentaban la presión.

—Ya habéis visto a papá—los conminó la voz de Neli—. Ahora a la cama, venga.

Hubo protestas, pero la orden se acató. Nino tomó a la diminuta Alicia, apenas seis meses de vida. La niña babeó de alegría al sentirse en sus brazos. Él mismo la llevó a la cuna, instalada en el dormitorio principal. Zacarías, Sebastiano y Guada le pidieron un cuento. Se olvidó de cenar y se lo narró. Se durmieron en seguida. Ya era tarde.

Cuando se quedaron solos, ella le hizo la pregunta:

—¿Qué tal el día?

Y él se lo contó.

Los nueve niños muertos. Los sicarios. La sorprendente detención de apenas tres horas antes gracias a los testigos presenciales. Todo.

—Cada vez hay menos miedo—dijo—. Pero aún es difícil. A éstos vamos a llevarlos ante la justicia. Siempre es un paso. Ya lo sabes.

—Creía que con la firma de los acuerdos de paz, este país se olvidaría de tantos años de guerras.

Las guerras cambiaban de lugar, pero a veces nunca se terminaban. El Gobierno y la guerrilla habían concluido la suya apenas hacía unos meses. Ahora la muerte vivía en las ciudades, donde los dueños de comercios, los paramilitares, e incluso la policía, mataban a los niños que vagaban solos por las calles, para limpiarlas. Y no sólo era en Guatemala. También en Colombia, Brasil...

A un paso del siglo XXI. A un solo paso, y todavía...

Sacó de su portafolios aquella novela de amor encontrada en el cadáver de la mañana.

—¿Y este libro?—inquirió Neli.

—Lo llevaba encima uno de los chicos que mataron.

Se miraron a los ojos, y los dos supieron que estaban recordando la misma historia, diecisiete años atrás. Toda una vida previa al momento en que Alicia se ocupó de los dos, y pudo estudiar, y llegar a ser abogado, y trabajar en Amnistía Internacional como lo hacía desde hacía muy poco tiempo. Al fin.

—¿Crees que pudo terminar de leerlo?—le preguntó Neli con aquella emoción que siempre la

dominaba.

Seguía siendo tan hermosa. Tan dulce. Nino se preguntó si la felicidad tenía forma, porque en ese caso, allí la tenía en todas sus formas. Neli y sus hijos.

Aunque el mundo, o mejor dicho, los seres humanos siguieran en eterna guerra consigo mismos.

—Espero que sí—dijo él.

Puntos suspensivos para después de una novela

Sólo en la década de los años noventa, dos millones de niños han muerto víctimas de conflictos armados, y al menos 10 millones han sido testigos directos de atrocidades. Sólo en la década de los noventa.

El 90% de las pérdidas humanas de las guerras actuales son civiles. De ese porcentaje, el 40% son niños. Los que sobreviven presentan traumas emocionales que les marcan para siempre.

En la segunda mitad de los noventa, 14 millones de niños vivían refugiados. Un número difícil de calcular, pero cercano al medio millón combatía en conflictos armados. Con siete años ya se es un soldado.

No todos los niños luchan en guerras del tercer mundo. Gran Bretaña, Canadá, Pakistán y Cuba siguen teniendo como edad mínima de reclutamiento los 16 años, no los 18 como en el resto de los países *civilizados*.

Actualmente, los grupos paramilitares o la misma policía se dedican a matar niños en las calles de países como Brasil, Colombia o Guatemala. Ejemplos: en Brasil murieron 4.600 entre 1988 y 1992. En Colombia 2.800 sólo en 1991. Datos. Estadísticas.



En Guatemala, más de 40 años de guerra civil encubierta han supuesto la muerte de 200.000 indígenas, masacrados y exterminados por el ejército y los grupos paramilitares. Con el fin de las hostilidades, no ha habido «ley de punto final». La palabra *genocidio* no aparece en ningún documento. Estados Unidos, en 1999, ha reconocido su participación directa en esa guerra, entonando el *mea culpa* por haber apoyado a las fuerzas consideradas más retrógradas del continente americano. Como siempre, ese *mea culpa* llega cuando ya todo ha sucedido. Dentro de otros 40 años se entonarán los actuales.

A mediados de los noventa, había en el mundo 110 millones de minas dispersas en un total de 64 países, siendo el continente africano el más afectado con unos 30 millones en 18 países. En muchos casos, infestan los campos de cultivo, con lo cual la población civil no puede cultivarlos y muere de hambre pese a tener una tierra rica. Hay unos 350 tipos diferentes de minas antipersonales, pueden lanzarse desde el aire o con morteros a razón de 4.000 por minuto. Una mina puede costar 3 dólares, pero desactivarla o desarmarla vale 1.000 dólares. Para desactivar las ya existentes, se necesitarían 33 millones de dólares y más de 1.000 años de trabajo. El 95% de las víctimas de las minas son civiles.

Los países más industrializados del mundo, España entre ellos (es uno de los 25 países más productores), han fabricado y vendido minas. Algunos ya están dejando de hacerlo, otros lo han hecho temporalmente. Las campañas iniciadas por diversos grupos de ONG están logrando, de forma lenta pero inexorable, la concienciación internacional desde mediados de los años noventa.

La historia de Nino es real.

No es más que uno de los miles de niños guatemaltecos que sobrevivieron a *su* guerra.

Jordi Sierra i Fabra
Varadero (Cuba) y Vallirana (Barcelona)
Junio de 1999

COLECCIÓN PERISCOPIO

1. César Mallorquí, *Las lágrimas de Shiva*
2. José María Latorre, *La isla del resucitado*
3. Javier Negrete, *Memoria de dragón*
4. Alfredo Gómez Cerdá, *A través del cristal empañado*
5. Pau Joan Hernández, *La Tripulación del Pánico*
6. Cristina Macía, *Una casa con encanto*
7. Andreu Martín, *Ideas de bombero*
8. Geoffrey Trease, *Investigación en Calabria*
9. César Mallorquí, *La puerta de Agartha*
10. Andreu Martín, *Los dueños del paraíso*
11. José María Plaza, *No es un crimen enamorarse*
12. Jordi Sierra i Fabra, *El asesino del Sgt. Pepper's*
13. Germán Díez Barrio, *Un verano... fascinante*
14. Lola Gándara, *La oscura luz del Tíber*
15. Alice Viera, *Chocolate con lluvia*
16. Jaume Burgell, *Suicidio involuntario*
17. Jordi Sierra i Fabra, *Donde el viento da la vuelta*
18. Olga Xirinacs, *El escribiente de lápidas*
19. Laura Gallego, *La hija de la noche*
20. Fernanda Krahn Uribe, *El otro techo del mundo*